

# Enséñame a amarte

Jana Westwood



calibre 1.39.0

# Contenido

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

© Jana Westwood

Portada: Jana Westwood

Foto portada: Artem Furman

1ªEdición: Mayo de 2016

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

# Capítulo 1

Henrietta Tomlin se miraba en el espejo con aquella expresión entre ácida y deprimida con que se enfrentaba siempre a ese momento tan dramático: el visto bueno de su madre.

—Henrietta ya te dije que el color verde no te favorece nada —dijo lady lady Margaret mirando a su hija con reprobadora expresión—. El de encaje blanco hubiese sido mucho más adecuado para... tu físico.

Henrietta sabía perfectamente lo

que su madre estaba diciendo, en su cabeza había escuchado, una a una, todas las palabras que lady Margaret no se había atrevido a pronunciar.

*«—Henrietta ese vestido fue hecho para una joven hermosa y no para alguien con un físico tan vulgar y corriente como el tuyo.»*

—Querida mía —dijo su madre acercándose a ella y haciéndole un gesto, que quería ser una caricia, en una de sus pálidas mejillas—. No debes angustiarte, ya sabes lo que siempre digo, lo más importante es reconocer nuestros defectos y carencias. No es aconsejable esperar a que sean los demás los que los descubran por nosotros

—Sí, mamá. Me lo has dicho muchas veces y gracias a ti tengo todas mis carencias muy asumidas. Mi nariz es demasiado pequeña, mis ojos demasiado grandes, mi boca excesiva... —recitó la joven.

—¡Eso es! Eres igualita que tu padre —sonrió lady Margaret caminando hacia la puerta—. Tienes tiempo de cambiarte, pero apúrate, salimos en cuanto tu hermana esté lista. ¡Lidia! ¿A dónde vas?

—A ver a mi hermanita. ¡Oh, Henrietta, estás preciosa! El color verde hace juego con tus ojos.

Lidia era la hija menor de los Tomlin. Era una joven elegante y muy hermosa que en nada se parecía a su

hermana mayor. Lady Margaret siempre decía que era como ella cuando era joven.

—Estaba a punto de quitármelo — dijo la primogénita de la familia—. Mamá piensa que no me favorece nada.

—¿Por qué dices eso, mamá? — dijo Lidia mirando a su madre—. Está guapísima.

—Para eso tendría que serlo — murmuró lady Margaret.

—¿Qué has dicho mamá? — preguntó Lidia ahuecando la falda del vestido de su hermana—. No hables tan flojito que no se te entiende.

—Debes terminar de arreglarte, Lidia, la fiesta es en tu honor y no puedes descuidar ningún detalle.



Lidia miró a su hermana con cara de fastidio aprovechando que su madre estaba a su espaldas y no podía verla.

—Ya estoy casi lista, mamá, solo tengo que ponerme las joyas y bajaré. Por cierto, papá te estaba buscando — mintió.

—¡Este hombre no sabe hacer nada sin mí! ¡No sé qué va a ser de él el día que yo no esté!

Lady Margaret salió de la habitación y las dos hermanas se quedaron solas. Lidia puso a Henrietta frente al espejo y asomó la cabeza por encima de su hombro.

—Estás guapísima, no hagas caso de lo que diga mamá, nunca quiso a la abuela Nancy y tú le recuerdas a ella.

—Querida Lidia, sabes que nunca me importó no ser guapa. —La joven se encogió de hombros—. Lo prefiero, me resultaría agotador ser como tú y tener que bailar con todos los jóvenes que asistan a la fiesta, y ser agradable y tener que sonreír todo el tiempo.

Lidia se echó a reír.

—Aún recuerdo lo que le hiciste al pobre señor Bradley en el último baile del año pasado. ¡Jajajajaja! —Lidia no podía parar de reír al recordar.

—Estoy segura de que escuché a lady Natalie decir que le había reservado un baile —dijo Henrietta poniendo cara de inocente.

—¡Eres mala! ¡Jajajajajaja! — Lidia abrazó a su hermana y la besó en

la mejilla—. Te adoro, ¿lo sabes verdad?

—No más que yo a ti —dijo Henrietta devolviéndole los cariños.

—Hoy va a ser un baile maravilloso —dijo Lidia apartándose y dando vueltas para lucir su precioso vestido azul turquesa—. No quiero que olvides nunca lo feliz que me siento, Henrietta.

—No lo olvidaré —dijo la joven sonriendo—, pero tú siempre te sientes feliz, Lidia.

—No es cierto —dijo acercándose y cogiendo las manos de su hermana—. Recuerda que hace un tiempo estuve muy triste, casi desesperada.

Henrietta frunció el ceño.

—Fue cuando Robert estuvo fuera tanto tiempo. Es normal, es tu prometido y le echabas de menos.

Lidia miró hacia la puerta y luego sonrió.

—Sí, sí, fue entonces.

Henrietta percibió algo extraño en su hermana.

—Lidia, ¿tú quieres a lord Worthington, verdad?

Lidia estaba dando vueltas y se detuvo dándole la espalda.

—Claro, hermanita.

Henrietta seguía con el ceño fruncido cuando se acercó a su hermana y se puso delante de ella obligándole a mirarla.

—Lidia, dime la verdad. Hoy es

vuestra fiesta de compromiso, papá necesita el dinero que le ha prometido lord Worthington, pero lo importante es que tú seas feliz. No debes sentirte obligada a sacrificarte, si no amas a...

—Tranquila, Henrietta, te doy mi palabra de que solo me casaré por amor —dijo con intensidad.

Lidia respiró hondo y luego le brindó la sonrisa más dulce a su hermana pequeña.

—Tú no deberías preocuparte de esas cosas de hombres —dijo—. Lord Worthington es inmensamente rico y que procede de una de las familias con mayor abolengo de toda Inglaterra. Además es muy atractivo y culto. Es solo que preferiría que fuese un poco

más divertido, menos serio.

—Todavía recuerdo las cosas que decías de él cuando le conociste en casa de los Harrington. Estabas convencida de que iba tras Terese y decías que era demasiado buen partido para ella. Siempre estabas hablando de él, que si era muy distinguido, que si era muy guapo...

Lidia se apartó de su hermana, molesta porque le recordase aquellos tiempos.

—Yo era joven e inexperta —dijo.

—¿Joven e inexperta? ¡Lidia! No deberías hablar de ese modo, cualquiera que te oyese pensaría que te has vuelto... superficial.

—Henrietta, Henrietta no quiero

que te enfades conmigo —dijo Lidia abrazando a su hermana—. No podría soportarlo.

Henrietta abrazó a su hermana pequeña dándole golpecitos en la espalda.

—Claro que no, Lidia, no podría enfadarme contigo jamás. Pero no quiero que hagas algo que no quieras hacer solo porque la familia cuente con ello. Si no quieres a Robert debes hablar con papá y explicárselo. Encontrará otro modo de sanear nuestras cuentas.

Lidia se apartó para mirar a su hermana y sus enormes ojos ámbar, los ojos más bellos que Henrietta hubiese visto jamás, la miraron con tal dulzura que la joven se estremeció.

—No me extraña que todos te adoren—dijo.

Lidia sonrió.

—A ti no te gusta nada Robert—dijo.

—Mi opinión no importa—respondió la hermana mayor acariciando los rizos de la pequeña.

—A mí sí me importa. Dime qué piensas de él.

Henrietta meditó unos segundos antes de hablar.

—Pues creo que es un presuntuoso—dijo al fin—, y he visto en su mirada algo oscuro...

—¡Jajajajaja!—rió Lidia—. Tienes que dejar de leer esos libros que lees, hermanita, te están anegando el



entendimiento. No todos los hombres pueden ser Darcy.

Henrietta sonrió.

—En eso tienes razón.

Lidia se acercó al tocador y cogió algo de debajo de los guantes de su hermana.

—¿Otra vez leyendo estas cosas?

—dijo aireando la publicación feminista

—. Henrietta, te vas a meter en problemas. Si nuestros vecinos descubren que eres una mujer con ideas, los jóvenes se asustarán de ti, no se atreverán a cortejarte.

Henrietta sonrió a su hermana con dulzura.

—No debes preocuparte por mí, Lidia, no podría dejar de pensar aunque

lo intentase. No sería bueno que mi posible esposo creyera que se casa con una mujer fea y descubriese más tarde que, además, piensa. Eso podría ser muy traumático para él y no sería justo.

—¿No te da miedo quedarte soltera? —preguntó su hermana con cara de susto.

Henrietta pensó antes de responder.

—Sé que la vida de una mujer es mucho más dura sin la protección de un hombre, pero papá siempre me dice que mientras él esté en este mundo no me faltará de nada. Y yo espero que tenga una larga vida —sonrió—. Cuando llegue el momento actuaré según las circunstancias. De nada sirve que me preocupe por algo sobre lo que no tengo

ningún control.

Cogió la revista de manos de su hermana y la escondió en un cajón, no le importaba que Lidia conociese sus secretos, pero no deseaba que su madre se enterase de nada.

—Si las mujeres pudiesen decidir sobre sus vidas... —miró a Lidia y los ojos le brillaban al imaginar un mundo distinto en el que una mujer no estuviese obligada a casarse para poder subsistir —. Algún día las cosas cambiarán, estoy segura.

Lidia negó con la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

—Estás loca si piensas eso, Henrietta. Pero dejemos la cháchara y terminemos de arreglarnos. Estoy

convencida de que esta será una noche maravillosa, va a estar todo el mundo, incluso los Roswell —dijo Lidia caminando hacia la puerta—. ¿Te acuerdas de Lawrence Roswell, verdad?

Henrietta se quedó mirando la puerta cuando Lidia salió. Sí, se acordaba de lady Roswell y su hijo Lawrence. Conocía demasiado bien a su hermana como para no darse cuenta de que había un mensaje oculto en aquella pregunta. La joven se volvió a mirar al espejo. ¿Estaría Lawrence interesado en ella? Era un joven guapísimo, con una mirada estremecedora.

Henrietta sonrió al espejo. Quizá el baile no fuese tan aburrido para ella esta

vez.

## Capítulo 2

Lord Tomlin tintineó en su copa con el tenedor para llamar la atención de sus invitados.

—Queridos amigos, como todos sabéis hoy es un día muy especial para mí. Robert Worthington no es solo el hijo de un gran amigo, también es uno de los hombres más respetados de nuestra sociedad. Que este joven haya elegido a mi preciosa y adorada hija para convertirla en su esposa me llena de orgullo y satisfacción. No quiero

aburriros con mis requiebros, pero todos sabéis de mi devoción por Lidia. No solo es hermosa por fuera, también su corazón es un regalo del cielo. Estoy seguro de que este matrimonio será recordado por las generaciones futuras como uno de las más felices y enamorados. —Levantó la copa mirando a la pareja—. ¡Por vosotros!

—¡Por vosotros! —todos los invitados corearon el brindis levantando también sus copas.

—Querida Henrietta, no te preocupes —dijo la tía Julie, que se había acercado sin que ella se percatase—, el que tu hermana pequeña haya encontrado marido estando tú aún soltera no debe hacerte sufrir. Seguro

que llegará tu momento algún día.

La tía Julie se parecía demasiado a su hermana Margaret, ambas tenían la misma característica sinceridad, y eran capaces de hundir en la miseria al más seguro de los humanos con su conmiseración.

—Estoy muy feliz por Lidia, tía Julie, no me preocupa ser una solterona —dijo Henrietta.

—¡No digas esa palabra en público! —exclamó la tía Julie—. No querrás que la escuche algún joven casadero y salga corriendo de esta fiesta.

Henrietta se disculpó con su tía y fue en busca de su hermana y su futuro marido, pero la tía Julie la siguió de



cerca y no la dejó decir una palabra.

—Lidia, sois una pareja maravillosa —dijo apartando a Henrietta, sin mucho miramiento—. Cuando vengáis a hacerme una visita te regalaré aquella sopera que tanto te gusta.

—¡Gracias tía Julie! —exclamó Lidia dando un beso a la hermana de su madre.

Henrietta se hizo a un lado cuando todos la ignoraron y disimuladamente fue retrocediendo hasta llegar a la arcada sur.

—Bonita fiesta —dijo alguien a su derecha.

—Señor Roswell. —Saludó con una ligera reverencia.

—Señorita Tomlin. —Él se inclinó a su vez—. Le decía que es una bonita fiesta. Felicite a su madre de mi parte.

—Así lo haré, gracias.

—Su hermana se ve radiante —dijo el joven.

—Supongo que es uno de los días más felices de su vida.

—Supone usted bien —dijo él, y al ver que ella le miraba sorprendida añadió—: Es el día de su compromiso, cualquier mujer estaría feliz en su lugar.

Henrietta cruzó las manos delante de la falda tratando de no retorcérselas.

—No quería decir que una mujer que no esté comprometida no pueda ser feliz. Quiero decir...

—¿Me disculpa? Creo que mi

padre me hace señas para que vaya, debe haber algún asunto que requiere mi atención —dijo a punto de salir corriendo de allí.

Atravesó la sala y fue hasta donde estaba su padre.

—¿Te diviertes, hija? —preguntó el padre sonriendo sin poder disimular su satisfacción.

—Mucho, padre —mintió.

—Hoy es un gran día para nuestra familia —dijo lord Tomlin mirando a su hija pequeña recibir las felicitaciones de sus invitados, junto a su prometido.

—Sí, un gran día —dijo Henrietta mirando también a su hermana.

—Henrietta, hija, ¿tu hermana es feliz? —preguntó de manera

sorprendente.

—Claro, padre, ¿cómo no había de serlo? —respondió la joven mirando con preocupación a su padre.

—No quiero ver sufrir a ninguna de mis hijas. Y menos por mi causa —dijo lord Tomlin en voz baja.

Henrietta puso la mano en el brazo de su padre y le miró con dulzura.

—No sufras, papá. Lidia es y será siempre feliz, te lo aseguro —dijo convencida.

—Lord Tomlin —dijo uno de los invitados acercándose al anfitrión—, necesitamos que nos resuelva una duda.

Henrietta vio a su padre alejarse y volvió a quedarse sola. Miró a su hermana y sintió que un cálido

sentimiento la embargaba.

—¿Cómo está, señorita Henrietta?

—Lord Scott llevaba algún tiempo observando a la hija mayor de lord Tomlin, valorando la posibilidad de volver a casarse. Su esposa había muerto dos años atrás y, aunque el caballero se había sentido momentáneamente liberado, empezaba a aburrirle la soltería.

—Muy bien, lord Scott. ¿Y usted?

—dijo ella haciendo un saludo con la cabeza.

—Perfectamente —respondió el caballero—. Hay que reconocer que su hermana se encuentra en estos eventos como pez en el agua.

—Es una de las jóvenes mejor

preparadas de Londres —dijo Henrietta.

—Me consta —respondió lord Scott—. Pero sentémonos, aquí de pie parece que estemos esperando a alguien, y no es el caso, ¿verdad?

Henrietta negó con la cabeza y sonriendo caminó hacia uno de los sofás seguida por el caballero.

—¿Y cuándo cree usted que van a celebrarse las nupcias? —preguntó lord Scott cuando estuvieron acomodados.

—No sé la fecha exacta, pero creo haber oído a mi padre hablar del próximo mes.

Lord Scott asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Su padre debería cuidarse, todas estas emociones pueden alterar demasiado la salud de

algunas personas. Los hombres tendemos, me temo, a no manifestar nuestras debilidades y eso puede darnos desagradables sorpresas. Yo mismo cuando murió mi esposa tuve serios problemas para dormir durante más de un mes. Ya sé que a muchos eso les parece una nimiedad, dado el hecho, pero es que yo siempre he dormido muy bien, incluso cuando mi mujer vivía.

Henrietta miró hacia otro lado para que ocultar la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Siempre le ocurría lo mismo con lord Scott. El caballero tenía alrededor de cuarenta años y era muy bien parecido. Todo el mundo comentaba el enorme éxito que siempre tuvo con las mujeres y lo compungidas

que quedaron muchas damas cuando decidió casarse con Sarah Merrick, la famosa actriz de teatro.

Lord Scott era un hombre instruido y de charla muy amena. Viajero incansable y mujeriego empedernido, se decía que su mujer estuvo al tanto de todos y cada uno de sus líos y que incluso, algunos de ellos, se habían producido por su intercesión. Pero, a pesar de todo lo que se decía de él, tenía un extraño ascendente sobre Henrietta a la que le resultaba un compañero muy entretenido. Quizá porque la joven lo veía como el amigo que la salvó de las largas y tediosas esperas al borde de una pista de baile, a la que nunca la sacaban a bailar.



—No se puede negar que sus padres adoran a la pequeña de la familia.

—Todos la adoramos —respondió ella, ofreciéndole su mejor sonrisa.

—No me cabe la menor duda. Hay que reconocer que tiene usted un corazón puro, se nota que ningún joven ha alterado aún sus latidos. ¿Me equivoco?

—No he entendido cuál es la pregunta —dijo ella con ironía.

—Pequeña, pequeña —dijo él sonriendo burlón—, reconozco una mente aguda cuando la veo y sé que tengo una delante. El hombre que consiga conquistar ese bastión será muy afortunado.

Henrietta ni siquiera tomó en consideración sus palabras, estaba claro que a lord Scott le gustaba burlarse de ella.

—Henrietta —llamó su atención—, no sé si es consciente, me temo que no, pero es una criatura adorable que nada tiene que envidiar a su hermana. En mi opinión es usted una persona mucho más interesante y digna de admiración que la pequeña Lidia.

—Le agradezco mucho su galantería, lord Scott, pero si no quiere que piense que su mente está perdiendo facultades demasiado deprisa, le agradeceré que deje de hablarme de ese modo y no siga diciendo cosas tan poco verosímiles. Si quiere hacerme un

cumplido, hábleme de mi inteligencia y de mi sencillez, así podré fingir que le creo.

—¡Lord Scott! —exclamó la señora Bradley parándose frente a ellos—. ¿Le parece correcto que un caballero como usted esté ahí sentado mientras hay jóvenes que no tienen pareja de baile?

Lord Scott se puso de pie y le hizo una ligera reverencia a Henrietta antes de contestar a la señora Bradley.

—Estaré encantado de sacar a bailar a la jovencita que usted me indique, querida Rosalind —dijo.

—Pues ahí está mi pequeña, y este es su primer baile —dijo la preocupada madre.

—Veo que a usted tampoco le gusta

bailar —dijo Lawrence Roswell acercándose a Henrietta.

—Mmm, oh! Nnnno mucho, la verdad —mintió.

—Lo sé, a usted le gusta mucho más pasar la velada leyendo un buen libro, ¿verdad? —dijo dedicándole una seductora sonrisa.

El rubor subió a las mejillas de Henrietta y miró hacia otro lado tratando de ocultárselo a su interlocutor. ¿Cómo sabía eso? No podía ser verdad. Un joven tan atractivo, con tal don de gentes no podía haberse fijado en ella. ¿Era eso lo que su hermana trataba de insinuarle?

—Quizá deberíamos bailar, por decoro —dijo el señor Roswell ofreciéndole su brazo.

Henrietta trató de no dar un salto y se movió delicadamente, sin prisa.

—¿Qué le parece la última obra de Thackeray? —preguntó Lawrence, ya en pleno baile, mirándola con aquellos ojos profundamente azules.

—No he tenido el placer de leerla —dijo ella, sin poder ocultar su nerviosismo.

—¿Podría recomendarme una obra para el estío veraniego? Me temo que mi madre querrá ir a Bath, como cada año.

—¿No le gusta Bath, señor Roswell?

—¿Gustarme? No, señorita Henrietta, no me gusta nada.

—Nosotros hace mucho que no vamos. —No quería sacar el tema de las

dificultades económicas que pasaba la familia, así que no dijo nada más.

—Veo que su hermana está muy feliz —dijo, después de que pasaron junto a la recién comprometida pareja.

—Sí, está muy enamorada.

—No hay duda, viendo cómo la mira Worthington. He de decir que nunca había visto a Robert tan enamorado.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó Henrietta interesada.

—Sí, desde hace unos cuantos años. Parte de mi fortuna se la debo a sus buenos consejos —dijo Roswell.

Henrietta miró a lord Worthington y observó en sus ojos la devoción que sentía por Lidia. La embargó una enorme

alegría por su hermana y su feliz futuro.

—Veo que sonrías —dijo Lawrence Roswell.

—Sí, señor, la felicidad de mi hermana es muy importante para mí, y le auguro una vida muy dichosa.

—Deseémoslo así, pues —dijo Roswell—. Aunque hay quien dice que la felicidad de uno siempre acarrea el sufrimiento de otros.

—Le aseguro que no será así en esta ocasión —dijo Henrietta mirando a su hermana.

—Daré por buena su certeza —aceptó él.

## Capítulo 3

Una semana después del baile de compromiso Henrietta y Lidia esperaban en la biblioteca a que su padre y lord Worthington salieran del despacho. Estaban ultimando los detalles que solventarían los problemas económicos de lord Walter Tomlin.

—No estés nerviosa, Lidia, es un mero trámite —dijo su madre—. Robert bebe los vientos por ti, besa el suelo que pisas. ¡Te adora, hija! ¿Cómo no habría de adorarte? Eres la jovencita más



hermosa de toda Inglaterra. Lo que él se lleva no tiene precio.

Lidia fue a abrazar a su madre riendo a carcajadas y después corrió a besar a su hermana.

—¿Todo va a ir bien, verdad Henrietta? —Lidia miraba a su hermana con esos ojos brillantes e inocentes con los que la miraba desde niña—. Si tú lo dices sé que así será.

—Todo irá bien, Lidia. Vais a ser muy felices —dijo su hermana.

—No hables de él, quiero que digas que yo voy a ser muy feliz. —Lidia le hizo un mohín.

—Está bien, vas a ser muy feliz, ¿te gusta más así? —dijo Henrietta tocándole la nariz para molestarla.

—¡No hagas eso! —dijo Lidia empujándose la punta hacia arriba. Tenía obsesión con que la nariz no apuntase hacia abajo, decía que eso era de bruja.

Henrietta sonrió y su madre rió también.

—Vaya, parece que estáis muy contentas —dijo lord Tomlin al salir del despacho—. Robert se quedará a cenar, por supuesto.

Lord Worthington se acercó a su prometida que lo recibió con una sonrisa.

—No obligarás a Robert a hacer nada, papá. Si se queda será tan solo porque él así lo decida —dijo Lidia sin dejar de sonreír. Pero Henrietta que la

conocía mejor que nadie detectó cierto sarcasmo en su voz y eso la hizo fruncir el ceño y mirar a su futuro cuñado con cierta animadversión.

El resto de la velada, Henrietta, no dejó de observar a lord Worthington con disimulo. Empezaba a preguntarse si su hermana realmente deseaba aquella boda o la pequeña de la familia se estaba sacrificando por ellos. Sintió una punzada de culpa en el costado al imaginar que la adorable y bella Lidia era vendida al mejor postor, como la heroína de alguna de aquellas novelas con figuras masculinas que detestaba.

—Lord Worthington me ha confesado que desearía celebrar la boda cuanto antes —dijo su padre cuando

sirvieron la crema de calabaza, aderezada con jengibre.

—Mi hermana, Marjorie, deja el internado y vendrá a vivir conmigo. Me gustaría que para cuando ella llegue, Lidia ya esté completamente instalada y se haya hecho con el control doméstico de la casa.

Lidia le dio una patadita a su hermana por debajo de la mesa y puso los ojos en blanco, cuando nadie más que ella podía verla.

—¿Qué edad tiene su hermana? —preguntó lady Margaret visiblemente preocupada.

—Dieciséis años —respondió lord Worthington.

—No me había hablado de eso —

dijo Lidia tratando de sonar indiferente.

—Estoy seguro de que sí —dijo Robert—, de hecho lo hice cuando le pedí matrimonio.

—A mí sí me lo comentó —intervino lord Tomlin—, y no veo ningún problema en ello. Hoy en día los noviazgos largos no se estilan ya.

Lord Worthington dejó la cuchara y miró a su prometida.

—¿Supone algún problema? —preguntó con suavidad.

A Henrietta aquel tono le erizó el vello de la nuca, de repente sintió un rechazo visceral hacia aquel hombre, que había entrado en su casa para llevarse a la única persona que siempre había sido su aliada, su amiga. La única

a la que le importaba lo que ella pensase o sintiese. Hasta ese momento en el que hablaban ya de la fecha de la boda, o sea el momento en el que Lidia saldría por la puerta para no volver a vivir con ella jamás, no se había dado cuenta del poco tiempo que le quedaba de estar con su hermana.

—Por supuesto que no, milord — dijo Lidia con una falsa sonrisa.

—Quizá el problema —intervino Henrietta—, es que es un tema que debería haber hablado con ella antes de decidir. Después de todo Lidia será la señora de su casa, ¿no es cierto, lord Worthington? ¿O es usted de los que piensan que la mujer es un mero objeto decorativo que mostrar ante sus

invitados?

Robert la miró sin poder disimular su sorpresa, si algo caracterizaba a su futura cuñada era la corrección que mostraba siempre al no inmiscuirse en los temas personales de nadie.

—Como he dicho antes, estoy seguro de haberlo mencionado y su hermana no hizo ninguna objeción al respecto. Por supuesto, su opinión sí me importa y en ningún caso he pensado en mi futura esposa como un jarrón decorativo. —Miró a Lidia con ternura—. Aunque su belleza encandilará, seguro, a nuestros invitados.

Henrietta notó el pie de su hermana rozándole la pierna. Estaba claro que Lidia quería que la defendiese. Era lo

mismo que hacía cuando sus padres la regañaban por algo y quería que su hermana mayor acudiese en su ayuda.

—¿Y qué problema hay en que su hermana se instale antes de la boda? Al fin y al cabo aquella también es su casa, ¿no? —insistió.

Robert se apartó para que le retirasen el plato y le sirviesen el segundo. En ningún momento miró a Henrietta y esta pensó que no iba a contestar.

—Hija, eso no es asunto tuyo —dijo su madre, molesta.

—No se preocupe, lady Margaret, entiendo la preocupación de Henrietta por su hermana pequeña —dijo mirándola a los ojos—, después de todo



Lidia es su única amiga y cuando se marche para vivir en Worthington Hall, se sentirá muy sola.

Henrietta sintió el puñal entrando en su espalda, pero aguantó su fría mirada.

—Su hermana y usted se llevan unos cuantos años —dijo lord Tomlin tratando de relajar la tensión.

—Nueve años, exactamente —dijo lord Worthington apartando la mirada de los ojos de Henrietta y volviendo a prestar atención a la comida de su plato.

Se hizo un silencio extraño, que nadie parecía querer llenar.

—¿Y no tiene algún pariente con el que su hermana se pudiera sentir más... cómoda? —preguntó Henrietta.

—¿Más cómoda que con su hermano? —preguntó lord Worthington volviendo a clavar aquella fría mirada en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo lleva en el internado? —insistió—. Prácticamente, no debe conocerle.

—¡Henrietta! —exclamó su madre—. ¿Qué clase de modales son esos? Estás siendo muy desagradable. Lord Worthington no te conoce para saber que este es tu carácter.

Robert dejó el cubierto en el plato y se limpió la boca con la servilleta.

—No es necesario que se disculpe, lady Tomlin, admiro la devoción de lady Henrietta hacia Lidia y espero calmar su preocupación al decirle que tengo

entendido que Marjorie es una persona tan adorable como la propia Lidia.

—Querida Henrietta —dijo Lidia con dulzura—, no debes preocuparte por mí, será un aliciente tener a Marjorie con nosotros. Después de todo, lord Worthington se pasa el día ocupado con sus negocios lo que hará que esté la mayor parte del tiempo sola. Menos cuando tú vengas a visitarme, claro. Pero Marjorie será una compañía más constante. Además, tendré que acompañarla a las fiestas a las que sea invitada. Una jovencita no puede asistir a tales eventos sin la compañía de alguien respetable, una mujer casada.

—Tengo entendido que a Marjorie no le interesan mucho las fiestas y los

bailes —dijo lord Worthington, dejando sitio al servicio para que retirasen el plato—. Es demasiado joven para eso.

—¿A qué joven no le gusta una fiesta? —dijo lady Margaret riendo—. Eso es lo que usted se cree, pero cuando Marjorie esté a cargo de mi Lidia... ¡Jajajajaja! Ya lo creo que le gustarán.

—¿Y qué le gusta hacer a su hermana? —preguntó Lidia jugando con la comida.

—Todo lo que tenga que ver con el arte —dijo el interpelado—, tiene una delicada predisposición a lo artístico. Toca el piano, pinta...

—¿Pinta? —preguntó Lidia sorprendida—. No será de esas que se pasan el día al aire libre con un

caballete, manchando de pintura todo aquello que tocan. Espero que no sea así, porque tendría que regañarla. Su cutis se verá ajado antes de tiempo y yo no podría permitirlo.

A Henrietta le pareció que aquel comentario no le había hecho mucha gracia a su prometido, pero él no dijo nada y siguió comiendo con total corrección. También tuvo la impresión de que su hermana se divertía torturándole.

—¡Ay, las jovencitas! —exclamó lady Tomlin—. Se piensan que siempre van a ser jóvenes y hermosas, no comprenden que el tiempo pasa también para ellas.

—Querida —dijo lord Tomlin—,

eso debe ocurrirle a las demás, porque tú sigues igual de hermosa que la primera vez que te vi.

Las dos hijas sonrieron ante la galantería de su padre.

—Y dígame, señorita Henrietta —dijo Robert dirigiéndose a su futura cuñada—, ¿a usted tampoco le gusta la pintura?

—Sí me gusta, aunque mi gusto se limite únicamente a contemplar lo que los demás pintan, ya que Dios no tuvo a bien dotarme de la sensibilidad necesaria para captar lo que ven mis ojos.

—A Henrietta le interesan los libros —dijo Lidia—. Estoy deseando que vea tu biblioteca. Si alguna vez la

buscas para algo, no lo dudes, estará allí.

—Esa devoción por los libros acabará el día que algún joven quiera cortejarla —dijo su madre sonriendo y luego bajando la voz añadió—, si es que eso ocurre alguna vez.

—¡Mamá! —exclamó Lidia—. ¿Qué va a pensar Robert de ti?

—Pues qué quieres que piense, hija, que soy una madre preocupada por dejar colocadas a sus hijas.

—Es bien triste, pero cierto, que el futuro de una mujer está en manos de los hombres, y que ellos pueden hacer y deshacer a su antojo, lo que gusten, con dicho futuro —dijo Henrietta mirando su plato.

—¿Cree usted que sería posible hacerlo de otro modo? —preguntó lord Worthington.

—Mientras sean hombres los que decidan, me temo que no. Y siendo que no, siempre decidirán los hombres —respondió Henrietta, mirándole de frente.

—Veo que es una mujer razonable y no tiene esperanza de que eso cambie en el futuro.

—Se equivoca, sí lo espero —dijo Henrietta escandalizando a su madre, que mojó la servilleta en su copa de agua y se la llevó a la sien—. Y sueño con que, si ese día no llega, al menos haya una época en la que las mujeres podrán escoger nacer hombres.



Todos dejaron de comer y miraron sorprendidos a la joven que se esforzaba en pinchar un guisante con su tenedor. De repente, la potente voz de Robert Worthington rompió el silencio y se echó a reír a carcajadas.

## Capítulo 4

—¡Henrietta, Henrietta! —lady Tomlin llamaba a su hija desde el hall.

La mayor de sus hijas salió de la biblioteca pensando que ocurría algo gravísimo a juzgar por aquellos gritos.

—¿Qué ocurre, mamá? —dijo preocupada al ver que respiraba con dificultad—. ¿Te encuentras bien?

—No sabes cómo he tenido que correr para llegar antes que ellos. Robert viene hacia aquí acompañado de su amigo Lawrence Roswell.

Henrietta no pudo evitarlo y sus mejillas se tiñeron de un intenso color rojo.

—Ay, niña, si ese muchacho te ve así va a pensar que estás desesperada por encontrar marido. Debes intentar ser más avispada. Ve a refrescarte corre —dijo agitando la mano.

La cancela de la entrada se escuchó al abrirse y Henrietta no fue capaz de dar un paso. Antes de reaccionar, las visitas ya estaban dentro de la casa.

—Señorita Henrietta —dijo Lawrence, después de saludar a lady Tomlin quitándose el sombrero.

—Señor Roswell. Lord Worthington—dijo Henrietta haciendo una ligera reverencia.

Lidia bajó las escaleras impecablemente vestida y con la sombrilla colgada de la muñeca.

—Vamos, Henrietta, ve a buscar tu chal, que salimos a dar un paseo con estos amigos —dijo.

Henrietta se miró, llevaba puesto uno de los vestidos más sencillos que tenía.

—No me habías dicho que íbamos a salir —dijo.

—¡Oh! Por supuesto que te lo dije, pero estabas tan enfrascada en esa novela de la que no te apartas, que no me has hecho ni caso —dijo Lidia agarrándose al brazo de su prometido—. Mamá, tomaremos el té en casa de lord Worthington, quiero que Henrietta vea

los jardines.

Henrietta cogió el chal de su madre, aceptó el brazo de lord Roswell y ambas parejas salieron de casa.

—¿Usted qué opina, lord Roswell? ¿Cree que hago bien en aceptar que la fecha de mi boda la marque la hermana de mi prometido?

Robert no apartó la mirada del camino, pero Henrietta percibió el ligero temblor de sus párpados y comprendió que no le gustaba la pregunta de Lidia.

—Creo que esa es una cuestión que solo atañe a los contendientes. Si los dos están de acuerdo, nadie tiene nada que opinar —dijo Lawrence, muy correctamente.

—¿A usted le gustaría vivir los primeros días después de su boda en la compañía de una jovencita a la que ninguno de los dos conoce? —insistió Lidia.

—¿Lord Worthington no conoce a su hermana? —preguntó Roswell sorprendido—. Me resulta difícil de entender.

—Cuando Marjorie nació su hermano estaba ya en un internado al que lo envió su padre. Y cuando él regresó a casa, Marjorie hacía tiempo que estaba en el suyo —explicó Lidia.

Henrietta frunció el ceño desconcertada, pero se mantuvo callada, no quería dar una mala impresión a lord Roswell.

—Una hermana es una hermana —  
dijo Lawrence.

—¿Tiene usted hermanas, lord  
Roswell? —preguntó Lidia.

—No, por desgracia soy hijo único  
—respondió.

—¿Desgracia? —dijo Lidia—. Yo  
lo encuentro una bendición.

—Vaya, eso no me deja a mí en  
muy buen lugar —dijo Henrietta en un  
tono bajo.

Su hermana se soltó del brazo de su  
prometido y fue a agarrarse del de su  
hermana abrazándola con cariño.

—¡Henrietta, no lo decía por ti!  
Sabes que te adoro y que voy a echarte  
muchísimo de menos cuando me case.

—Cualquiera diría que te vas del

país —dijo Henrietta, abrazándola también.

—Hablando de otros países —dijo lord Worthington—, ¿es cierto eso que he oído de que van a nombrarte embajador en Australia?

Lord Roswell se situó al lado de su amigo y ambos caminaron delante de las damas.

—Eso parece, aunque aún no he recibido el nombramiento —respondió.

—Estoy seguro de que no tardará en llegar, mis fuentes son muy fiables —dijo lord Robert sonriendo.

Henrietta se sorprendió al ver aquella expresión tan distendida en su rostro, normalmente contraído por alguna emoción oculta.



—No os pongáis a hablar de cosas aburridas —dijo Lidia soltando a su hermana y acercándose a los hombres—. ¿Y usted Lawrence, cuándo nos va a desvelar el nombre de su amada?

—Querida Lidia, ¿por qué da por hecho que tiene una amada? —preguntó Robert.

—¿Acaso lo duda? —sonrió Lidia—. No hay más que ver el brillo de sus ojos para saberlo.

—Creo, milady, que su sensibilidad para con estos temas es harto exagerada —dijo su prometido—. No veo ninguna clase de brillo en los ojos de nuestro amigo.

—¿Cómo va a ver un brillo en los ojos de otro hombre, lord Worthington?

—dijo Lidia riendo—. Henrietta, ven, acércate. ¿A qué tú sí ves ese brillo en sus ojos?

Henrietta, a la que habían dejado atrás, se acercó al grupo y miró a lord Roswell a los ojos, a riesgo de ponerse en evidencia si no lo hacía. Para su sorpresa tuvo que reconocer que sus ojos tenían un brillo especial.

—No tengo experiencia en el tema —dijo tratando de sonar indiferente.

—Dejadme unos minutos con él y prometo conseguir el nombre de la dama —dijo Lidia.

Y agarrándose del brazo de lord Roswell le obligó a acelerar el paso.

—Intentad no discutir mientras yo interrogo a este caballero.

Henrietta miró incómoda cómo su hermana se llevaba a Lawrence Roswell lejos de ellos.

—Pobre Lawrence —dijo Robert—, no podrá resistirse a los métodos indagatorios de su hermana.

—Siempre ha sido así, no soporta que nadie tenga secretos con ella —dijo Henrietta.

—Usted no parece muy dada a guardar secretos —dijo Robert, y dándose cuenta de que aquello no había sonado muy bien se apresuró a explicarse—, no quería decir...

—Le he entendido —dijo ella—. Es cierto que no me gustan los secretos. Las cosas que se ocultan tienen por costumbre hacer daño a alguien. Pero,

por supuesto, si alguien comparte un secreto conmigo, sin que yo pueda evitarlo, puede estar seguro de que no lo revelaré.

Robert la miró y asintió. Y durante unos minutos caminaron uno al lado del otro sin decir nada.

—¿Ya ha hecho los preparativos para la llegada de su hermana? —preguntó después de devanarse los sesos tratando de encontrar un tema de conversación.

—Sí. He hecho que redecoren su antiguo cuarto. Está en la zona más cálida de la casa. Es una joven algo enfermiza, según tengo entendido —respondió él con suavidad—. La verdad es que me resulta extraño saber que voy

a convivir con una hermana a la que no conozco.

Henrietta no quería decir nada que pudiese molestarle. Se había sentido mal después de las cosas que dijo en la comida de la semana anterior. En aquel momento creyó que ayudaba a su hermana, pero después, cuando repasó mentalmente lo que se dijo comprendió que había actuado de un modo muy poco adecuado y un poco cruel.

—Para ella también será difícil — dijo Henrietta con mucho tacto—. Deberá tener mucha consideración.

Lord Worthington asintió.

—Lidia lo hará más sencillo — añadió sonriendo con timidez.

—No parecía pensar así hace una

semana —dijo él sorprendido.

—Discúlpeme por mi comportamiento —dijo ella—, estaba preocupada por Lidia y no fui justa con usted.

Robert negó con la cabeza quitándole importancia.

—Es extraño que sus padres no hiciesen nada para que se conociesen —dijo ella con sinceridad.

—Mi madre estaba muy enferma y... decidieron que yo fuese a un internado para que ella...

—No tiene que darme explicaciones —dijo Henrietta al ver que realmente le afectaba hablar de eso.

—No me importa —dijo él mordiéndose el labio—. Mi padre y yo

no teníamos buena relación y eso la hacía sufrir.

Henrietta le miró con sus enormes ojos y Robert frunció el ceño. Después de unos segundos apartó la mirada. Aquellos ojos parecían poder atravesarle.

—¿Y nunca volvió? —Se arrepintió en cuanto la pregunta salió de su boca—. Discúlpeme, por favor, olvide esa pregunta.

Robert Worthington sonrió con tristeza.

—No, no volví a ver a mis padres hasta que murieron —dijo.

—Tengo entendido que hubo un incendio en la casa —dijo Henrietta al ver que no le importaba hablar de ello.

Robert asintió.

—Sí, tuve que reconstruir el ala sur por completo.

Henrietta no pudo evitar el gesto, agarró su brazo y le miró con una enorme compasión.

—Lo siento mucho.

Robert frunció el ceño y se soltó con delicadeza de su mano.

—No me tenga lástima, señorita Tomlin, es una emoción muy destructiva, se lo aseguro.

Henrietta se sintió muy incómoda, se había establecido entre ellos una cercanía que no le gustaba. Miró a su alrededor buscando sin disimulo a Lidia y a lord Roswell. Un gesto que no pasó desapercibido a su acompañante.



—Tranquila —dijo—, en dos minutos habremos llegado y no tendrá que seguir sufriendo mi compañía.

Henrietta se sintió incómoda al escuchar en voz alta un comentario tan desagradable, sobre todo porque no lo podía rebatir.

—Parece que en algún momento hemos adelantado a su hermana y a lord Roswell —dijo lord Worthington frente a la entrada de la casa.

Henrietta miró a su alrededor y señaló hacia una zona de árboles a la derecha de la casa.

—Están allí —dijo haciéndoles gestos.

—Parece que estén discutiendo —dijo Robert sin poder disimular su

desagrado.

Lidia y lord Roswell se acercaron a ellos y a Henrietta le pareció que la sonrisa de su hermana era un poco forzada.

—¡Menos mal! —dijo—. Pensaba que no llegabais nunca.

La mansión de los Worthington era un auténtico palacio. Henrietta había asistido a alguna de las fiestas que organizaron los señores Worthington años atrás, cuando aún vivían. De la mano de Lidia pasearon por algunos de sus salones y visitaron la opulenta biblioteca. A Henrietta le pareció que se respiraba un ambiente misterioso en algunas de aquellas habitaciones. Pero

se estremeció al pasar frente al despacho del anterior señor Worthington, el padre de Robert, que permanecía cerrado con llave.

—Lo mantiene tal y como lo tenía su padre —dijo Lidia hablando bajito a su hermana—. No se abre nunca.

Henrietta miró aquella puerta al pasar e incluso se volvió cuando se alejaron. ¿Por qué tenía la extraña sensación de que aquella habitación cerrada ocultaba algo oscuro y siniestro?

## Capítulo 5

Henrietta se despertó al escuchar los gritos de su madre. Frotándose los ojos, cansados después de una noche de escritura, bajó los pies al suelo y se puso las zapatillas. Después cogió la toquilla y se la colocó sobre los hombros antes de salir de su cuarto. Había mucho revuelo entre la habitación de sus padres y la de Lidia. Gladys, la vieja criada, que era ya parte de la familia después de llevar en aquella casa más de veinticinco años, miró a

Henrietta y movió la cabeza repetidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven, y como no le contestó avanzó hasta el cuarto de sus padres.

Cuando su madre la vio aparecer se fue hacia ella y comenzó a pegarle.

—¡Tú lo sabías! ¡Lo sabías! —gritaba mientras la golpeaba.

Henrietta cayó al suelo cuando su padre agarró a su madre para impedir que siguiese golpeándola.

—¡Mala hija! —sollozaba su madre—. ¿Cómo has podido permitirlo?

—¿De que estás hablando? —dijo Henrietta con los ojos llenos de lágrimas y la cara dolorida—. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Lidia?

Comprendió que su hermana era el problema cuando su padre le tendió la carta que había sobre la mesilla y reconoció la letra de Lidia.

—Nos dejó esto antes de irse — dijo.

Cogió la carta y comenzó a leer.

«Queridos papá y mamá:

Sé que estaréis enfadados conmigo por lo que voy a hacer. Siempre he querido ser una buena hija, obediente y respetuosa con vosotros. Y creo que lo he conseguido durante mucho tiempo. He intentado cumplir con mi obligación, pero ha sido imposible al contraer una mucho mayor, más importante. Sé que contabais con lord Worthington para solucionar vuestros problemas

económicos, que mi matrimonio con él habría evitado la bancarrota de nuestra familia, pero no puedo casarme con él. No le amo, nunca le he amado. Y aunque sé que me idolatra y que será un golpe terrible para su orgullo y hombría, no puedo entregarme a él. Mi corazón pertenece a otro hombre y a él es a quien debo mi lealtad más absoluta. Me escapo para casarme con lord Roswell y espero que algún día podáis perdonarme.

Vuestra querida hija y hermana, que os ama,

Lidia.»

Henrietta se dejó caer, hasta sentarse en el suelo, con aquella aterradora misiva en las manos. Miró a

su madre que seguía gritándole e insultándole. Necesitaba alguien a quien culpar de todo aquello y estaba acostumbrada a volcar en ella toda su inquina. Su padre paseaba por la habitación de un lado a otro con los nervios desquiciados murmurando frases inconexas. Se dio cuenta de que él era quién debía preocuparle y se puso de pie enseguida.

—Papá, siéntate, te traeré una infusión de artemisa.

—Es el fin —dijo—, mis acreedores se quedaran con la fábrica, con la casa, con todo...

Consiguió que se sentara y se asomó a la puerta.

—Gladys, trae una infusión para



papá, rápido.

—¿Ahora vas a hacerte la buena hija? —dijo su madre con desprecio—. ¿Crees que engañas a alguien? ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Tú emponzoñaste la mente de tu hermana con ese hombre! ¡Os oí cuchichear sobre él!

—Mamá, estás muy disgustada...

—¡Calla! —gritó su madre—. ¡Ni siquiera te dirijas a mí!

Henrietta vio que su padre se llevaba la mano al pecho y empalidecía.

—¿Papá, qué te ocurre? —preguntó inclinándose sobre él.

—¿Qué quieres que le ocurra? —dijo su madre acercándose—. ¡Que su hija le ha traído la ruina!

—¡Basta! —Henrietta se volvió

hacia su madre y le gritó—. ¡Basta!

Lady Margaret miró a su hija mayor con los ojos tan abiertos que parecía que se le saldrían de las órbitas. Henrietta se volvió a su padre y le desabrochó la camisa, apenas podía respirar. Se resbaló de la silla y quedó tumbado en el suelo. De nada sirvieron las atenciones desesperadas de su hija, antes de que llegara Gladys con la infusión, el corazón de lord Tomlin había dejado de latir.

—Me temo que la situación es peor de lo que lord Tomlin les había explicado. —El abogado de su padre se había quedado a hablar con ellas

después del funeral—. Las deudas las dejarán sin la fábrica, pero también sin la casa y todas las pertenencias que hay en ella.

Lady Margaret no dejaba de llorar y Henrietta miraba muy seria al Sr. Travis. La palidez de su rostro era intensa.

—¿No hay nada que se pueda hacer? —preguntó—. ¿Mi padre no tenía un plan de emergencia? ¿Algo que no nos dejase en la calle?

El Sr. Travis negó con la cabeza.

—Lo siento.

Henrietta asintió y recordando sus modales le ofreció si quería tomar un té o café, pero el abogado, que no aguantaba la tensión de aquella casa

adujo tener muchos clientes que atender y se despidió de las dos damas.

—¿Qué va a ser de mí? — sollozaba lady Margaret—. A mi edad y sin un hogar...

Henrietta no podía soportar más estar en aquella habitación con su madre. Cogió su capa y salió de la casa. Echó a correr hacia el bosque y se internó entre los árboles en busca de la soledad que no había tenido desde que murió su padre. Cuando se supo lo suficientemente alejada de todo, se sentó en una piedra.

Necesitaba pensar.

No en su hermana y en por qué había hecho algo tan egoísta, sin ni siquiera contárselo para que le pudiese

dar su opinión, ya que aquellos actos también la afectaban a ella. Tampoco quería pensar en su madre y en el futuro que le esperaba.

Necesitaba pensar en su padre, darle el duelo que se merecía, lejos de deudas y necesidades básicas que cubrir. Había muerto. Nunca más le vería fumando su pipa al atardecer, sentado en su butaca frente a la chimenea. Jamás podría volver a discutir con él el último libro que habían leído ni podrían hablar de política en secreto, porque los dos sabían que las mujeres no pueden hablar de esos temas en público.

Se había ido para siempre.

Henrietta miró las hojas que se

esparcían por el suelo y suspiró. Esperaba que las lágrimas llegasen y la ayudasen a descargar la tensión que se estaba acumulando en su pecho, pero sus ojos seguían secos cuando tomó el camino de vuelta casa.

—¡Qué terrible tragedia asola a vuestra familia! —exclamó lady Julie—. Mi pobre hermana, ella que se daba esos aires de grandeza, ahora tiene que abandonar incluso su casa.

Henrietta aguantaba las impertinencias de su tía con las manos apoyadas en su regazo, una sobre la otra, sin moverse, sin apartar la mirada. Ya sabía, cuando se dirigió a visitar a su

tía, que tendría que aguantar la amargura de su lengua.

—Mi madre, tía Julie, está desolada. No deja de llorar, no come ni duerme...

—Lo sé, lo sé, pequeña. Estoy verdaderamente preocupada por ella, no hago más que acordarme de mi pobre hermana a todas horas, ¿verdad Louise que no hablo de otra cosa? —dijo mirando a su hija que estaba sentada junto a ella y observaba a su prima con sus pequeños y acerados ojos.

—Sí, mamá, no hablas de otra cosa —dijo, y a Henrietta le pareció que detrás de aquella expresión se escondía una sonrisa perversa.

—No he hecho más que darle

vueltas para saber cómo podría ayudaros y he pensado en algo. Tu madre, al ser la mayor, heredó el ajuar de nuestra madre. Siempre he deseado tener aquellas colchas y los manteles que mi padre hizo traer desde España — dijo lady Julie—. Os compraré todas esas cosas y algunas más, como las joyas o la vajilla.

Henrietta empalideció y su tía se volvió a su hija.

—¿Verdad que soy generosa, hija? Todo el mundo lo dice, y cuando sepan lo que he hecho por mi hermana mayor, no darán crédito. —Miró de nuevo a su sobrina—. No hace falta que digas nada, sobrina, sé que mi actitud ha conmovido tu corazón y no encuentras el modo de



agradecérmelo. Es difícil encontrar palabras para agradecer una moral tan elevada.

Henrietta retorció sus manos.

—Tía, apelando a esa generosidad y al hecho de que mi madre es su hermana, yo venía a pedirle si nos acogerían en su casa cuando tengamos que abandonar la nuestra —dijo, con el amargo sabor de la humillación en los labios.

—¿Vivir aquí? —dijo Louise con el ceño fruncido.

La tía Julie miró a su hija, que no disimulaba su disgusto.

—¿Con la ayuda que te he ofrecido no te parece suficiente? —dijo incrédula.

—Querida tía, esa ayuda será del todo impagable, pero me temo que eso no hará que conservemos la casa y tendremos que abandonarla muy pronto. Mi madre, su hermana —hizo hincapié en ese detalle—, necesita un hogar que le resulte familiar, cerca de aquellos que la aman.

Lady Julie puso cara de agobio.

—Esta casa es muy pequeña —dijo—, a menudo mi hermana se burlaba de mí por ello. No sé dónde podría acomodaros. Además, el señor Wurst, tu tío, no sé qué opinará de tener a dos parientes más a las que alimentar.

—Quizá podríamos despedir a Lily y que Henrietta ocupe su lugar —dijo su prima Louise sonriendo.

Henrietta sintió que el rubor cubría sus mejillas ante la ofensiva propuesta de su odiosa prima.

—¡Louise, pero qué dices! — exclamó su madre—. ¡Adoro a Lily!

## Capítulo 6

—Deseo hablar con lord Worthington.

Henrietta había ido hasta Worthington Hall esperando que Robert aceptara recibirla. Los minutos que esperó en aquel saloncito al que la acompañó su mayordomo, John, fueron los más largos de su vida.

—Buenos días, lady Henrietta — dijo lord Worthington al entrar en el salón.

No se acercó a besarle la mano,

como habría hecho un tiempo atrás, y su mirada era la más fría que hubiese visto jamás en un ser humano.

—¿A qué debo esta... inesperada visita?

Henrietta temblaba como una hoja y esperaba que su anfitrión no fuera lo suficientemente perspicaz para darse cuenta.

—Quiero agradecerle las flores que envió a la tumba de mi padre — dijo.

Robert caminó hasta una mesa en la que había varias botellas y se sirvió una copa de whisky. Bebió un trago, mirándola sin decir nada. Estaba claro que no iba a facilitarle la difícil tarea que la joven se había encomendado.

—He venido para... —Lo había estado ensayando toda la noche, de ahí las profundas ojeras debajo de sus ojos, pero ahora no le salían las palabras.

Lord Worthington siguió bebiendo y esperando.

—Usted tenía negocios con mi padre —dijo al fin.

Robert se acercó y tomó asiento en una butaca situada frente a ella y en una pose bastante ruda.

—Vengo a proponerle algo...

La sonrisa perversa en el rostro del hombre hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—Usted quería invertir en la fábrica y nuestros problemas económicos no han cambiado... —

siguió hablando.

—¿Me está pidiendo ayuda? — preguntó mirándola fijamente—. ¿Quiere que ayude, con mi dinero, a la familia de la mujer que me ha humillado públicamente? ¿La mujer que se ha comportado como una furcia, escapándose con alguien que se hacía pasar por amigo?

Henrietta palideció aún más haciendo que su piel se viese casi traslúcida.

—¿Y qué es exactamente lo que me propone, Henrietta? —preguntó interesado.

La joven tragó la saliva que se le había acumulado en la garganta.

—Pues le ofrezco la mitad de la

fábrica si usted...

—¿La mitad de la fábrica? Dígame una cosa, milady, ¿la mitad de nada, cuánto cree que es?

La joven sintió que se le retorció el estómago, ya no podía rebajarse más. Se puso de pie.

—Tiene motivos para estar enfadado, no se lo discuto. Mi hermana Lidia se ha comportado de un modo abominable, aunque de ningún modo considero que sea una furcia —dijo con firmeza—. Mis padres y yo fuimos tan sorprendidos como usted mismo, le aseguro que ninguno de nosotros conocía sus nefastos planes. Creo que la muerte de mi padre es suficiente garantía de eso.



Hizo una pequeña pausa y carraspeó tratando de dominar las ganas de llorar.

—He venido aquí por mi madre, pero también porque creí que si una vez pensó que ese negocio podía resultarle atractivo, eso no tenía por qué cambiar por el hecho de que ya no vaya a casarse con mi hermana. Ahora veo que me equivocaba y le pido disculpas por haberle importunado.

Henrietta esperó a que él se levantara para poder abandonar la habitación, pero lord Worthington no se movía. La estaba mirando de un modo extraño, como si su mente estuviese en otra parte, maquinando algo.

—Siéntese —dijo autoritario.

Henrietta no obedeció y lord Worthington no disimuló su sorpresa. Finalmente se encogió de hombros.

—Tengo entendido que están completamente arruinadas y me temo que la vida que les espera, a su madre y a usted misma, no será nada fácil —dijo poniéndose de pie y volviendo a llenar su vaso.

Henrietta sentía un peso enorme en el corazón.

—Le ofrezco un nuevo trato —dijo acercándose de nuevo—. Seguiré adelante con mis planes en cuanto a los negocios de su padre.

Henrietta no pudo evitar sonreír y que sus ojos se llenaran de agradecimiento, pero enseguida la

expresión en el rostro de lord Worthington hizo que la sonrisa se le congelase en los labios.

—¿Qué quiere a cambio? — preguntó.

—Su padre me ofreció una esposa... —dijo él.

Henrietta frunció el ceño sin comprender.

—Es cierto que me gustaba su hermana, es mucho más agraciada que usted y más joven —dijo cruel—. Pero tendré que conformarme.

Henrietta sintió que la sangre abandonaba su cara y empezó a verlo todo negro.

—Se casará usted conmigo y yo, a cambio, evitaré que su madre y usted

misma tengan que vivir en la miseria — dijo sin ahorrarle en lo más mínimo la vergüenza.

Henrietta hubiese querido escupirle en la cara, pero estaba tan abrumada por la frialdad con la que lord Worthington le hablaba de matrimonio, que no pudo articular palabra. Se sentó muy despacio por temor a desmayarse delante de él, aumentando así su ridículo.

—No creo que haya mucho que pensar —siguió hablando—. Usted no tiene un hermano que pueda ocuparse de su bienestar y tengo entendido que sus familiares no tienen ayuda que ofrecer. Su padre estaba cubierto de deudas, y sin dinero la fábrica caerá en manos de sus acreedores. Creo que es una

decisión sencilla. Puede decir sí o sí.

Henrietta levantó la mirada para observar el rostro de lord Worthington. No podía decirse que fuese un hombre guapo, más bien su fuerte personalidad se veía reforzada por aquella bien dibujada mandíbula, unos ojos de un frío azul y labios firmes y contundentes. Pero en aquellos momentos lo que se reflejaba en su cara era el rostro de alguien cruel, que no iba a escatimarle en absoluto el más mínimo dolor que pudiese infligirle.

—Hay mucho resentimiento en usted —dijo Henrietta poniéndose de pie—. Siento que mi hermana le haya hecho un daño tan atroz como para convertirle en una persona tan

despiadada.

Hizo una ligera reverencia de despedida y caminó hacia la puerta.

—No ha contestado a mi proposición —dijo impertérrito.

Henrietta no se volvió.

—No acepto, señor Worthington. Y ahora entiendo por qué mi hermana se comportó de un modo tan desesperado.

Henrietta salió de allí sin mirar atrás, si lo hubiese hecho habría visto cómo el rostro de Robert Worthington empalidecía por completo.

—¿Que has hecho qué?

Lady Margaret tuvo que sentarse para no caer redonda al suelo.

—No podía aceptar semejante propuesta, madre —dijo Henrietta cuyo rubor amenazaba con hacerla arder—. Ha sido tan descortés, tan humillante...

—¿Y qué esperabas? ¿Crees que él no sabe que tú estabas instigando a tu hermana contra él?

Henrietta miró a su madre sin poder creer lo que oía.

—¡Júrame a la cara que no es cierto! —le gritó lady Margaret—. ¡Ah! ¿Lo ves? ¡No puedes hacerlo! ¡Me vas a matar a disgustos como mataste a tu padre!

—Madre, no diga eso... —susurró Henrietta.

—¿Y por qué no iba a decir la verdad? Tú y yo sabemos que así fue. Tu

hermana se iba a casar con ese hombre, iba a sacar a esta familia del desastre. ¿Qué has hecho tú por nosotros? ¡Nosotros, que lo dimos todo por ti! ¿Crees que tu padre y yo no sabíamos que jamás te casarías? ¿Que ningún hombre iba a fijarse en alguien tan simple y falto de gracia? —Su madre destilaba odio por todos los poros—. Desde pequeña fuiste rebelde y maleducada.

Henrietta tragó la amargura que aquellas palabras le estaban causando y apretó los labios para no decir nada de lo que pudiese arrepentirse.

—Nos echarán de esta casa... —sollozó su madre—. ¿A dónde iremos? ¿Qué va a ser de mí?



Lady Margaret se levantó y fue agarrándose a los muebles hasta su habitación. Gladys la ayudó a meterse en la cama de donde dijo que no volvería a levantarse.

Henrietta se sentó en el sofá que miraba hacia la ventana. La tarde estaba despejada y el viento ululaba entre los árboles. Nunca se había sentido tan sola como en aquel momento. Su vida no siempre había sido de color gris. Claro que tuvo ilusiones de juventud. Como cualquier otra mujer imaginó que habría alguien para el que el mundo girase alrededor de ella. Alguien que la hiciese sentarse sobre sus rodillas, frente a la chimenea, y que la abrazaría con ternura.

Cuando se fue haciendo mayor y comprendió que la belleza y simpatía de su hermana la afeaban y hacían que ella pareciese más antipática, se hizo a un lado. Adoraba a Lidia, como todos, y creía que ella merecía todo el amor que recibía. Todos querían hablar con Lidia, bailar con Lidia, pasear con Lidia. Y su mundo de color se fue apagando, hasta llegar a aquel tono de gris al que se había acostumbrado. Sus libros, sus escritos y la inestimable compañía de su hermana eran suficientes para ella.

Ahora Lidia la había abandonado y a su alrededor todo se había vuelto negro.

## Capítulo 7

Durante los días siguientes Henrietta trató de encontrar una solución a sus problemas. Se metió en el despacho de su padre y estudió su situación económica. Apenas comía lo que Gladys le llevaba al despacho, un poco de leche y alguna migajas de la comida o la cena. Cada vez que la sirvienta entraba en aquella habitación la encontraba, pálida y ojerosa, entre libros de cuentas y papeles esparcidos por toda la mesa.

Visitó la fábrica, habló con sus empleados, recorrió las casas de los amigos de su padre, se citó con los directores de algunos bancos...

Fue al salir de uno de esos bancos cuando se encontró con lord Worthington.

—Buenos días, señorita Tomlin — dijo él llamándola por el apellido.

—Buenos días, lord Worthington —dijo ella haciendo una rápida reverencia para alejarse de allí sin dar pie a una incómoda conversación.

Lord Worthington la observó mientras se alejaba con la mirada acerada de quien ha sido ofendido reiteradamente. Había escuchado toda clase de cosas sobre los intentos de la

hija mayor de lord Tomlin para encontrar una solución al problema de su familia. Era el tema de conversación en todas las reuniones de la alta sociedad de Londres. Primero fue la fuga de Lidia Tomlin con lord Roswell antes de la boda. Y ahora, lady Henrietta se paseaba por las casas de los amigos y conocidos de su padre para pedir ayuda. Todo, antes de casarse con lord Worthington, que no contento con recibir la humillación de la hija pequeña, había dado pie al rechazo de la mayor. Si se hubiese propuesto humillarle, no lo habría hecho tan bien.

Lord Worthington se dijo que ya había soportado suficientes desplantes de aquella familia. Su honor estaba en

juego. Casi podía escuchar la risa de su padre en su espalda. Entró en el banco resuelto a acabar con aquella situación.

Henrietta hizo pasar al señor Travis a la salita y le ofreció un té que él rechazó. Era evidente que aquella situación no le resultaba agradable.

—¿Su madre sigue indispuesta? — preguntó tratando de sonar respetuoso.

—Sí, es muy amable por preguntar —respondió Henrietta visiblemente nerviosa.

Se sentaron en sendas butacas y la joven colocó las manos sobre su regazo obligándose a no retorcérselas.

—Me temo que no traigo buenas

noticias —dijo por fin el abogado—. Me mortifica tener que dárselas a usted sola.

—No se preocupe. Hable sin más —dijo ella y después cogió aire por la nariz suavemente, pero hasta el fondo.

—El banco recibió una oferta por la deuda de su padre —dijo al fin.

Henrietta frunció el ceño.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—La fábrica, la casa y las tierras, ya no pertenecen al banco, sino a un inversor.

Henrietta trataba de descubrir si aquello era algo bueno o malo, pero no tenía toda la información.

—¿Y sabe quién es esa persona?

Casi al instante mismo de emitir la

pregunta, en su cabeza ya se formuló una respuesta que le puso el vello de punta.

—Lord Worthington.

Henrietta abandonó todo decoro y se dejó caer contra el respaldo del sillón.

—Aunque en un principio pueda parecer extraño —dijo el señor Travis—, es algo usual entre los hombres de negocios.

Henrietta tenía la mirada fija en la ventana. Sabía perfectamente por qué Robert Worthington había comprado sus deudas, conocía las intenciones vengativas del lord.

—¿Cuándo tenemos que abandonar la casa? —preguntó.

—Quiere que la casa esté libre



exactamente el sábado a las seis de la tarde.

Henrietta asintió. Aquella era la hora a la que se había fijado la boda. Se puso de pie y el abogado la imitó.

—Me temo que tendrá que disculparme, señor Travis tengo muchas cosas que preparar antes del sábado y muy poco tiempo.

El abogado asintió y, en un gesto impulsivo, cogió una de las manos de Henrietta con las suyas.

—Señorita Tomlin, siento mucho los golpes que le está dando la vida. Me gustaría poder decirle que todo va a salir bien, pero sé que le sonaría a palabrería vacía. Mi mujer y yo estamos dispuestos a ayudarlas en lo que nos sea

posible...

Aquellas palabras amables estuvieron a punto de derribar las defensas de Henrietta, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—Dele las gracias a su señora por preocuparse por nosotras. Y a usted, ¿qué puedo decirle? Se ha comportado como un gran amigo, mi padre se sentiría muy honrado por esa amistad. Quisiera hacerle una pregunta —dijo.

—Hable con tranquilidad —respondió el abogado.

—¿Puedo vender alguna de las cosas que pertenecen a mi madre? ¿Su ajuar, sus joyas...?

El señor Travis negó con la cabeza.

—Me temo que eso no es posible. Ahora todos sus bienes pertenecen al señor Worthington y podría considerarse robo.

Henrietta asintió y acompañó al abogado tratando de no pensar en que, probablemente, aquella sería la última visita a la que tendría que despedir desde aquella entrada. La última a la que saludaría con un gesto de cabeza, cuando se volviese a cerrar la verja.

Recorrió el pasillo, entró en el despacho de su padre cerró la puerta y después de unos segundos en los que su visión se fue nublando paulatinamente, se desplomó sobre la alfombra sin un ruido.

Durante toda la mañana del sábado Henrietta estuvo recogiendo las pocas pertenencias que podían llevarse de la casa, escuchando los lamentos y sollozos de su madre. Lady Margaret no permitía que su hija se acercara a ella para consolarla y repetía de manera constante que era ella la culpable de todo.

Henrietta era más fuerte de lo que ella misma sabía, porque a pesar de que se le partía el corazón al escuchar a su madre aún tenía la fortaleza suficiente como para soportarlo sin ceder.

Como una autómatas, se movía por la casa recogiendo objetos sin valor monetario, pero que para ella tenían

mucho significado. La pipa en la que su padre fumaba a escondidas de lady Margaret. El primer libro que leyó. El último bordado de Lidia...

Se sentó en el sofá y abrazó el cojín que su hermana había estado bordando las últimas tardes de invierno junto a ella. Sobre la chimenea descansaba el jarrón que Lidia rompió a los quince años y que a ella le costó tanto reparar para que su padre no la castigase.

Las lágrimas acudieron presurosas a sus ojos, pero se esforzó en contenerlas. No era momento de lágrimas, no había nadie que pudiese consolarla. De repente en la casa se había hecho el silencio y Henrietta sintió

un estremecimiento. Se levantó con rapidez y corrió a la habitación de su madre.

—Mamá, mamá —la llamó al encontrarla en el suelo, pero su madre no respondió.

—Su madre ha sufrido un ataque al corazón —dijo el médico cerrando su maletín—. Los sucesos de los últimos días han puesto de manifiesto una debilidad que no habíamos detectado. En los próximos días deberá estar muy tranquila y tomar la medicación que le he prescrito.

Henrietta miraba al médico con la palidez de un muerto.

—Tenemos que irnos... —susurró la joven con un hilo de voz.

El médico se encogió de hombros.

—Su madre no debería moverse. Su salud es muy delicada y no sé cómo podría afectarle un traslado.

Henrietta sintió que todo se volvía negro otra vez y tuvo que aferrarse a la mesita para no caer. El doctor la ayudó a sentarse.

—Debería examinarla, usted también parece enferma —dijo abriendo su maletín.

—No, no, gracias, doctor. Estoy cansada, solo eso —dijo Henrietta rápidamente.

—Como quiera —dijo el médico—. Ahora debo seguir con las visitas,

pero volveré mañana.

La joven asintió y se levantó para acompañar al médico hasta la puerta. Gladys salió de la habitación de lady Margaret.

—¿Qué vas a hacer, Henrietta? — preguntó viendo la cara de la joven.

—¿Qué opciones tengo, Gladys? — Se puso la capa y salió de la casa.

Tomó el camino que llevaba a Worthington Hall. Mientras recorría aquel camino recordó el día en que su hermana se alejó con lord Roswell. Qué ingenua fue al creer sus mentiras. Las lágrimas fueron ya incontenibles y la angustia la hizo detenerse a mitad de camino y vomitar la poca comida que había ingerido.



Había perdido peso y tenía el estómago cerrado. Lo poco que comía era como tomar una medicina que le hubiese recetado el médico, solo que ese médico se llamaba Gladys y lo único que había estudiado había sido la vida.

Se apoyó en el tronco de un árbol y dejó que los sollozos descargasen la tensión que mantenía su cuerpo en pie. Estaba segura de que si pudiese relajarse sus piernas no podrían sostenerla. Lloró amargamente durante unos minutos, necesitaba hacerlo allí si no quería correr el riesgo de desmoronarse delante de lord Worthington. Y era probable que todo saliese aún peor de lo que esperaba.

Se limpió las lágrimas. Arrancó unas hojas de menta y las masticó unos segundos respirando por la nariz.

—¿Qué puede pasar? —se dijo susurrando—. ¿Qué me rechace?

Siguió respirando y masticando.

—Al menos lo habré intentado —dijo—. Pero no basta con intentarlo, Henrietta, mamá necesita quedarse en la casa.

Escupió la menta de la boca. Debía mostrarse segura y resuelta. Ya se encargaría él de humillarla.

## Capítulo 8

John, el mayordomo, la acompañó hasta la misma salita de la otra vez.

—Enseguida aviso al señor —dijo cerrando la puerta tras él.

Henrietta caminó hacia el sofá y se sentó en el borde, preparada para salir corriendo. Colocó las manos sobre su regazo y se quedó inmóvil mirando fijamente la puerta hasta que se abrió.

—Buenas tardes, señorita Henrietta —dijo lord Worthington, acercándose—. ¿Tiene usted frío?

—Buenas tardes, señor Worthington. No, en realidad tengo calor —dijo Henrietta poniéndose de pie con el ceño fruncido y sin comprender la pregunta.

—Entonces quizá debería quitarse la capa, ¿no le parece?

Henrietta miró hacia abajo y vio que la llevaba puesta y los guantes y el sombrero, también. De repente entendió lo que le había dicho el mayordomo cuando entró, le pedía la ropa de abrigo.

Lord Worthington la observó mientras se despojaba de la capa y le preguntó si quería tomar un té.

—No, gracias —dijo ella temiendo que si ingería cualquier sustancia

acabase vomitando sobre la alfombra.

—Bien —dijo él y a continuación le indicó que se sentase.

Henrietta miró el sofá como si fuese un elefante en medio de una cacharrería y después de unos segundos de confusión, se sentó de nuevo en la punta del asiento.

—¿Y a qué debo esta inesperada visita? —preguntó lord Worthington viendo que no se decidía a hablar.

—He venido a verle... —Henrietta sintió que el rubor acudía a sus mejillas poniéndola en evidencia.

—De eso ya me había percatado —dijo él sin mostrar su estado de ánimo.

Henrietta cogió aire y llenó sus pulmones, después suspiró dejando que

saliese de golpe.

—Querría aceptar su proposición, si aún estoy a tiempo —dijo al fin.

Robert Worthington frunció el ceño desconcertado, no esperaba aquella reacción por parte de la que debería haber sido su cuñada. Estaba convencido de que había ido a visitarle para pedirle más tiempo antes de abandonar la casa.

—¿Ya no desea usted casarse conmigo? —preguntó Henrietta viendo que él no decía nada.

Robert Worthington se puso de pie sin responder y fue a servirse una copa de brandy. Con su vaso en una mano y una copa de vino dulce en la otra, volvió junto a Henrietta.

—Tómese esto, le sentará bien — dijo ofreciéndole la copa de vino, que ella cogió sin protestar—. ¿Me explicará qué ha cambiado desde el otro día?

Henrietta dudó unos segundos. Pensó en mentir, decir que lo había pensado mejor y que deseaba casarse con él. Levantó la mirada por encima de su copa y miró a Robert a los ojos. Entonces supo que nunca debía mentir a ese hombre. No importaba lo malo que fuese lo que tuviese que decirle, mentirle sería mucho peor.

—Mi madre ha sufrido un ataque al corazón —dijo—. No puedo dejar que muera por mis escrúpulos.

Lord Worthington miró a Henrietta

agradecido por su sinceridad y después de unos segundos asintió lentamente.

—Sí, Henrietta, todavía quiero casarme contigo.

Subida en el carruaje de lord Worthington que la llevaba de vuelta a casa, Henrietta pensó en la decisión que había tomado, por primera vez desde un punto de vista más íntimo. Sobre lo que ocurriría en su alcoba cuando fuesen marido y mujer. Jamás había tenido ninguna clase de escarceo amoroso. Nunca la habían besado. Nunca había visto a un hombre desnudo.

Miraba por la ventanilla mientras trataba de convencerse de que aquello no ocurriría entre ellos. Era un



matrimonio de conveniencia, quizá esos matrimonios no se consumaban. No tenían por qué consumarse. Ella no sentía el más mínimo afecto por Robert Worthington, como tampoco él lo sentía por ella.

Cuando entró en la casa fue directamente a la habitación de su madre y le dio la noticia. Lady Margaret pareció emerger de un profundo sopor y poco a poco su rostro fue tomando color.

—¿De verdad, Henrietta? ¡Mi adorada, mi más querida hija! —Su madre se incorporó con dificultad y Henrietta acomodó los almohadones para que estuviese más cómoda—. ¡Oh, querida! ¡Qué bien, qué bien! Hay que

prepararlo todo, habrá que hacer las invitaciones, encargar los vestidos...

—Tranquila mamá, lord Worthington se hace cargo de todo y podemos utilizar los vestidos que habíamos encargado para la boda de Lidia —dijo, cansada.

—Claro, claro hija, lo que tú prefieras. Ya sabes que yo solo quiero tu bien y cualquier cosa que decidas tendrá mi apoyo incondicional. —Lady Margaret extendió la mano y acarició la de su hija por primera vez en muchos años.

Henrietta sintió aquel contacto como algo sucio y apartó la mano sin querer.

—Tengo mucho que hacer —dijo

caminando hacia la puerta—, casi habíamos desmantelado la casa y ahora hay que devolver todo a su sitio.

—Ve, hija, ve, no te preocupes por mí. La noticia que me has dado será mejor que cualquier medicina.

Mientras Henrietta iba hacia la cocina seguía escuchando la voz de su madre:

—¡Gracias a Dios que ya no tendré que abandonar mi casa!

En los días que siguieron y después de que se hiciera público el anuncio de la boda, Henrietta y su madre recibieron la visita de la tía Julie y la prima Louise. Lady Margaret ya se levantaba

de la cama y tenía mucho mejor aspecto.

—Querida hermana —decía lady Julie cogiendo las manos de la susodicha—, no sabes lo preocupados que hemos estado por ti en casa. No había noche que no te mencionásemos durante la cena, eras el principal tema de conversación todos los días.

—Y también rezamos por ti —dijo Louise—, cada día.

—Lo sé, queridas —dijo lady Margaret—. Aunque me habría gustado que vinieses a visitarme más a menudo, los días postrada se hacían interminables.

—¡Ay, querida Margaret! No sabes lo que tuve que contenerme, porque mi

impulso era venir todos los días, pero me aconsejaron que no lo hiciese.

Lady Margaret siguió la mirada de su hermana hasta Henrietta y entendió que fue su hija la que evitó tales visitas.

—No lo sabía —dijo lady Margaret conteniendo la reprobación que afloraba a sus labios contra su hija.

Desde que había recibido la noticia de la boda de su hija con lord Worthington, procuraba comportarse con delicadeza con ella, no quería que nada que ella hiciese estropease el enlace que iba a asegurarle una vida tranquila y feliz el resto de sus días.

Henrietta ni se inmutó. Claro que había impedido que su tía visitase a su madre. El veneno que destilaban madre

e hija habría acabado con el delicado corazón de lady Margaret, y aunque su madre no sintiese un gran cariño por ella, era su madre y ella la amaba.

—¿Y ya tenéis todo preparado? — preguntó lady Julie cambiando de tema —. Nosotras ya hemos recibido la invitación.

—Lord Worthington se encarga de todo —dijo lady Margaret—. Tengo entendido que no está escatimando en nada. La boda se celebrará en Worthington Hall, ha hablado con el reverendo y está todo arreglado.

—Supongo que la mayoría de los preparativos ya estaban hechos —dijo lady Julie refiriéndose a el compromiso anterior con Lidia—. Por cierto, ¿habéis

tenido noticias de Lidia?

Lady Margaret empalideció y se llevó la mano al corazón. Henrietta observó a su madre tratando de averiguar si era un gesto de afectación, a los que estaba tan acostumbrada, o era algo que debía preocuparla.

—No, no hemos sabido nada —dijo su madre—. Mi pobre niña...

La tía de Henrietta y su prima se miraron de manera cómplice. Ya tenían conversación para unos cuantos días.

—¿Pobre, dices? —dijo lady Julie sin poder contenerse—. Mira cómo os habéis tenido que ver por su causa.

Lady Margaret gimió como una niña y sacó un pañuelo de su bolsillo para enjugarse una lágrima. Henrietta se

mantuvo en la misma posición, erguida y tensa, que tenía desde que su tía había entrado en la casa.

—Estoy segura de que mi niña estará tan apenada como nosotras por todo lo que ha pasado —dijo la madre.

—Voy a pedir que nos sirvan el té —dijo Henrietta poniéndose de pie y saliendo del saloncito.

Cuando estuvo en el pasillo se apoyó en la pared. Le faltaba el aire y el corazón le latía desbocado. Sentía una angustia que rayaba la desesperación. Era como estar en un oscuro y largo túnel sin ver hacia dónde caminaba. No importaba la dirección que tomase, no importaba lo mucho que avanzase, era como si no se hubiese movido del sitio.



Siguió hasta la cocina y le pidió un vaso de agua a Gladys sentándose en una de las sillas. La sirvienta, que la conocía desde que nació, puso el vaso de agua en sus manos y le acarició el pelo con ternura, sin decir nada.

—Prepara el té, Gladys —dijo cerrando los ojos un momento para después abrirlos sobresaltada al escuchar una voz masculina.

La sirvienta le hizo un gesto para que se quedara quieta y se asomó desde la puerta de la cocina. Después corrió hasta Henrietta.

—Está aquí tu prometido —dijo hablando muy bajito.

Henrietta empalideció, por nada del mundo quería a Robert Worthington

en la misma sala que su tía y su prima.

—Dios mío —susurró—. Trae el té enseguida, Gladys.

## Capítulo 9

—Me alegra ver que ya se encuentra bien —decía Robert en el momento en el que Henrietta entraba en la salita.

—¡Mire, lord Worthington, aquí llega su amada! —exclamó tía Julie con cierta jocosidad sospechosa.

El caballero se volvió hacia la dama y la saludó con una ligera inclinación. Henrietta hizo lo propio.

—Enseguida estará el té, ¿desea quedarse a tomarlo con nosotras? —

preguntó algo tosca.

—Estaré encantado —respondió él con una sonrisa divertida que solo Henrietta pudo ver.

—Precisamente hablábamos de los preparativos de la boda —dijo lady Julie cuando el recién llegado tomó asiento—. Tengo entendido que se celebrará en sus dominios.

Lord Robert sonrió ante aquella expresión tan medieval.

—Es mucho más sencillo y cómodo celebrar la ceremonia en el mismo lugar que el banquete, de ese modo nuestros invitados no tendrán que estar paseándose por todo Londres —dijo.

—Claro, claro —asintió la tía de Henrietta—. Ojalá cuando mi pequeña

Louise se case, su esposo sea tan delicado para estos temas como lo es usted.

Gladys llegó con la bandeja del té y la dejó en una mesita que luego acercó a las visitas.

—Ahora traigo las pastas —dijo antes de salir.

Henrietta se dispuso a servir el té preguntando a cada uno lo que deseaba.

—Tendrás que aprender bien los gustos de tu futuro marido —dijo la tía Julie y Henrietta se sonrojó al escuchar aquella temida palabra: marido.

—Me temo que entre las virtudes de mi hija no está la de ser detallista —dijo su madre que llevaba callada desde que habían mencionado a Lidia.

Gladys llegó en ese momento con las pastas y acercó otra mesita a los comensales, haciendo todo el ruido que pudo para intentar neutralizar las poco cariñosas palabras de su ama.

—Pues tendrá que aprender —dijo la tía Julie cuando la sirvienta salió de la sala.

Henrietta le ofreció la taza a lord Worthington y en último lugar se sirvió la suya.

—¿Tienen pensado hacer algún pequeño viaje de novios? —preguntó lady Julie sonriendo con picardía—. Los primeros meses de casados son los más emocionantes y un viaje ayudará a fomentar esa emoción.

Henrietta no quitaba la vista de su

taza y sus mejillas sonrojadas parecían divertir a su prometido.

—Aún no lo hemos decidido, ¿verdad, querida? —dijo, provocando que el ligero sonrojo se convirtiese en una llamarada—. Quizá podríamos dar un paseo y hablar de ello cuando terminemos este delicioso té.

—¿No va a decir una palabra?

Habían dejado a las mujeres en la casa para salir a dar un paseo a solas, según lord Worthington para decidir si habría viaje de novios o no.

—¿Sobre qué quiere que hable? —preguntó Henrietta.

—Podría decirme si le apetecería

hacer ese viaje del que hablaba su tía.

La joven se detuvo en el camino y miró a su prometido con sorpresa.

—¿Me lo está preguntando en serio? —preguntó desconcertada.

—¿No le gustaría viajar a alguna parte? Tengo unos amigos en Escocia que regentan un hotel...

Henrietta estaba tan sorprendida que no sabía cómo contestar a aquello.

—El nuestro es un matrimonio de conveniencia, ¿de verdad quiere exponer esa realidad y hacerla evidente a otras personas?

El rostro de lord Worthington cambió de expresión. Sus ojos se volvieron fríos y miraban con tal intensidad que Henrietta tuvo que



apartar la mirada.

—Ya veo —dijo él.

Ella no comprendió a qué se refería, como tampoco entendió aquella mirada tan acerada, pero siguió paseando.

—¿Su hermana vendrá a la boda?  
—preguntó.

—No —dijo él caminando a su lado—. He retrasado su venida. Necesitaremos unos días para... conocernos.

Henrietta miró a los árboles que les rodeaban, evitando tener que mirarle a él.

—Puede traer a su criada, si así lo desea —dijo Robert.

—¿A Gladys? —el rostro de

Henrietta se iluminó y le miró agradecida—. ¡Eso me haría tan feliz!

Entonces pensó en su madre y toda la alegría se esfumó.

—Pero mi madre no querrá cedérmela, aunque le busque a otra sirvienta —dijo.

Siguieron caminando uno al lado del otro, pero sin tocarse.

—¿Marjorie ya sabe que va a casarse? —preguntó volviendo al tema de la hermana.

—Sí, le escribí después de que... lo decidiésemos —respondió Robert.

—¿Y está de acuerdo? —preguntó Henrietta con timidez.

Él la miró sorprendido ante aquella pregunta.

—No creo que sea asunto de mi hermana pequeña con quién me case — dijo.

—Por supuesto, pero siempre es mejor tener la complicidad de la familia, en estos casos —respondió ella.

Robert hizo un gesto de asentimiento y cuando Henrietta no le miraba la observó con atención. Había algo en aquella joven que se le escapaba por completo.

Todas las mujeres sueñan con el día de su boda. Imaginan que será el más feliz de sus vidas, que llevarán el vestido más hermoso y que serán

bendecidas por el amor de un gran hombre.

Henrietta estaba sentada frente al espejo de su tocador y se miraba sin reconocerse. La palidez de su rostro solo se veía alterada por los círculos violáceos bajo sus ojos. No recordaba cuándo fue la última vez que durmió toda una noche, pero desde luego eso fue antes de la huida de su hermana con lord Roswell, con el que ya sabían que se había casado al día siguiente.

La novia se puso de pie, para asegurarse de que llevaba perfectamente abotonado el vestido. Gladys había dicho que se pusiera el traje que habían preparado para Lidia, pero ni su madre ni ella quisieron. Su madre porque creía

que no le favorecería y ella por que ese vestido no era suyo.

Lady Margaret había mejorado tanto, que resultaba difícil creer que su corazón no fuese tan fuerte como siempre habían creído.

Lord Worthington no volvió a visitar a Henrietta ni a su madre, ambos siguieron con sus vidas como si la boda no fuese un acontecimiento remarcable, más allá de los preparativos que requería la celebración en sí. La joven estaba cada día más convencida de que Robert no quería un esposa de pleno derecho. Eso la tranquilizaba un poco, porque una cosa era preocuparse por convertirse en lady Worthington, con las responsabilidades y complicaciones que

eso pudiera tener, y otra muy distinta era pensar en dormir en la misma cama que aquel desconocido al que no la unía más que el abandono de Lidia.

Se acercó al espejo y se pellizcó en las mejillas para subir un poco su color. Gladys entró en ese momento.

—Ya es la hora, mi niña —dijo visiblemente emocionada al verla vestida de novia—. El vestido que envió lord Worthington es una preciosidad.

Henrietta imaginó al recibir el vestido que su prometido no quería que le avergonzase asistiendo a su boda con algo que no fuese digno de él. Una cosa es que ella fuese fea y otra muy distinta es que no se vistiese como era debido.

Bajó las escaleras y caminó hasta

el carruaje, que la esperaba junto a la verja de entrada. Su madre ya estaba sentada dentro con una manta sobre las piernas para no coger frío.

—Si que has tardado, hija —dijo la madre apartando su vestido—, no se tarda tanto en ponerse un vestido.

El coche inició la marcha.

—¿Cómo te encuentras hoy, mamá?  
—preguntó Henrietta.

—Pues me duele un poco la cabeza —dijo su madre mirando por la ventanilla, pero sin moverse.

—Lo siento —dijo con sinceridad.

—Doy gracias de que al final hayas conseguido marido —dijo lady Margaret—. Espero que seas consciente de la suerte que nuestra desgracia te ha traído.

Muchos pensarán que todo fue idea tuya, a juzgar por cómo se han desarrollado los acontecimientos...

—Madre, sabe que eso no es cierto —dijo, dolida—. Yo no deseo esta boda.

—Ya, ya, ya —dijo su madre mirando al exterior y dando por terminada la conversación.



## Capítulo 10

Cuando los novios entraron en la capilla y juntos atravesaron el pasillo hasta el altar, Henrietta tuvo la sensación de que los invitados la miraban con lástima. Incluso algunos parecían burlarse de ella. Tuvo que parpadear varias veces para recuperar la visión de la realidad y ahuyentar sus propios miedos que se manifestaban en aquellas visiones.

La ceremonia se desarrolló con normalidad, pero la joven novia la vivió

como si solo fuese una mera espectadora. No fue consciente de que se había casado hasta que Robert Worthington se inclinó sobre ella y, sujetándola por los hombros para que no se apartase, la besó en los labios.

Una desconocida sensación atravesó sus defensas y se encontró con el corazón acelerado y una inesperada sensación de inquietud. Robert cogió su mano, la puso sobre su brazo y salieron de la iglesia seguidos por los invitados.

Hubo un periodo de tiempo que desapareció de la mente de Henrietta por completo y fue el que iba desde la entrada en la capilla hasta el fin de la cena. Si hubiese podido verse desde fuera habría comprobado, con estupor,

que era capaz de mantener una conversación a pesar de que no se sintiese dentro de su cuerpo. La joven se evadió de todos aquellos momentos, tratando de protegerse de sus propios terrores. Pero cuando pasaron al salón de baile y escuchó los primeros compases de música, reaccionó regresando a la realidad.

—Te felicito, Henrietta —dijo lady Susan junto a ella—. Nunca imaginé que te casarías tan rápido.

Henrietta trataba de responder a todo el mundo con educación y simpatía, a pesar de que la mayoría de felicitaciones le habían sonado a burla o a desprecio. Como cuando al pasar los novios junto a lady Harrington la

escucharon hablar con Jane y Emily Woodward.

—Casi parece hasta guapa con ese vestido tan divino —decía lady Harrington de espaldas a ellos—. Pobre Robert, ha tenido que conformarse con la menos agraciada de las hermanas...

Jane Woodward le había hecho un gesto a su amiga para que se callase, al verlos pasar junto a ellas. A Henrietta le temblaba tanto la mano que el temblor empezó a transmitirse al resto de su cuerpo. Robert sujetó esa mano con firmeza y la miró fijamente a los ojos.

—Querida esposa —dijo muy serio—, nuestros invitados esperan vernos bailar.

Henrietta habría deseado salir

corriendo y quizá si su esposo no la hubiese tenido bien sujeta, lo habría hecho. Lord Worthington la llevó hasta el centro de la pista e hizo una indicación a los músicos para que empezasen el vals.

Robert rodeó su cintura con una mano y cogió suavemente sus dedos con la otra. En pocos minutos la novia se sintió embargada por el baile y la música, y guiada por los expertos brazos de su esposo dio vueltas y más vueltas por aquel salón. Pero a cada mirada que lanzaba a sus invitados estos le devolvían una sonrisa burlona, un gesto condescendiente o lo que es peor, una expresión de lástima.

—Enhorabuena —dijo lord Williams besando la mano de Henrietta —, no había tenido ocasión de felicitarla aún.

La esposa de Brandon Williams saludó con frialdad a Henrietta.

—Espero que lo estén pasando bien —dijo la novia con interés.

—Está resultando una boda encantadora —dijo lady Williams y a Henrietta le pareció que miraba a Robert con aprecio.

—Robert, tenemos que hablar de negocios —dijo lord Williams ignorando a su esposa—. Ya tengo preparados los papeles para la venta. Solo tienes que pasarte por mi despacho para firmarlos.

—Lo haré mañana mismo —dijo el novio muy serio.

—Señorita Tomlin, perdón, ahora debo llamarla señora Worthington —dijo lady Williams cogiendo a Henrietta del brazo y empujándola a un paseo por la sala—, ¿ya sabe lo que es estar casada con un hombre de negocios? No se preocupe, lo sabrá enseguida. Su marido ya ha quedado con el mío para firmar papeles. ¡Al día siguiente de su boda!

Miré hacia atrás y vi que Robert nos seguía con la mirada y no parecía gustarle nada aquel acercamiento de lady Williams.

—Llámame Anne, por favor. Por aquí no hay muchas mujeres de nuestra

edad, ya te darás cuenta —dijo Anne haciendo un mohín con los labios—. Ni hombres tampoco. Tu marido y el mío son los maridos más jóvenes de los alrededores. Si algún día quieres salir a montar o simplemente a dar un paseo, manda a alguien a avisarme y vendré.

—La verdad es que no conozco a nadie —dijo Henrietta con sinceridad.

—Pues ya me conoces a mí —respondió Anne soltando una carcajada que se escuchó en toda la sala.

—¿Señora Williams, me haría el honor de bailar conmigo? —Un apuesto joven vestido de militar se inclinaba ante la dama a la espera de respuesta.

Antes de responder se volvió a Henrietta y le susurró al oído.



—Cuidado con las doncellas jóvenes, no debes bajar la guardia.

Anne hizo una inclinación al soldado y aceptó su proposición.

La novia, se encontró sola en medio del salón y tuvo de pronto la sensación de que nadie podía verla. Todos charlaban, bailaban o bebían ajenos a su presencia. No pudo evitar sonreír, quizá podría marcharse, salir de la casa y atravesar los jardines, el camino de entrada, los bosques y llegar hasta la casa de su padre sin que nadie se percatase de que no estaba.

—Una libra por tus pensamientos —la voz de Robert en su oído, la sobresaltó.

—¿Una libra? —dijo ella

sonriendo—. Te aseguro que no valen tanto.

—Cuéntamelos y yo decidiré si pago de más o de menos —susurró él.

Henrietta dudó un instante, pero solo un instante.

—Pensaba que podía irme sin que nadie se diese cuenta de que no estaba —dijo y miró a Robert. Le gustó ver la sorpresa en sus ojos.

Cuando el último de los invitados abandonó Worthington Hall, Henrietta se sentó en uno de los divanes, agotada. Sentía un persistente martilleo en las sienes y sus piernas parecían dos columnas de cristal a punto de quebrarse.

Robert llamó a una de las criadas que recogía los restos de la fiesta y le dijo algo al oído. La muchacha salió del salón y al cabo de un par de minutos regresó acompañada de Gladys.

—No he tenido tiempo de darte mi regalo de boda —dijo lord Worthington—. Hablé con tu madre y le ofrecí dos sirvientas, una cocinera y una doncella para su atención personal, a cambio de que dejase a Gladys venir a vivir aquí contigo.

Henrietta corrió hasta los brazos de su querida sirvienta, que prácticamente la había criado y a la que adoraba.

—¿De verdad vas a quedarte aquí conmigo? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro, señorita, ¿dónde estaría mejor que aquí? —dijo Gladys abrazándola también.

Henrietta miró a Robert agradecida.

—Es el mejor regalo del mundo —dijo.

Robert sonrió y pidió al servicio, incluida Gladys, que se fuesen a descansar.

—Ya recogeréis todo esto por la mañana —dijo.

Cuando se quedaron los dos solos, fue hasta el mueble bar y llenó dos vasos de brandy.

—Tómatelo, te hará bien —dijo ofreciéndole uno a su esposa.

Ella no se hizo de rogar y dio un

trago a su bebida. Un ataque tos estuvo a punto de hacerla vomitar, ante la divertida expresión de su esposo.

—Bebe despacio —dijo—, no es como esas bebidas suaves a las que estás acostumbrada.

—Podría habérmelo dicho antes —dijo Henrietta sin dejar de toser.

—Podrías... —dijo él acercándose a su oreja y haciéndole cosquillas con el aire que exhalaba al hablar—, eres mi esposa, debes hablarme con mayor confianza.

Henrietta se ruborizó al mirarse en sus ojos. Dio un pequeño trago y el licor recorrió cálido su esófago llegando al estómago e irradiando aquel calor a todo su cuerpo. Poco a poco, empezó a

sentirse mejor.

## Capítulo 11

Lord Worthington rellenó el vaso de su esposa y después dejó la botella sobre la mesita.

—Háblame de ti —dijo sentándose en una butaca frente a ella.

Henrietta no supo qué decir a aquello. Nunca hablaba de ella misma, no era un tema de conversación interesante.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó y bebió de nuevo.

—No sé, háblame de lo que haces, de lo que te gusta.

La novia se encogió de hombros y pensó en ello. El brandy ya le estaba haciendo efecto y empezaba a sentirse muy bien, a pesar de todo. Se quitó los zapatos y se estiró en el diván en pose relajada.

—Me gusta escribir —dijo, sorprendiéndose a si misma casi tanto como a su esposo.

—¿Te gusta escribir?

Henrietta asintió y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción al decirlo en voz alta. Los ojos le brillaban de un modo especial al hablar de ese tema. O quizá era el brandy el que iluminaba su mirada, la cuestión es que Robert tuvo la



impresión de que su rostro había cambiado.

—Sí, me gusta escribir. Nadie lo sabe, eres el primero a quién se lo cuento. Ni siquiera Li... —se interrumpió de repente.

—Tranquila —dijo él y bebió de su vaso—, puedes decir su nombre, no es un conjuro mágico. ¿Y qué escribes?

—Mis pensamientos —dijo echando la cabeza hacia atrás, mostrando su bello y esbelto cuello pálido y delicado—. Cuentos en los que expreso quién soy en realidad.

—¿Qué quieres decir? —Robert era consciente de que no conocía nada a la mujer con la que se había casado.

—A veces tengo la impresión de no

haber nacido en la época que me correspondía. No entiendo muy bien a las demás mujeres. No sé por qué aceptan lo que les han impuesto sin ni siquiera cuestionárselo. No entiendo por qué no podemos hacer cosas que en nada dañarían a nuestra mente. Al contrario, la enriquecería. —Apuró la bebida y dejó el vaso en el suelo—. Mi padre me dejó libertad para leer todos los libros de su biblioteca. Y lo hice. Mi hermana y nuestras amigas no se interesaron jamás por ninguno de los temas que a mí me apasionaban y si trataba de hablarles de ello me miraban como si estuviese loca.

Henrietta no se daba cuenta de que tenía un interlocutor. Muchas veces

había expresado aquellos pensamientos en el papel, incluso en voz alta cuando daba largos paseos por el campo o el bosque. Pero nunca los había compartido con otra persona. Y menos con un hombre.

—Yo debí nacer hombre —dijo elevando uno de sus brazos y dibujando con su dedo sobre un plano invisible—. Me gustaría viajar por todo el mundo, querría saber cómo viven en otros lugares, conocer sus costumbres, su cultura...

Miró a lord Worthington sonriendo, en realidad no estaba allí, había viajado como hacía tantas veces, a un lugar en el que era una persona no solo una mujer y en ese lugar podía ser y hablar como

quisiera.

—Sigue, no dejes de hablar —dijo.

Escuchar su voz la hizo regresar de golpe. Reconoció al hombre que la había obligado a casarse y enmudeció.

—Por favor, sigue contándome...

—insistió él, recostado en la butaca.

—No, no debería haber dicho nada

—susurró frotándose la frente—. Ha sido la bebida...

Robert sonrió y a Henrietta le pareció que su rostro se veía casi hermoso con aquella cálida sonrisa.

—¿Sabes lo que viene ahora, verdad? —preguntó él.

Henrietta frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—Eres mi esposa...

Henrietta empalideció. El efecto del brandy se esfumó por completo y ambos se pusieron de pie.

—No creí... —se tambaleó y tuvo que agarrarse a él para no caerse—. Yo no te gusto.

Robert la sujetaba y sus ojos la miraban de un modo que la hacía sentir incómoda.

—Los dos hemos hecho una promesa —dijo—, que me gustes o no, es irrelevante.

Henrietta se sintió aún más humillada.

—Algún día tendrás que darme un hijo y supongo que sabrás que para eso debemos yacer como marido y mujer. — Con cada palabra abría una sima más

profunda que los separaba—. Y no temas, el sexo puede ser algo muy satisfactorio.

El calor inundó la cara de Henrietta como una llamarada, bajó la vista para que él no viese lo mucho que la perturbaba hablar de ello. Estaba claro que él ya había experimentado con ese tema. En cambio ella solo conocía lo que había leído en algunos libros y no era demasiado explícito.

Robert rodeó su cintura con uno de sus brazos y a ella le temblaron las piernas cuando sintió su contacto. Su marido sonrió con aquella extraña mirada y sin decir nada la alzó en sus brazos. Caminó hacia las escaleras y las subió como si ella no pesara nada.

Avanzó hacia su habitación y cuando estuvieron dentro cerró la puerta de una patada.

Henrietta puso los pies en el suelo temblando.

—¿Estás bien? —preguntó él con suavidad.

Ella asintió. Revisó la habitación girando sobre sus pies descalzos. La enorme cama en el centro de la estancia, dándose importancia. El pesado armario y la cómoda en un rincón. Los grandes ventanales cerrados y las tupidas cortinas azules abiertas mostrando los blancos visillos.

Henrietta se acercó a la ventana. La luna llena lanzaba destellos plateados sobre los jardines y sobre la piedra del

edificio en el que estaban. También se veían las ventanas del ala norte, oscuras y cerradas como su corazón en aquellos momentos.

Se volvió de nuevo hacia la cama. Las criadas habían colocado sobre la colcha de brocado verde, su camión y el de Robert. Tragó saliva, el corazón le latía muy deprisa y no podía moverse.

Robert siguió su mirada y sonriendo se acercó hasta aquellas ropas y tiró de la colcha haciendo que cayeran al suelo.

—No necesitaremos eso —dijo—. Jamás he usado esa prenda, no voy a empezar ahora.

Se acercó muy despacio deteniéndose frente a ella.



—No voy a forzarte —dijo muy serio—. No soy esa clase de hombre. Tan solo te pido que nos conozcamos y que no te cierres en banda. Cuando sientas que mi contacto deja de resultarte desagradable, dímelo y entonces, solo entonces, te haré mía.

—¿Y si no ocurre nunca? —preguntó Henrietta recuperando el aliento.

—Ocurrirá —dijo él—. La naturaleza es sabia y tu cuerpo responderá. Yo haré que responda.

Henrietta tragó la saliva que se le había acumulado en la boca.

—Quítate la ropa —dijo Robert suavemente.

—Has dicho que no vas a

forzarme...

—Y no lo haré —aseguró él—. Pero eso no significa que no vaya a tocarlo.

Lord Worthington se quitó la chaqueta y la lanzó a un diván. Después desabotonó su camisa y se la quitó también mostrando su torso desnudo. Henrietta nunca había visto un cuerpo como aquel, los desarrollados músculos bajo la piel tensa y suave. Le dieron ganas de estirar el brazo y tocarlo con sus dedos. Pero empezó a desabotonarse los pantalones y ella apartó la mirada.

—¡Mírame! —dijo autoritario.

Su mujer giró lentamente la cabeza y le miró a los ojos. No sabía cuánto tiempo podría aguantarle la mirada, ni

cuánto podría resistir su curiosidad. Sus hombros eran los de una estatua griega. Su pecho fuerte y sostenido por unas anchas espaldas parecían un lugar muy confortable en el que refugiarse. Los abdominales se le marcaban en profundidad... El rubor de sus mejillas se intensificó al toparse con su sexo. Hasta ella sabía que aquello hacía evidente que no sentía la más mínima atracción por ella.

—Te toca —dijo él.

Henrietta comenzó a desabrocharse el vestido y una tras otra fue quitándose todas las prendas que llevaba hasta quedarse completamente desnuda. El rubor de sus mejillas le daba un aspecto dulce y juvenil. Sus pechos, no

demasiado grandes pero generosos, se mostraban turgentes y erguidos desafiando a la gravedad, con los pequeños pezones apuntando al infinito. El vientre plano, con la piel suave y aterciopelada, mostraba un camino digno de ser recorrido despacio. Hizo ademán de taparse su sexo, pero la mirada de él la detuvo.

Tras unos segundos, no pudo aguantar más y corrió a meterse en la cama tapándose con las sábanas. Cuando él la siguió a Henrietta no le pasó desapercibido el cambio que se había producido en su anatomía y, sin poder controlar sus propios instintos, sintió que la respuesta masculina a la visión de su cuerpo la satisfacía. Se puso de lado,

dándole la espalda, y golpeó las mantas para que hiciesen de barrera entre ellos.

Robert levantó las sábanas y pegó su cuerpo al de ella. Henrietta exclamó sobresaltada y trató de apartarse, pero él la sujetó por la cintura.

—Dije que no te forzaría y no lo voy a hacer. Aunque no imaginaba que sería tan difícil resistirse —dijo colocando una mano en su estómago y rozando uno de sus pechos—. Relájate.

Lentamente bajó acariciando su vientre y rodeó su sexo haciendo círculos concéntricos que se acercaban más y más. La respiración de Henrietta empezó a agitarse y no pudo evitar que su cuerpo se moviese contra el duro miembro que tenía pegado a su espalda.

De repente los dedos de su marido provocaron una descarga eléctrica entre sus piernas y Henrietta gimió sin saber lo que le ocurría. Lejos de apartarse, Robert se abrió paso entre sus pliegues y encontró el punto exacto donde detenerse. Henrietta no sabía qué era lo que pasaba en su cuerpo, qué era lo que hacía que su corazón latiese desbocado y que no le dejaba respirar. No podía dejar de moverse buscando el contacto de aquella mano y sintiendo entre sus nalgas la erección masculina que parecía querer abrirse paso.

—No voy a penetrarte, déjate ir, deja que tu cuerpo responda —susurró en su oído con voz profunda.

Ella siguió moviéndose y gimiendo

cada vez con más intensidad hasta que sintió una explosión de calor dentro de su cuerpo y las contracciones la hicieron apretar con fuerza las piernas aprisionando la mano de Robert entre ellas.

—Deberías devolverme mi mano —dijo él junto a su oído cuando ella se quedó quieta.

Henrietta se apartó avergonzada y se alejó hacia el borde de la cama. Robert lanzó una carcajada y la dejó en paz.

—Al menos uno de los dos ha tenido una placentera noche de bodas —dijo dándose la vuelta.

## Capítulo 12

Henrietta abrió los ojos somnolienta y miró hacia la luz que entraba por la ventana. Frunció el ceño algo desorientada, sin reconocer bien el lugar en el que estaba. Entonces todos los sucesos del día anterior cayeron sobre ella como la lluvia y llevó su mano hasta su sexo apretándola con las piernas como había hecho con la de él. Quería volver a sentir aquella sensación electrizante que la había recorrido de



arriba abajo y en sentido inverso.

Giró la cabeza para ver a su marido y se sorprendió al encontrar la cama vacía. Se sentó y las mantas cayeron dejando sus pechos al aire. Bajó la vista y los miró con atención. Después los acarició con sus manos. No imaginaba que aquello pudiese resultar tan placentero.

Se levantó de la cama apartando todos aquellos pensamientos y sensaciones. Hoy empezaba el resto de su vida, una vida que ella no había planeado. Era la esposa de Robert Worthington, aunque todavía no tenía claro qué significaba aquello.

Una de las criadas entró en la habitación y la encontró de pie, desnuda.

Henrietta cogió la camisa de su marido y se la puso, tapándose con rubor.

—¿Dónde está Gladys? — preguntó.

—Gladys ha sido destinada a las cocinas, señora. Yo venía a prepararle el baño —dijo.

—Bien —dijo Henrietta sin saber muy bien qué debía decir—. ¿Quién ha decidido que Gladys esté en las cocinas?

—Ella misma, señora —respondió la joven recogiendo la ropa que habían dejado tirada por el suelo—. Yo seré su doncella, si está de acuerdo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Henrietta.

—Lisa, señora.

—Está bien, Lisa, pero a partir de hoy llama ante de entrar y espera a que te dé paso.

—Como mande la señora —respondió Lisa dejando la ropa sobre la cama mientras trataba de esconder una pícara sonrisa—. ¿Le apetece el baño?

—Sí, muchas gracias —dijo ella caminando hacia la habitación contigua.

Probó el agua con la mano y después metió el pie para asegurarse de que la temperatura era agradable. Dejó la camisa de Robert en el suelo y se metió en la bañera. Lisa entró en el cuarto y se arrodilló junto a ella.

—¿Qué haces? —preguntó Henrietta.

—Ayudarla, señora —dijo Lisa.

—¿Ayudarme? —la señora frunció el ceño—. ¿Crees que no puedo bañarme sola?

Lisa no supo qué contestar a eso y se quedó inmóvil.

—Puedes dejarme, Lisa, creo que sabré bañarme sin ayuda —dijo sonriendo con amabilidad.

Cuando vio que la joven se dirigía a la puerta encogida, la detuvo.

—No te enfades conmigo, Lisa —dijo, y la joven se volvió a mirarla—. Yo también soy nueva en esto y necesito acostumbrarme. Siempre me he bañado sola, no tiene nada que ver contigo.

Lisa asintió y volvió a sonreír.

—¿Vengo para ayudarla a vestirse? —preguntó esperanzada.

Henrietta asintió.

—Sí, por favor, para eso sí te necesitaré —dijo.

La doncella salió del cuarto y dejó que Henrietta disfrutase de su baño.

—¿La señora utilizará el salón de mañana? —preguntó John, el mayordomo acercándose a la mesa en la que desayunaba.

—Pues no he pensado aún lo que voy a hacer —dijo Henrietta con sinceridad—. Creo que va a tener que ayudarme un poco, John.

—Si lo desea puedo explicarle cuál era la rutina diaria de la difunta señora Worthington, la madre del señor.

—Por favor —afirmó Henrietta.

El mayordomo pasó a relatarle todo lo que hacía la madre de Robert. Henrietta le escuchó con interés, mientras se servía otra taza de café. Cuando acabó de hablar se quedó un rato pensativa y finalmente decidió que cuanto antes supiesen en Worthington Hall que ella no era la madre del señor, mejor para todos.

—Bien, John. Verá, yo no entiendo nada de cocina, Gladys siempre se ocupó de esos temas, y creo que dejaré que siga siendo así, al menos de momento. No tengo apenas correspondencia que enviar y estoy segura de que el servicio sabe perfectamente cómo debe hacer su trabajo. Además usted se encarga de eso

—dijo sonriéndole—. Lo que sí me interesa es el jardín.

Henrietta se puso de pie.

—Ahora me gustaría que me acompañase a recorrer la casa. Necesito encontrar una habitación para mí, con una mesa para escribir y un lugar para mis libros —dijo, saliendo del comedor acompañada por John—. Pero debe ser una habitación que no utilice el señor.

—Hay muchos cuartos que nadie utiliza —dijo el mayordomo acompañándola.

Al pasar por delante del despacho del difunto padre de Robert, Henrietta se detuvo.

—¿Esta puerta está siempre cerrada? —preguntó.

John pareció incómodo con la pregunta.

—El señor no quiere que nadie entre en ese despacho —dijo en voz baja, como si temiese que lord Worthington pudiese estar escuchándole.

—Pero entrarán a limpiar...

John negó con la cabeza y Henrietta frunció el ceño sorprendida.

—¿Nunca? —insistió.

—Nunca. Mandó poner una cerradura el día que enterramos a los señores. Y solo él tiene la llave.

Henrietta frunció el ceño mirando la cerradura que había hecho instalar.

—Puedo mostrarle algunos cuartos que pueden servir para lo que usted desea, pero permítame que le pregunte,



¿por qué no utiliza la biblioteca? Allí hay una mesa de escritorio y tiene todos los libros del señor...

—¿Lord Worthington no utiliza la biblioteca? —preguntó Henrietta.

—No, él tiene su despacho y allí es donde trabaja —dijo John.

—Está bien —aceptó Henrietta—, lléveme a la biblioteca.

—Si quiere hacer algún cambio no tiene más que decírmelo y haré que le lleven todo lo que necesite.

El mayordomo la miraba con sincero interés y una chispa en sus ojos evidenció la simpatía que su nueva señora le inspiraba.

Henrietta hizo cambiar la mesa de lugar llevándola al fondo de la

habitación y acercándola a las puertas que daban al jardín, de manera que le llegase la mayor cantidad posible de luz natural. Cuando tuvo todo lo necesario para poder escribir, los criados la dejaron sola y dedicó toda la mañana a revisar la biblioteca de su marido. Había muchísimos libros y resultaba algo caótico el orden en el que habían sido colocados. Decidió que esa sería su primera tarea en aquella casa, organizar la biblioteca y llevar un control de todos los libros que había en ella. Sonrió feliz, aquella ocupación la llenaba de júbilo.

A la hora de la comida ya había sido abducida por una de las novelas de Sir Walter Scott, *La novia de*

*Lammermoore*, y estaba sentada en el sofá leyendo cuando John le anunció que la comida estaba lista.

—¿Vendrá el señor a comer? — preguntó ella levantando la cabeza del libro.

—No, señora.

—Entonces traedme la comida aquí, por favor —pidió.

—¿Aquí? —se extrañó el criado—.

¿A la biblioteca?

Henrietta asintió.

—Sí —se puso de pie y cogió una de las mesitas acercándola al sofá—. Comeré aquí.

John la miró con disgusto por haber movido la mesa en lugar de pedírselo a él. Henrietta comprendió que tenía que

pensar las cosas antes de hacerlas, no podía ir ofendiendo al servicio o no la aceptarían como su nueva señora.

—Discúlpeme, John, no volveré a hacerlo —dijo con suavidad.

El mayordomo se lo agradeció con la mirada y salió de la biblioteca para cumplir con su mandato.

## Capítulo 13

Cuando Robert Worthington llegó a casa preguntó a su mayordomo cómo había pasado el día su esposa.

—Pues ha estado todo el día en la biblioteca —dijo John ayudándole a quitarse el abrigo.

Robert le miró sorprendido e imaginó a la pobre Henrietta escondida para no tener que enfrentarse al servicio.

—Haz que me preparen el baño —

dijo caminando hacia la biblioteca.

Cuando abrió la puerta se llevó una enorme sorpresa. Henrietta, subida en la escalera, limpiaba uno de los estantes más altos de la librería. Las alfombras estaban repletas de libros amontonados y había por lo menos siete criados ayudándola.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? —dijo con su potente voz.

Los criados se asustaron al oír el tono que había empleado su señor, dejaron lo que estaban haciendo y se pusieron todos de pie. Henrietta se sobresaltó y a punto estuvo de perder el equilibrio al bajar por la escalera. Robert se acercó rápidamente y la sostuvo para que no se tambalease.

—¿Estás loca o qué? —dijo agarrándola por la cintura y la bajó al suelo cuando estuvo a su altura. Antes de que ella contestase les gritó a los criados que saliesen de allí.

Henrietta miró a su alrededor y vio los libros esparcidos en montañas por toda la biblioteca. En ese momento se dio cuenta de que había tomado aquella decisión sin consultar con él y temió haberse propasado.

—La organización era un caos... —dijo con timidez.

Robert se paseó por la biblioteca sintiendo que su enfado iba en aumento.

—¿Cómo te atreves a acometer una tarea como esta sin mi permiso? —dijo acercándose de nuevo a ella.

—Volveré a colocarlo todo tal y como estaba si es lo que deseas —dijo ella muy calmada—. John me dijo que no utilizabas la biblioteca...

Robert frunció el ceño.

—¿Que no la utilizo? —preguntó.

—Estaba buscando un sitio para mí, una mesa donde escribir —explicó ella—, y John me dijo que podía hacerlo aquí, porque tú no la utilizabas.

—No utilizo la mesa, pero eso no significa que no lea libros, ¿por quién me tomas? —se acercó a una de las montañas y cogió el tomo que estaba encima—. He leído muchos libros de los que hay aquí, y si no he leído todos ha sido porque durante muchos años no viví en esta casa. Mi madre me transmitió



su amor por la lectura, ella organizó esta biblioteca y quiero que la dejes tal y como estaba.

Soltó el libro en las manos de Henrietta, sin dejar de mirarla a los ojos con una furia contenida que la hizo estremecer.

—No salgas de aquí hasta que hayas vuelto a dejar cada libro en su lugar —dijo entre dientes.

Henrietta sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando la puerta se cerró y volvió a quedarse sola. Miró a su alrededor, las montañas de libros que los criados le habían ayudado a bajar de las estanterías. Cerró los ojos y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

El sol entraba a raudales por los ventanales cuando Robert abrió la puerta de la biblioteca. Tenía la imagen del caos de la tarde anterior aún en la retina, pero se encontró con una estancia completamente ordenada y con todos los libros en su lugar original. Sintió una punzada de culpa al ver a Henrietta encogida en el sofá. Se había quedado dormida con las manos bajo la mejilla y una expresión serena y casi hermosa.

Se acercó a ella sin hacer ruido y la cogió en brazos. Ella se acomodó en ellos de manera natural y apoyó la cabeza en su pecho sin abrir los ojos. Robert sintió que una desconocida ternura le embargaba.

La dejó sobre la cama deshecha y la tapó. Después salió del cuarto y dio instrucciones a John de que nadie debía molestarla.

—Y, John, espero que sepas darle mejores ideas la próxima vez —dijo muy serio—. Ella es nueva aquí, pero tú no tienes ninguna excusa para lo que pasó ayer.

John agachó la cabeza y no dijo nada. No imaginó lo que la señora iba a hacer y cuando lo supo ya era demasiado tarde, pero no quería decir nada en su contra.

Robert salió de la casa y subió a su caballo, que Marcus sostenía de las riendas mientras le esperaba. Salió al galope ante la atenta mirada del

caballerizo.

Cuando Henrietta despertó se desperezó estirándose y las imágenes de la noche anterior aparecieron de repente. Se sentó en la cama sorprendida de estar en ella y se miró aliviada al ver que seguía vestida. Entonces recordó, como si de un sueño se tratase, que Robert la había llevado en brazos y la había acostado. Volvió a tumbarse mirando hacia el otro lado de la cama, el lugar en el que dormía su esposo. «¿Quién era realmente Robert Worthington?», se preguntó con curiosidad.

Henrietta escuchó los cascos de un

caballo acercándose y levantó la vista del arbusto que podaba. El jinete se veía imponente sobre su caballo negro. La tela de sus pantalones se tensó a causa de la musculatura que la presionaba al bajar del animal.

—Espero que la biblioteca este de nuevo a tu gusto —dijo Henrietta cortante.

La sonrisa de Robert se congeló en sus labios.

—Veo que has encontrado una mejor ocupación que desmontar la casa —dijo.

—También espero no haber hecho nada indebido en tu jardín —dijo Henrietta.

—Ahora esta casa es también tuya

—respondió él acercándose—. Mientras no te deshagas de ella...

Robert parecía cansado y estaba sudoroso por la cabalgata.

—¿Vienes de Londres? —preguntó Henrietta.

—Sí, he visitado la fábrica de tu padre —dijo.

Henrietta sintió tristeza al pensar en su padre.

—Sus trabajadores le querían mucho —dijo Robert imaginando lo que pensaba—. Puedes estar orgullosa.

—Siempre lo he estado —dijo ella apartando la mirada.

—¿Qué tal has pasado el día? —preguntó con amabilidad.

—Adaptándome —respondió ella.

—Muy bien —dijo él—, cuando lo hayas conseguido haré venir a Marjorie.

Ella asintió y se mordió el labio nerviosa. Robert comprendió que quería que la dejase sola y le hizo una pequeña reverencia.

—Voy a darme un baño —dijo—, así no puedo meterme en la cama.

Henrietta se sonrojó ligeramente y él echó una carrera hacia la casa.

## Capítulo 14

—Y cuéntame qué has estado escribiendo —preguntó Robert durante la cena.

Henrietta, que no estaba acostumbrada a hablar de algo tan íntimo con otro ser humano, miró a su esposo sin saber qué decir.

—¿Es algo secreto? —insistió él —. ¿No puede saberlo tu marido?

—No, es solo que... no es nada, ya te lo dije. Pensamientos.



Robert frunció el ceño.

—¿Qué clase de pensamientos?

Henrietta bebió de su copa mientras meditaba si debía o no contárselo.

—Escribo mi opinión sobre el mundo en el que vivo —dijo finalmente.

Robert no disimuló su sorpresa.

—¿Y cuál es esa opinión? — preguntó interesado.

—Bueno, son muchas cosas... — dijo ella dando a entender que no sabría por dónde empezar.

—Explícame qué has escrito hoy, por ejemplo.

—Es una tontería.

—Me gustaría decidirlo a mí — dijo él.

—Está bien —se rindió Henrietta—. Hoy he escrito sobre el corsé.

Robert pareció decepcionado.

—Creo que el corsé es un moderno cinturón de castidad —siguió hablando Henrietta jugando con la comida y sin percatarse de los cambios que se producían en el rostro de su marido según hablaba—. Nos aprieta las costillas hasta que casi no podemos respirar, nos dice que lo único que importa de nosotras es que estemos hermosas. Que los hombres no quieren saber si podemos o no respirar, lo que quieren es que cuando estemos sentadas nuestro tronco se mantenga recto y esbelto para alegrarles la vista.

Al levantar la mirada del plato se

topó con los ojos de su marido y se le erizó el vello de la nuca al ver su expresión.

—¿Me he casado con una feminista? —dijo escupiendo las palabras.

Henrietta empalideció al verle tan enfadado.

—No debería habértelo contado —dijo.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? ¿Que no deberías habérmelo contado? —tiró la servilleta sobre el plato y se puso de pie apartando la silla con brusquedad.

Henrietta se levantó, también.

—Quiero ver eso que escribes. ¡Todo! —dijo él con autoridad.

—Es algo personal —respondió ella recuperando la serenidad—. No tienes derecho...

—¿Que no tengo derecho? —Se mostró sorprendido—. ¡Soy tu marido!

Henrietta respiró hondo por la nariz antes de contestar.

—Los dos sabemos que solo lo eres de nombre —dijo—. Nuestro matrimonio es un matrimonio de conveniencia. Tú necesitabas una mujer y mi familia dinero...

La furia se dibujó en el rostro de Robert con enorme tensión y se acercó hasta colocar su cara a unos centímetros de la de ella.

—No vuelvas a decir esas cosas en esta casa —dijo taimado—. Te prohíbo

que hables de eso con nadie, no permitiré que me dejes en evidencia delante de mis criados.

Henrietta miró a su alrededor.

—Yo no veo que haya nadie aquí más que tú —dijo con serenidad, aunque le temblasen las piernas.

—Te prohíbo que escribas sobre esa clase de cosas —dijo él apartándose.

—¿Cuándo hablas de «esa clase de cosas», te refieres a los temas que me importan como mujer? ¿No puedo opinar sobre una prenda que me esclaviza? —dijo ella muy seria.

Robert la miró entrecerrando los ojos.

—¿Has probado alguna vez a

ponerte uno? —preguntó ella, provocadora.

—¿Cómo dices? —Su marido no daba crédito a lo que escuchaba.

Henrietta levantó una ceja antes de seguir hablando.

—Sí, quizá todos los hombres deberían pasar una velada con un corsé puesto —dijo ella—. Ya que os creéis con derecho a decirnos lo que debemos o no debemos pensar, antes deberías tener el conocimiento necesario para opinar sobre cualquier tema que nos incumba. Mañana, si quieres, puedo dejarte uno de los míos para que...

—¿Estás tratando de ofenderme? —dijo él acercándose de nuevo—. Te advierto que me han dicho cosas mucho

peores que esa. Pero si lo que pretendes es poner en cuestión mi hombría te advierto que eso tiene un final muy placentero, aunque no estoy seguro de que hayas calculado su alcance.

Henrietta empalideció al comprender que su amenaza.

—Creí en tu palabra —dijo ella poniéndose de pie—. ¿Me estás diciendo que no vale nada?

Ahora fue Robert el que perdió por completo el color. Se irguió frente a ella y la miró con severidad.

—Ya que no me respetas como marido, harás lo que te digo porque el papel en el que escribes es mío. Y la tinta que utilizas, también es mía. ¡Incluso la silla en la que te sientas para

hacerlo, es mía!

Su voz sonó atronadora y golpeó a Henrietta en pleno rostro. Ella volvió a respirar hondo por la nariz tratando de contener las ganas de llorar.

—Como desees —dijo.

Robert volvió a sentarse, pero ella se quedó de pie.

—¿Puedo retirarme? —solicitó.

Lord Worthington frunció el ceño.

—Apenas has comido nada —dijo.

—No tengo hambre —dijo ella sin moverse.

—Siéntate, Henrietta.

—¿Es una orden? —preguntó ella mirándole a los ojos.

—Sí, es una orden —dijo él, retándola con los ojos a desobedecerle.



Henrietta se sentó y colocó las manos cruzadas sobre el regazo. Robert siguió comiendo, pero no consiguió que ella lo hiciese. Tampoco volvió a mantener una conversación normal, se limitaba a decir sí o no a lo que él le preguntaba. Al final la cena se le hizo tan insoportable que tuvo que dejar que se marchase. Cuando la vio salir del comedor se quedó mirando la puerta cerrada.

Aquella mujer le sacaba de quicio. Que no era como las demás, lo supo desde la primera vez que la vio. Recordó lo que pensó aquel día, cuando conoció a las hermanas Tomlin. Lidia era una joven bonita y simpática que le atrajo casi al instante. En cambio su

hermana le pareció fea y arisca. No sabía por qué se sentía incómodo cuando estaba en su presencia.

Pero cuando la vio desnuda frente a él, vulnerable a sus manos, empezó a vislumbrar otra Henrietta, una dulce y frágil criatura capaz de sentir con voracidad. Sintió una presión dentro de sus pantalones, debía reconocer que le excitaba la idea de despertar en ella la pasión. Estaba convencido de que bajo todas aquellas capas de pensamiento había un volcán de emociones a punto de estallar. Y su cuerpo perfecto no hizo más que aumentar ese convencimiento. Un cuerpo como aquel solo podía haber sido creado para el placer.

Henrietta se había soltado el pelo y lo peinaba frente a su tocador. Se había puesto el camisón y tenía la secreta esperanza de que Robert decidiese dejarla dormir sola. Por eso cuando la puerta de la habitación se abrió y su marido entró, no pudo evitar dar un respingo que a él no le pasó desapercibido.

—¿Te he asustado? —preguntó sorprendido.

—Pensé... —no se atrevió a terminar la frase.

Robert la observó en el espejo. Sus ojos brillaban y estaban un poco hinchados. Había estado llorando. Sintió una punzada en el pecho y tuvo el

impulso de abrazarla, pero se contuvo. En lugar de eso empezó a quitarse la ropa para meterse en la cama.

Henrietta le observó a través del espejo cuando empezó a desnudarse y el corazón se le aceleró. Tenía un cuerpo increíblemente perfecto, digno de ser tallado en mármol para disfrute de todo aquel que quisiera mirarlo. Su pecho, sus hombros, lentamente se dio la vuelta para ir hacia la cama y entonces vio su espalda.

—¡Oh! —la exclamación salió de sus labios sin que pudiese controlarla.

Robert volvió la cabeza y comprendió. No dijo nada, se metió en la cama y puso las manos bajo la cabeza.

Henrietta había apartado la vista y ahora sus ojos estaban clavados en sus manos que no podían dejar de temblar.

—¿No vas a preguntarme? —dijo él.

Ella volvió a coger el cepillo y siguió peinándose mientras él la observaba.

—Ven a la cama —dijo él suavemente.

Henrietta comprendió que cuanto más lo alargase más nerviosa estaría. Así que dejó el cepillo, se levantó de su taburete tapizado en oro y caminó hasta la cama.

—¿Qué haces? —dijo él cuando vio que se metía en la cama con el camisón.

—Acostarme —dijo tapándose con las mantas e ignorándole.

—Mi cama, mis normas —dijo él destapándola.

Henrietta sintió un escalofrío, pero se quitó el camisón y lo tiró al suelo. Después se tumbó en la cama boca arriba y se quedó inmóvil como una estatua. Él la observó durante unos segundos sin taparla. Recorrió aquel cuerpo perfecto con su mirada, sintiendo como su sexo se endurecía. No podía negar que la deseaba, pero había hecho una promesa.

—No temas, no tendrás que tocarlas —dijo pasando un dedo por el camino que separaba sus dos pechos y bajando hasta el ombligo..

Henrietta frunció el ceño y le miró con aquellos ojos limpios y sinceros que le dejaban descolocado.

—Hablo de las cicatrices, he visto el asco que te ha producido verlas, lo siento. Pero no tendrás que tocarlas — dijo y después sonrió tapándola con las sábanas—. Buenas noches.

Henrietta agarró las mantas y se quedó mirando al techo durante un buen rato. Sentía una ansiedad desconocida que le oprimía el estómago y bajaba por su vientre contrayéndola por dentro. Era como si su dedo siguiese acariciándola lentamente.





## Capítulo 15

Lady Margaret le hizo una visita, acompañada de su doncella, Daisy, una dulce joven que tuvo la simpatía de Henrietta desde el mismo instante en que vio el trato que le daba su madre. Al parecer ya tenía una sustituta para sus malos comentarios y desplantes.

—¡Oh, por fin! —exclamó lady Margaret cuando Henrietta entró en el salón de mañana—. Creí que ibas a tenerme aquí esperando todo el día.

—Mamá, lo siento, no sabía que ibas a venir —dijo quitándose los guantes manchados de tierra—. Estaba trabajando en el jardín de detrás.

—¿Trabajando? ¿Eso es lo que hace una señora? —dijo lady Margaret reprobadoramente.

—Te veo acalorada, ¿quieres que pida que te traigan limonada fría?

—Te lo agradeceré mucho, hija. El camino desde casa es agotador.

—Daisy —dijo a la joven, que esperaba con la cabeza baja junto a su madre—, ve a la cocina y pide que nos traigan un refrigerio. Preséntate a Gladys y dile de mi parte que se ocupe de ti.

La doncella hizo una ligera

reverencia y Henrietta sonrió.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? —preguntó después de que Daisy saliese del saloncito—. Te habría mandado el carruaje.

Su madre abrió los ojos admirada.

—¡Oh, cuánto me gusta oírte hablar así! Creí que ahora que eras una señora importante te habrías olvidado de tu pobre madre enferma.

—La próxima vez envía una nota y te mandaremos a buscar —dijo Henrietta.

Cuando llegó la sirvienta con la bebida y unas pastas, Henrietta se quitó el mandil y se lo dio para que se lo llevase.

—¿Dónde está tu marido? —

preguntó lady Margaret cogiendo el vaso de limonada que le había servido su hija.

—Trabajando —lo dijo sin apartar la vista de la limonada que vertía en su vaso—. ¿Y cómo estás, mamá? ¿Tomas tus medicinas?

—Por supuesto. Daisy se encarga de todo. Pero no he venido para hablar de mi enfermedad, ya sabes que no me gusta ser el centro de atención —dijo lady Margaret, a lo que su hija se cuidó mucho de hacer ningún comentario—. He venido porque tengo maravillosas noticias. Ayer recibí carta de tu hermana.

Henrietta sintió un pellizco en el pecho, a la altura del corazón. Por un

lado sentía unos deseos tremendos de saber de su hermana, pero por otro aquella noticia volvía a traer todo el dolor que había causado con su fuga.

Lady Margaret sacó la carta del bolsito que llevaba.

—Mira, lee —se la entregó.

Henrietta sacó la carta del sobre y la desdobló.

Queridas mamá y Henrietta:

Antes que nada quiero pedir os perdón por todo lo que os he hecho sufrir. Sé que debéis pensar lo peor de mí, sobre todo por no asistir al funeral de papá, pero quiero que sepáis que no me encontraba en Inglaterra. Mi marido y yo viajábamos en un barco hacia las costas de Australia a donde han enviado

a Lawrence como diplomático. Ese y no otro fue el motivo de mi fuga tan intempestiva. Tuve que tomar la decisión con rapidez pues no había tiempo que perder.

Si os sirve de algo, de haber sabido que papá sufriría un infarto por mi culpa, jamás me habría marchado sin hablar con él y explicarle mis planes. Creí que le supondría algún disgusto, pero que finalmente podríamos ayudarlo económicamente y llegaría a aceptarlo. Nunca podré perdonarme por su pérdida. Como tampoco podré perdonarme que mi queridísima hermana tuviese que pagar por mi pecado casándose con lord Worthington.

Henrietta, quiero que sepas que

aquí siempre tendrás tu hogar. Si algún día decides que no quieres seguir atada a ese matrimonio debes saber que en mi casa siempre habrá un lugar para ti. Igual que para mamá.

Tanto Lawrence como yo nos encargaremos de que jamás os falte nada. Siento mucho vuestros sacrificios y espero poder resarciros algún día por ellos.

Vuestra amante hija y hermana, que no os olvida,  
Lidia.

Henrietta sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas y tuvo deseos de estrujar el papel que tenía entre manos.

—Se casaron y es una mujer respetable —dijo lady Margaret—. Ya no tendré que avergonzarme cuando hable de ella delante de tu tía. Iré a visitarlos, por supuesto. No voy a irme a vivir a las colonias con los salvajes, no hay necesidad, después de todo mi hija mayor es ahora lady Worthington. Pero iré a visitarla. Mi pequeña Lidia, mi corazoncito de oro.

Henrietta no apartaba los ojos de la carta. Con el corazón latiendo desbocado y las manos temblorosas, no dejaba de pensar que el matrimonio no había sido consumado y podía anularse. Su hermana podría hacerle una oferta a Robert por la casa y encargarse de la manutención de su madre. Ella podría



irse a Australia a vivir con ellos y alejarse para siempre de su esposo...

—Henrietta, ¿qué piensas? —lady Margaret la tocó para sacarla de su abstraimiento.

—Nada, mamá —dijo devolviéndole la carta.

—No, hija, quédatela tú. Quiero que le contestes y le digas que la echo mucho de menos. Que irá a visitarla y que no se preocupe por nada, que yo lo único que deseo es su felicidad.

Henrietta dobló la carta y volvió a meterla en el sobre asintiendo mientras la guardaba en un bolsillo.

—Así lo haré, madre. ¿Se quedará a comer? —preguntó limpiándose las lágrimas.

—No, querida, estoy deseando llegar a casa y descansar —dijo poniéndose de pie—. Lo que sí te agradeceré es que me dejes tu carruaje, no creo que ese paseo beneficie a mi cansado corazón.

—Avisaré a John para que lo prepare. —Henrietta salió del salón de mañana y se apoyó en la puerta cerrada para tratar de recuperar las fuerzas.

Con aquella carta, Lidia había vuelto a poner su mundo patas arriba.

Los días que siguieron a la visita de lady Margaret, Henrietta se debatía entre ser fiel a la palabra dada y la posibilidad de huir de aquel destino que

no era el suyo.

Robert cambió de actitud con ella e hizo más evidente que mantendría su promesa dejándola en paz. Dormían juntos y se mantenían a una prudencial distancia, aunque Henrietta pronto descubrió que no podía controlar lo que hacía mientras dormía y más de una vez se despertó acurrucada en sus brazos.

Después de la discusión que habían mantenido sobre sus escritos, Henrietta fue mucho más cuidadosa con sus papeles. Los guardaba bajo llave para no correr el riesgo de que el servicio los encontrase por descuido. Y nunca hablaba de lo que escribía.

Pero, sobre todo, fue cuidadosa con sus lecturas. Hacía que le llevaran las

publicaciones feministas a casa de su madre y solo las leía cuando iba a visitarla. Lady Margaret no estaba interesada en nada relacionado con su hija mayor, de manera que no había peligro de que preguntase. Eso la libraba de tener que dar explicaciones que, de otro modo, la habrían puesto en un compromiso.

Contestó a la carta de su hermana con todo el cariño que fue capaz de expresar en ese momento, que aún se veía viciado por el resentimiento por todo lo ocurrido. Le daba las gracias por su ofrecimiento y le avisaba de que su madre probablemente sí les visitaría pronto.

## Capítulo 16

La puerta de la biblioteca se abrió y Henrietta no pudo evitar el respingo al levantar la vista y ver a su marido.

—Creí que sería John —dijo para explicar su sobresalto, al tiempo que disimuladamente colocaba un papel sobre lo que escribía.

Robert torció una sonrisa y se acercó al escritorio.

—¿Tan malo es que tienes que esconderlo? —dijo apartando el papel

en blanco y sacando el que había escrito.

Lo leyó en silencio y con el ceño fruncido, después volvió a dejarlo sobre la mesa sin comentar nada. Henrietta tuvo la sensación de que se estaba esforzando por mantener una expresión indiferente, pero estaba segura de que no le había gustado nada lo que había leído.

—¿Sabes montar? —preguntó.

Henrietta negó con la cabeza.

—¿Te gustaría aprender? —volvió a preguntar.

Los ojos de su esposa se abrieron emocionados.

—Parece que sí —dijo él sonriendo y le tendió una mano.

Henrietta se puso de pie rápidamente y dio la vuelta a la mesa, pero antes de salir se dio cuenta de que dejaba sus escritos a la vista y regresó para meterlos en el cajón y cerrarlo con la llave que llevaba en un bolsillo. Después le dio la mano a su marido y salió con él.

Entraron en las caballerizas y Robert la llevó hasta un caballo blanco que levantó la cabeza al verles.

—Este es Sendero —dijo su esposo acariciándole—. Es paciente y tranquilo, no se altera con nada.

El caballo negro de Robert relinchó para advertirles de que él no era tan pacífico. Henrietta se acercó a acariciar al animal con suavidad. Robert

la observaba atento.

—¿Quieres montarlo? —preguntó.

Henrietta miró los ojos del animal y después a Robert y asintió.

—¿No te da miedo?

Henrietta negó sin decir nada. Estaba muy emocionada, sentía un cosquilleo en el estómago, pero no era miedo.

Robert cogió una silla y los arneses y los colocó sobre Sendero, cuando lo tuvo preparado lo sacó de las caballerizas seguido por su esposa. Le dio las riendas para que las sostuviese.

—Lo primero será enseñarte a subir al caballo —dijo él.

—Es enorme —respondió ella viéndose al lado del animal.



—Mira cómo lo hago yo —dijo agarró las riendas, puso el pie en la estribera y se impulsó para subir.

El caballo ni se inmutó.

—Ahora fíjate bien en cómo debes bajar —dijo e hizo el movimiento a la inversa—. El secreto es no meter muy adentro el pie en la estribera, debes apoyar la planta, no debe entrar hasta el puente.

Henrietta asintió y bajó la vista a su vestido. Robert sonrió.

—Puedes quitártelo —dijo burlón.

Su esposa le hizo un mohín con la nariz y agarró las riendas. Después puso el pie sobre la estribera y sorprendiendo a Robert subió sin problemas sentándose a horcajadas sobre la silla.

Lord Worthington aplaudió sin reparos.

—¿En serio no habías montado nunca? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Pues tienes un don natural para la monta —dijo sonriendo.

—¿Damos un paseo? —dijo ella con timidez.

Él asintió sin dejar de sonreír.

—Marcus, ¿ensillas mi caballo? —le dijo a un hombre que les observaba desde un rincón apartado.

Cuando Robert estuvo sobre su caballo le indicó cómo debía manejar las riendas.

—Daremos un paseo tranquilo, no te separes de mí, ¿de acuerdo?

Henrietta asintió. Se sentía muy feliz.

La esposa de lord Worthington se despertó respirando con dificultad y con el cuerpo ardiendo. Al abrir los ojos lo primero sintió fue que algo húmedo y suave rozaba su sexo. Bajó la cabeza para mirar qué era aquello que ocurría entre sus piernas y lanzó un grito de sobresalto al ver la cabellera de su marido allí alojada.

—Tranquila —dijo él levantando la cabeza para mirarla—. Tú solo relájate.

—Deja de hacer... eso —dijo Henrietta sin saber cómo llamarlo.

—¿No te gusta? —preguntó él sonriendo.

—Sí. ¡No! —exclamó asustada de sí misma.

—Me parece que sí te gusta —dijo él y estirando el brazo puso una mano sobre uno de sus pechos.

Cuando volvió a utilizar su lengua también pellizcó su pezón con sus dedos y Henrietta sintió que su cuerpo se inflamaba. Robert bordeaba peligrosamente aquella entrada prohibida, la sorteaba entreteniéndose con la dura protuberancia que había emergido de su escondite un poco más arriba. Sus dedos pellizcaban y tiraban del botón de su pezón y Henrietta gemía fuera de control. Cuando él supo que

estaba preparada cambió la lengua por sus labios y comenzó a succionar su clítoris provocándole un interminable orgasmo.

Henrietta se acurrucó apretando su sexo con una mano, tratando de calmar las interminables contracciones que seguían y seguían después de que Robert se hubiese levantado de la cama.

Henrietta observó las cicatrices de su espalda mientras caminaba hacia la puerta del baño y se preguntó quién le había hecho aquello. Cuando desapareció tras la puerta ella giró la cabeza a un lado y mordió la almohada con un ansia que le nacía en las entrañas, un vacío que habría deseado que él llenase.

—¿Quieres ir a montar hoy? —le preguntó Robert levantándose de la mesa del desayuno.

—¿Podemos? —preguntó ella ilusionada.

—Yo debo ir a trabajar, pero puede acompañarte Marcus. Nuestro mozo de cuabras es un gran jinete. Aunque no debería llamarle mozo, es mayor que yo y fue él quien me enseñó a montar —dijo sonriendo.

Henrietta se esforzó en que no le notase la decepción, pero Robert la miraba con atención y no le pasó desapercibida aquella sombra en su mirada. Sin decir nada más salió del

comedor y Henrietta escuchó la puerta de la entrada y el relincho de su caballo.

Decidió montar igualmente, quería llegar a hacerlo bien y sabía que eso solo se conseguía con perseverancia. A partir de ese día salió todas las mañanas a montar con Marcus y al cuarto día ya habían establecido la suficiente confianza como para poder charlar de temas muy variados durante sus paseos.

—Trabajaste para el padre del señor —dijo Henrietta el cuarto día cuando llevaban una hora de paseo y emprendían el regreso a casa.

—Sí señora, hasta su muerte —respondió Marcus.

—¿Se parecía a su hijo? —tanteó con diplomacia, no quería que se diese

cuenta de que estaba interrogándole.

—En nada —dijo tajante—. Lord Worthington padre era un hombre cruel.

Ella le miró sorprendida por su sinceridad.

—Yo aprecio mucho a Robert —dijo llamándole por el nombre, algo que ya no sorprendía a Henrietta. Después de cuatro días ya le resultaba más que evidente que entre el caballero y su esposo había una relación mucho más estrecha que la de un señor y un sirviente—. Le vi nacer y sé lo mucho que sufrió de niño, nada me gustaría más que saber que es feliz. Y sé que ahora está más cerca de serlo.

Henrietta frunció el ceño conmovida por sus palabras.



—¿Por qué dices que sufrió de niño? —preguntó ya sin tapujos.

—Yo no debería hablarle de esto... —dijo arrepintiéndose—, si Robert se entera se enfadará mucho conmigo.

—No voy a decirle nada a mi esposo, Marcus, ¿pero no crees que si alguien le hizo daño yo debería saberlo?

El caballero se mantuvo en silencio durante unos segundos, pero finalmente cedió a lo inevitable.

—Si Robert se entera de que he hablado de esto con milady me matará —dijo a modo de advertencia antes de empezar a relatar su historia.

Henrietta aguantó estoicamente el

relato sin mostrar ninguna de las emociones que se iban enroscando en su corazón a medida que la narración avanzaba. Llegaron a la casa y se bajó de Sendero dejándolo al cuidado de Marcus, que se despidió hasta el día siguiente. Entró en la casa y subió las escaleras sin prisa. Lisa le salió al paso y Henrietta le dijo que la avisaría cuando necesitase su baño, que ahora quería estar un rato a solas. Entró en su habitación y cerró la puerta, caminó hasta la cama y se sentó con la mirada perdida. Y entonces, solo entonces permitió que se repitiese el relato de Marcus en su cabeza y dejó que las emociones la arrollasen con él.

—El señor bebía mucho y cuando

bebía se le iba la mano. Nadie supo nunca por qué, pero desde muy pequeño la tomó con Robert. La vieja Mary, la cocinera decía que sentía celos del amor que le tenía su madre porque a él la suya nunca le quiso. Pero eso son cuentos de vieja. La realidad es que cualquier cosa que hacía el crío le suponía una paliza. Le pegaba tanto que alguna vez temimos por su vida. La señora siempre estaba enferma, pero era a causa del sufrimiento de su hijo.

Henrietta sintió que le ardían los ojos y los cerró dejando que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

—La última vez que le pegó lo hizo con la fusta de montar, le rompió la camisa le obligó a apoyarse en la mesa

de su despacho. Tenía nueve años y no emitió el más mínimo sonido para que su madre no lo oyese. Cuando el señor se dio cuenta de lo que había hecho hizo que llamasen a un médico, la espalda del crío era una masa sanguinolenta.

En ese momento Marcus había tenido que parar para recuperar la respiración.

—John me envió a buscar al médico y me prohibió que entrase en la casa. Sabía que si veía a Robert en ese estado haría una locura. La señora se enfrentó a su esposo por primera vez delante del servicio y consiguió que su hijo saliera de la casa para siempre. Robert no volvió nunca en vida de su padre. Lo enviaron a un internado y

regresó el día del funeral, para el entierro y para hacerse cargo de sus posesiones.

Henrietta se agarraba al borde de la cama temblando. ¿Qué clase de animal hace eso con un hijo? Recordó las cicatrices de su espalda y cerró los ojos. No sabía si sería capaz de disimular la próxima vez que le tuviese delante.

## Capítulo 17

Robert llegó cansado. La casa estaba en silencio, todos dormían ya. Se fue hasta el salón, encendió las velas de un candelabro y se sirvió una copa, después se sentó en uno de los sofás estirando los pies y colocándolos sobre una mesita. Había vuelto tarde a propósito. No era un buen día para él y no quería tener que fingir delante de su mujer. Sonrió al pensar en ella. ¿Su mujer? Negó con la cabeza y bebió un

largo trago.

Aquella era la única noche al año en la que se permitía sentir lástima de sí mismo. Era una cita con su maldito destino. Esa noche lo miraba a la cara y le vomitaba la bilis, aunque solo fuese mentalmente. Cerró los ojos y el dulce rostro de su madre apareció nítido frente a él como si lady Rose estuviese allí mismo. Era una mujer hermosa, la más hermosa de todas, porque su belleza provenía de la bondad que tenía en su corazón.

Se levantó y rellenó el vaso, bebió un largo trago y se apoyó en la repisa de la chimenea apagada. Sabía por qué lo hizo. Él iba a regresar y no pudo soportarlo. Negó con la cabeza y salió

del salón. Como cada año recorrió los pasillos de la casa como un fantasma. Al principio se imaginaba que ella todavía estaba allí y que podía verle. Deseaba que se le apareciese como un espíritu, no le daba miedo, solo hubiese deseado poder abrazarla una vez más.

Sus pasos le llevaron a la biblioteca. Entró y dejó el candelabro sobre el escritorio. Aquel era el lugar favorito de lady Rose, el único que reconocía como realmente suyo. Robert se fijó en la mesa donde escribía su esposa y sonrió. A su madre le habría gustado Henrietta, su fuerte carácter y sus ideas la habrían sorprendido, pero estaba seguro de que se habrían entendido. Dejó también el vaso sobre



la mesa y dio la vuelta para ponerse frente al cajón en el que guardaba sus escritos. Estaba cerrado. Sonrió, las mujeres son tan inocentes. Cogió el abrecartas y lo pasó por la rendija haciendo fuerza hasta que consiguió mover la falleba.

Abrió el cajón y sacó algunas hojas. Acercó el candelabro y leyó lo que había escrito. Se trataba de un texto que abogaba por el voto femenino, argumentando la capacidad de las mujeres para poder dilucidar lo que es mejor en temas como la economía, la moral o el trabajo. Robert se sintió completamente desbordado por aquellas ideas que jamás había oído defender a ninguna mujer. Dejó el papel sobre la

mesa y buscó en el cajón. El siguiente que encontró hablaba sobre el hecho de que las mujeres no pudiesen estudiar. Lo dejó también y al volver a meter las manos dio con una carta dentro de un sobre. Miró el remitente y empalideció al ver que era de Lidia. Sacó el pliego y lo leyó sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies. El corazón se le había desbocado y la respiración era tan agitada que parecía el resoplar de un toro.

Con la carta en una mano y el candelabro en la otra se dirigió a su habitación dejando el vaso olvidado sobre el escritorio y el cajón abierto.

Entró en la habitación y dejó el candelabro sobre una cómoda, aunque la

chimenea encendida habría sido suficiente iluminación. Se acercó a la cama en la que Henrietta dormía plácidamente. Estaba hacia su lado de la cama y reposaba una de sus manos en la almohada en la que la cabeza de él debería estar apoyada. Cogió la colcha con la que se cubría y la apartó muy despacio. Podría hacerla suya en ese mismo instante. La deseaba y su cuerpo le reclamaba.

Henrietta sintió frío y abrió los ojos despacio, los párpados le pesaban, pero por primera vez no dio un respingo cuando le vio mirándola.

—¿Qué hora es? —dijo somnolienta—. Tengo frío.

Robert la miraba con la lujuria en

los ojos. No podía dejar de imaginarse dentro de ella, en su cabeza podía escuchar sus gemidos.

Henrietta se sentó en la cama y miró a su marido desconcertada. Entonces vio la carta en su mano.

—¿Qué es eso? —dijo reconociendo la letra de su hermana en el sobre.

Robert siguió su mirada y al ver la carta en su mano recordó todo lo que había leído, lo que su hermana le había ofrecido, y la ira se abrió paso anegándolo todo.

—Eso estaba en mi cajón —musitó ella—. Un cajón cerrado.

Él no decía nada, tan solo la miraba con los puños apretados.

—¿Has abierto mi cajón? —dijo escandalizada—. ¿Lo has forzado?

Robert seguía sin hablar y Henrietta se sintió tan impotente que no encontraba las palabras para expresarse. De repente fue consciente de su desnudez y lanzando una exclamación se levantó de la cama y se puso la bata que descansaba en el respaldo de una silla.

—Nuestro matrimonio fue una farsa desde el principio —dijo volviéndose a él que seguía mirándola enfadado. Ahora también ella estaba enfadada—. Pero creí que eras una persona respetuosa, no me esperaba esto.

—¿Qué es lo que no te esperabas exactamente? —dijo él muy sereno.

—¿Que violaras mi intimidad de un

modo tan vil! —exclamó ella. Pensar que había leído sus escritos, todos sus pensamientos estaban en aquel cajón...

—Eres mi esposa. Todo lo tuyo es mío —dijo él.

Henrietta sintió que la rabia le atenazaba la garganta.

—Sabes que eso no es cierto —dijo.

La mirada de Robert le avisó de que había entrado en terreno peligroso.

—No lo digas... —dijo él con la mirada de un tigre antes de lanzarse sobre su presa.

Aquella amenaza tuvo el efecto contrario al que pretendía. Henrietta se irguió con los brazos estirados a ambos lados del cuerpo y la bata se abrió

dejando ver uno de sus pechos.

—El matrimonio no ha sido consumado, por lo tanto puede anularse —dijo retándole con la mirada—. Sé que ahora mismo estás pensando en abalanzarte sobre mí y hacer que eso cambie. Si lo hicieras faltarías a tu palabra, y he podido comprobar desde que te conozco, que es lo máspreciado que tienes.

Robert apretaba los puños sin mostrar ninguna expresión en su rostro.

—Pero como no estoy segura de la fuerza que tendrá tu honor —dijo—, te juro que si me tocas gritaré tanto que se me escuchará a una milla de aquí. Aunque sería suficiente con que me escuchasen los criados.

Robert empalideció al oír aquellas palabras. Henrietta estaba ofendiéndolo de un modo que jamás le permitiría a ningún ser humano.

—¿Esto es una prueba? ¿Estás probando cuántas ofensas puedo recibir antes de reaccionar a ellas? —dijo mordiendo las palabras.

—Hasta hoy has hecho lo que has querido conmigo —dijo ella ruborizándose—, pero eso no va a pasar más.

Robert frunció el ceño y sin decir una palabra más avanzó los dos pasos que le separaban de ella y le puso una mano en la boca para que no gritase. Con el otro brazo la cogió por la cintura y la arrastró hasta la cama tirándola



sobre ella sin apartar la mano de su boca. Ella intentó resistirse y gritar, pero él era demasiado fuerte y el peso de su cuerpo la inmovilizaba.

En pocos segundos Robert se había deshecho de la ropa que los separaba y su sexo se apretaba contra el de ella.

—¿Lo sientes? —susurró en su oído—. ¿Te das cuenta de lo cerca que estoy? Solo tengo que empujar un poco para hacerte mía.

Henrietta sintió que el pánico la arrollaba y las lágrimas cayeron de sus ojos. Robert no se movía, estaba hipnotizado. Sentía su sexo latiendo frente a la puerta que le garantizaría el dominio total sobre aquella rebelde mujer. La miró con atención pensando

que era presa de algún conjuro extraño que hacía que ahora la viese hermosa. Su pelo revuelto brillaba con destellos caoba, sus ojos grandes y de mirada profunda. Aquella pequeña nariz que se movía cuando hablaba.

Henrietta dejó de llorar. Sentía entre sus piernas la amenaza del duro miembro masculino, pero era su mirada la que la había hecho estremecer. Aquella mirada ansiosa, devoradora, que le estrujaba el pecho y no la dejaba respirar.

Los ojos de los dos esposos quedaron enlazados. Robert aflojó la mano y la apartó. Su mirada bajó hasta los labios de ella y lentamente acercó los suyos. Henrietta lo vio acercarse y

esperó tensa. Sintió el contacto como una suave caricia. Él la rozó primero, pero poco a poco el contacto se hizo más y más intenso. Con su lengua se abrió paso hasta dentro de su boca y se enredó en la de ella, buscándola, recorriéndola. Henrietta tardó un poco en responder, nunca nadie la había besado así, ni siquiera él. Dejó que su lengua explorase nuevos territorios y se introdujo en la boca de Robert que sintió aún más la presión en su sexo. Sin darse cuenta empujó contra ella tratando de encontrar refugio en el cuerpo femenino. Ella le rodeó la cintura con las piernas y le miró con una expresión desvalida. Robert cerró los ojos un segundo y se apartó. Se puso de pie y se abrochó los

pantalones ante la atenta mirada de Henrietta que no podía apartar sus ojos de él.

—No voy a marcharme —dijo ella sentándose en la cama y cruzándose la bata—, yo también soy una persona de palabra.

—Será mejor que esta noche no digamos nada más —dijo él—. Dormiré en otro cuarto.

Y cogiendo el candelabro salió de la habitación dejándola sola.

Henrietta sentía que su cuerpo ardía y se tumbó en la cama tratando de ignorar el fuego que tenía entre las piernas. Después de unos minutos en los que no dejó de pensar en lo que acababa de suceder llevó su mano hasta su sexo y

comenzó a explorarlo dejando que la guiaran sus sensaciones. Estaba tan húmeda que sus dedos resbalaban por aquellos montículos deteniéndose en las zonas sensibles. Arriba y abajo, pensando que era la boca de su marido la que la acariciaba. Se acercó a la entrada y temblando dejó que uno de sus dedos la estudiase. Cuando volvió hacia arriba de nuevo, a aquella protuberancia que la hacía enervarse como si alguien tirase de una cuerda atada a ella, escondió la cabeza en la almohada y ahogó los gemidos incontrolables que provocaba la explosión de sensaciones que tenía origen entre sus piernas.

Se encogió, poniéndose de lado y cogiendo la almohada de Robert se

abrazó a ella y rompió a llorar.

## Capítulo 18

—He pensado que podríamos dar una fiesta de bienvenida a Marjorie — dijo Robert en el desayuno.

—¿Qué clase de fiesta? —preguntó Henrietta mirando disimuladamente a su marido. No se le escapaban las ojeras violáceas debajo de sus ojos.

—No tengo ni idea —respondió Robert y levantó la vista del periódico —. No es tarea de un hombre preparar fiestas.

Henrietta frunció el ceño. La estaba provocando.

—Tienes razón, a los hombres se les da mejor abrir cerraduras —dijo y cogiendo el vaso de zumo se lo ofreció como un brindis.

Robert apretó los labios para no decir nada delante de Mary, la criada que había entrado en el comedor para asegurarse de que no faltaba nada

—¿Necesitan algo los señores? ¿Desean que traiga más pan? —preguntó acercándose a Robert.

—No, gracias, Mary, no necesitamos nada —respondió después de preguntar a su esposa con la mirada.

Cuando la criada salió y volvieron a quedarse solos Robert seguía



mirándola.

—Está bien, lo de la fiesta solo era una idea. Ni siquiera sé si a mi hermana le gustan —dijo.

—Dijiste que no —recordó Henrietta—. El día que comiste en casa, dijiste que no.

Robert empalideció al recordar aquel día y a su prometida sentada junto a él mientras planeaba escaparse con otro. Se puso de pie y tiró la servilleta sobre la mesa.

—Si me disculpas, tengo mucho trabajo que hacer.

Con una inclinación de cabeza se despidió y salió del comedor. Henrietta se quedó sola en la enorme habitación y miró el plato. ¿Porqué se comportaba

así con él? Había abierto el cajón sin su permiso, era cierto, pero era su marido. Le habían enseñado que una mujer no debía tener secretos para su esposo.

El mayordomo entró en la biblioteca con una nota para ella. Era una invitación de lady Williams para tomar el té aquella tarde. Henrietta sabía que una invitación no se rechazaba jamás, así que escribió una nota de respuesta y se la entregó a John.

—Que la lleven enseguida —dijo.

—Ahora mismo —respondió el mayordomo—. Pero antes desearía comentarle un asunto que requiere de su atención.

Henrietta no pudo disimular su sorpresa.

—Adelante, John, dígame —dijo.

—Tenemos un problema con una de las sirvientas.

—¿Qué clase de problema? —dijo Henrietta preocupada.

—Se trata de Mary.

Henrietta asintió, conocía perfectamente ya a todo el servicio. Mary ayudaba en la cocina y era la que encendía la chimenea de su habitación cada tarde. Era una preciosa jovencita con rizos rubios y una voz dulce y suave.

—¿Qué le ocurre a Mary? ¿Está enferma? —dijo más preocupada aún.

—No es eso. No sé cómo abordar el tema...

—Hable sin tapujos, John, en confianza.

—Mary tan solo lleva dos meses trabajando en la casa. El señor la contrató personalmente por las excelentes referencias que tenía de los Williams, sus anteriores señores.

—Lo sé.

—Está embarazada.

Henrietta abrió la boca sorprendida.

—No tenía conocimiento de que estuviese casada —dijo la señora.

—Ese es el problema, señora, no está casada. Y se niega a decirnos quién es el padre.

Henrietta apretó los labios. Ahora entendía la gravedad del problema.

—Ya le he dicho que si no dice el nombre del padre para que podamos regularizar su situación, tendrá que irse...

—¡Oh, John! —No sabía que decir.

—Quizá si la señora hablase con ella... —insinuó John

Henrietta pensó en ello unos segundos. Si John supiese lo que ella pensaba sobre ese tema, probablemente no le pediría que hablase con la criada. Pero debía comportarse como se esperaba de ella, una dama de la alta sociedad londinense no podía defender una situación semejante.

—Está bien, hablaré con ella —dijo.

John sonrió aliviado.

—Iré a buscarla en cuanto le dé esta invitación a Charles para que la lleve a casa de lady Williams.

El mayordomo salió del salón y Henrietta se quedó pensando. Sabía lo que le esperaba a Mary si no desvelaba la identidad del padre de la criatura que llevaba en su vientre. Se le revolvió el estómago, no podía evitar esa rabia que le nacía en las entrañas siempre que se enfrentaba a esa clase de injusticias que solo afectaban a las mujeres, mientras los hombres seguían con sus vidas como si tal cosa.

—¿Señora, quería verme? —Mary entró en el salón.

Se movía despacio, con la cabeza

baja, y su voz tenía un deje de tristeza.

—John ha hablado conmigo de tu problema, Mary —dijo Henrietta abordando el tema directamente—. Pero, ven, siéntate conmigo para que podamos hablar tranquilas.

La joven hizo lo que su ama le decía. Se sentó y cruzó las manos en su regazo sin levantar la mirada.

—Mírame, Mary —Henrietta puso una mano sobre las suyas para transmitirle su calor.

Los ojos de Mary estaban llenos de lágrimas.

—Debes decir el nombre del padre para proteger a esa criatura. La sociedad es cruel con las mujeres que crían solas a sus hijos, lo sabes.

—Señora, sé que mi hijo pagará por mis actos, pero decir el nombre de su padre no le ayudará —dijo Mary con sinceridad.

Henrietta trataba de encontrar el modo de ayudarla sin forzarla a hablar.

—Solo quiero ayudarte, no pretendo juzgarte por lo que te ha pasado, Mary.

—No puedo decirle el nombre, señora, de verdad que no puedo decírselo, a usted menos que a nadie. — Se mordió el labio como si hubiese hablado demasiado.

Henrietta frunció el ceño. Y de repente una ciénaga oscura y pestilente se extendió por su cerebro.

—Mary... —susurró.



—Por favor, si el señor se entera de que he hablado de esto con usted se enfadará mucho conmigo, y ha sido tan bueno...

—¿Que ha sido bueno? —dijo su esposa asqueada.

—Otro no se habría preocupado, pero él me dio un trabajo —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Henrietta se mordió el labio sin poder quitarse aquel asco del cuerpo.

—Está bien, Mary, pensaré en el modo de ayudarte a ti y a esa criatura, que no tiene culpa de nada —dijo tratando de no perder la compostura—. Evidentemente no podrás quedarte aquí, pero me encargaré de que no os falte de nada.

Mary se inclinó y besó las manos de Henrietta llorando.

—Gracias, señora, es usted tan buena como su esposo. Dios los bendiga con muchos hijos.

Henrietta apartó la mano con suavidad.

—No es nada, Mary, ahora vuelve a tus tareas y no hables de esto con nadie.

—Descuide, señora, no hablaré con nadie. —Mary fue hasta la puerta y antes de abrirla se volvió de nuevo—. Muchas gracias, señora.

Cuando Henrietta se quedó sola se puso de pie y comenzó a caminar por la sala. Se sentía asqueada, asqueada y furiosa. Nunca había estado tan

enfadada. Salió de la casa a paso ligero.

## Capítulo 19

—¡Marcus! —llamó al caballero

—. ¡Marcus!

—Aquí me tiene —dijo el hombre.

—Quiero montar —dijo impulsiva.

—Prepararé a Sendero —

respondió él.

Ella asintió y esperó a que le sacara a su caballo. Cuando lo tuvo delante se subió en él ligera.

—Espere, tengo que ensillar a Nube negra...

—Hoy no quiero compañía. —  
Henrietta espoleó al caballo y salió al trote ante la sorprendida mirada de Marcus.

En cuando cogió el camino hacia el bosque apretó las piernas para que Sendero supiese que necesitaba correr. Enseguida escuchó los cascos de otro caballo que se acercaba al galope y al volverse a mirar reconoció a Marcus montado sobre Nube negra. Aminoró la marcha hasta detenerse.

—¿Qué haces? —preguntó enfadada—. Te he dicho que quería montar sola.

—Eso no es posible, señora, Robert me mataría si supiese que la he dejado hacerlo.

Henrietta se fijó en que no llevaba montura.

—No has puesto la silla —dijo.

—No es la primera vez que monto a pelo —dijo sonriendo.

Henrietta comprendió que Marcus obedecería siempre antes a su señor que a ella y se dio por vencida. Bajó del caballo y le dio las riendas al criado.

—¿Caminar sola sí puedo, verdad? —dijo con las manos en la cintura.

—Por supuesto —dijo Marcus y dando la vuelta se llevó los dos caballos.

Henrietta esperó hasta perderlo de vista y después siguió el camino. Tenía mucho que pensar y necesitaba de verdad estar a solas y lejos de aquella

casa en la que aún se sentía una extraña. Una caminata por el bosque la ayudaría a despejar su malhumor y calmaría sus nervios.

El descubrimiento que había hecho sobre Mary y lord Worthington era algo que no iba a poder asimilar fácilmente. ¿Debía seguir con un matrimonio que ni siquiera era auténtico sabiendo que él había dejado embarazada a una criada? Sacudió la cabeza y bufó por la boca repetidamente tratando de contener las lágrimas. No quería llorar, eso la haría sentirse aún más humillada.

Se detuvo junto a un roble y se apoyó en su tronco para recuperar el aliento. Y como si su cuerpo ya no le perteneciese no pudo controlar los

sollozos que sacudieron todo su cuerpo. Robert Worthington era un canalla, un malnacido, un mujeriego y un desalmado. Al recordar cómo la acariciaba, lo que la hizo sentir imaginó que esas debieron ser las mismas cosas que le hizo a Mary. Y no pudo evitar recrear en su imaginación que con ella había ido mucho más lejos.

—¿Se encuentra bien?

La voz masculina sobresaltó a Henrietta que se limpió rápidamente las lágrimas antes de volverse.

—Muy bien, gracias —dijo.

—Discúlpeme, no nos conocemos —dijo inclinándose—. Soy William Harvey un amigo de Robert Worthington, que tengo entendido que es



su esposo.

Henrietta recuperó la compostura y le miró frunciendo el ceño sin comprender qué hacía allí, en medio del bosque, aquel joven alto, con el pelo rubio y un marcado acento de Yorkshire.

—Sí, soy Henrietta —dijo tendiéndole la mano todavía desconcertada.

—Encantado —William cogió la mano y la besó con delicadeza—. Ha sido Marcus el que me ha advertido de que podía encontrarla paseando por este bosque. He llegado muy pronto y Robert está trabajando, cuando pregunté por la señora para presentarle mis respetos me dijeron que había salido. Me disponía a charlar un rato con Marcus para hacer

tiempo y ahí ha sido cuando el caballero me ha informado de dónde podía estar usted... sola.

Henrietta comprendió que el caballero le había enviado a rescatarla porque debía estar preocupado por ella.

—No tiene que preocuparse —dijo iniciando la caminata de regreso—. Necesitaba estar un rato a solas, nada más. ¿Hace mucho que conoce a mi... marido?

—Robert y yo estuvimos en el mismo internado. Es como un hermano para mí —dijo sonriendo—. Un hermano mayor, claro. He estado fuera de Inglaterra durante varios meses, por eso no pude asistir a la boda. Aunque estoy seguro de que si hubiese caminado

a su ritmo habría podido llegar a tiempo.

Henrietta le miró confundida y al ver su expresión se echó a reír.

—Discúlpeme, es la costumbre. Mi hermana y yo solíamos retarnos para ver cuál de las dos caminaba más rápido —explicó.

—Me alegra ver que las nubes negras se alejan —dijo William al verla reír.

—¿Y dice que es amigo de Robert desde el internado? —preguntó Henrietta.

—Sí, y después de abandonarlo cultivamos aquella amistad regándola con buen vino y discusiones abundantes. ¿O era al revés? —dijo colocándose la mano en la barbilla, pensativo.

Henrietta sonrió, definitivamente le gustaba William Harvey.

—¿Se quedará a comer con nosotros, William? —preguntó.

—Espero no ser una molestia... —dijo él.

—No, por supuesto, será muy bienvenido —dijo Henrietta contenta de tener compañía en aquellos momentos—. Seguro que mi marido y usted tienen muchas cosas que contarse si hace meses que no se ven.

—Pues unas cuantas, sí —dijo William—, pero todas muy aburridas. Estoy seguro de que preferiré hablar con usted de cualquier tema que guste.

Henrietta sonrió.

—Pero me ha dicho usted que se

llama Henrietta —dijo William—, tenía entendido que la esposa de Robert se llamaba Lidia.

Henrietta no pudo disimular su turbación.

—Discúlpeme, por favor, soy un estúpido —dijo—. Si mi madre estuviese aquí me daría un buen sopapo.

Henrietta volvió a sonreír.

—Tranquilo. Lidia es mi hermana, ella fue la prometida de Robert, pero finalmente tuvo que conformarse con la hermana fea —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues si usted es la hermana fea, Lidia debe ser una autentica diosa —dijo William haciendo que Henrietta se ruborizase.

—John, el señor Harvey se quedará a comer —dijo Henrietta cuando entraron en la casa.

—Señor Harvey, bienvenido, le esperábamos —dijo el mayordomo saludándole.

Henrietta miró a John sorprendida.

—Pensé que el señor se lo habría dicho —dijo.

—¿Está Robert? —preguntó William.

—Ha llegado hace cinco minutos —respondió el mayordomo—, está en la terraza de la alondra.

—Gracias, John.

Cuando el mayordomo se alejó Henrietta se volvió a su invitado.

—Me imagino que conoce la casa —dijo y William asintió—. Entonces no le importará ir usted mismo hasta la terraza, yo tengo que hacer algo...

—Tranquila, no quiero entretenerla —dijo William y con un saludo de cabeza se dirigió a buscar a su amigo.

Henrietta no se veía con fuerzas de presentarse ante Robert en ese momento.

—Ya he conocido a tu esposa. — William habló desde la puerta de la terraza.

—¡William! —exclamó Robert y ambos hombres se abrazaron—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo también me alegro, hombre

casado —dijo William sentándose en la butaca que su amigo le había señalado.

—Así que ya conoces a mi esposa —dijo Robert.

—Pues sí, y quiero que me expliques qué narices le has hecho para que estuviese en medio del bosque llorando como un alma en pena.

Robert frunció el ceño desconcertado.

—¿Henrietta estaba llorando? —dijo muy serio.

—Sí, con muchas ganas y seguro que era por tu culpa —dijo William.

—¿Qué te dijo? —preguntó interesado.

—Nada, se limpió las lágrimas para que no la viese y trató de disimular,



pero tiene los ojos hinchados. De hecho estoy seguro de que no ha venido hasta aquí para que no te dieras cuenta.

Robert frunció más el ceño.

—Esta mañana en el desayuno estaba perfectamente —dijo.

—Pues algo ocurrió después de eso, porque te aseguro que lo que yo vi en el bosque no fue una feliz recién casada.

Robert apartó la mirada y la fijó en el horizonte.

—¿Quieres hablar de este matrimonio, Robert?

—Debía casarme con su hermana —dijo—. Pero se escapó con otro.

William abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin hablar.

—El padre murió de un infarto y su madre y ella quedaron en la miseria. Se casó conmigo por mi dinero —dijo.

—Solo he estado una hora con ella, pero no me ha parecido una mujer que se casaría por dinero.

Robert se volvió hacia él y su expresión era irónica.

—¿Tienes mucha experiencia con mujeres, William? —preguntó Robert —. Me refiero a mujeres decentes.

Su amigo soltó una carcajada y movió la cabeza.

—Bueno, hálbame de ti, ¿cómo estás?

## Capítulo 20

Henrietta entró en su habitación y se quitó la ropa, quería darse un baño para relajarse antes de enfrentarse a su marido.

—¿Necesita algo? —preguntó Lisa entrando en el cuarto.

—Quiero darme un baño —respondió Henrietta—. Esta tarde iré a tomar el té con lady Williams.

—¿Qué vestido quiere que le saque? —preguntó Lisa antes de entrar

en el cuarto de baño.

—El azul y negro —dijo Henrietta quitándose las horquillas del pelo.

Cuando Lisa tuvo el baño listo, Henrietta le pidió que la dejase sola, quería relajarse y no podía hacerlo con la doncella paseándose por la habitación y dándole conversación.

Se recostó en la bañera y cerró los ojos. El agua caliente con el aroma de lavanda que Lisa había esparcido, tuvo un efecto calmante en su ánimo.

—Lisa, todavía no te necesito —dijo al oír abrirse la puerta.

—Si hubiera sabido esto habría subido antes.

La voz de Robert hizo que se incorporara sobresaltada.

—Mmmm —dijo él mirando sus turgentes pechos saliendo del agua.

Henrietta se cubrió inocentemente con las manos, a pesar de que él la veía desnuda todas las noches. Robert sonrió con ternura ante aquel gesto.

—Necesito un poco de intimidad —dijo, molesta.

—¿Conmigo? —preguntó él.

—Sola —respondió ella, aunque no hacía falta.

Robert se acercó, se agachó junto a la bañera y la miró fijamente a los ojos.

—Siento la discusión. Y a partir de hoy tienes mi permiso para escribir sobre lo que quieras, siempre que nadie más que yo lo lea.

Henrietta frunció el ceño

desconcertada.

—No quiero hacerte llorar —dijo bajando la mirada y recorriendo con ella todo su cuerpo desnudo bajo el agua—. Se me ocurren muchas cosas que querría hacerte, pero llorar no es una de ellas.

Henrietta comprendió que William le había contado que la había visto. El motivo por el que lloraba se hizo de nuevo presente y sintió que el asco la inundaba de nuevo. La mirada de desprecio que apareció en sus ojos no pasó desapercibida para Robert que se apartó instintivamente como si le hubiesen golpeado.

—¿Podrías dejarme sola, por favor? —dijo con frialdad.

Robert se puso de pie sin dejar de

observar aquella mirada. Frunció el ceño desconcertado y sin decir nada más caminó hasta la puerta y salió. Allí ocurría algo que se le escapaba y tendría que averiguarlo.

—Mi padre está teniendo algunos problemas con sus trabajadores — explicaba William durante la comida—. Algunos cabecillas intentan promover la huelga. Por suerte los capataces respetan a mi padre y hasta el momento han sido capaces de controlar la situación.

—Eso suena peligroso —dijo ella interesada.

—Puede llegar a serlo si se ponen de acuerdo y paran la fábrica — respondió William.

—Sobre todo porque se puede generar un efecto en cadena que arrastre a otras fábricas del ramo —dijo Robert mirando a su esposa, preocupado.

No le había mirado ni una sola vez en toda la comida y era evidente que, aunque se mostraba amable y atenta con su invitado, no había cruzado ni una palabra con él, a propósito. Tampoco podía borrar de su cabeza la mirada que había visto en sus ojos, aquel desprecio le había hecho una herida a la que no veía justificación. Según avanzaba la comida, el trato que le dedicaba le ponía más y más de mal humor.

—¿Son diferentes las mujeres americanas? —preguntó Henrietta comiendo el postre.



William Harvey resultó ser un gran viajero y hablaba de su anterior viaje a Nueva York.

—Sí —respondió William—, no solo en su manera de vestir también en su forma de comportarse. Son más relajadas, no están tan pendientes de lo que los demás esperan de ellas. Por ejemplo, en su forma de comer y beber.

—¿No comen igual que todo el mundo? —preguntó Henrietta divertida.

—Sí, pero no se preocupan de si comen o beben mucho o poco. Pueden tomarse cuatro y cinco copas de vino sin importarles lo que los demás opinen de ellas.

—¡Jajajajaja! —se echó a reír Henrietta—. Aquí no pensarían nada

bueno.

—¡Exacto! —dijo William y al mirar a Robert reconoció en su mirada que estaba molesto—. ¿Tú qué opinas, Robert?

—Pues que esas mujeres son unas frescas —dijo muy serio.

—Por suerte para ellas no son inglesas —dijo Henrietta con una sonrisa envenenada—, y probablemente nuestra opinión les traiga sin cuidado.

Robert levantó una ceja con cinismo.

—Por suerte para mí, tú sí eres inglesa —dijo.

Henrietta se mordió el labio y no dijo nada, no quería quedar en evidencia delante de su invitado.

—¿Más té, lady Henrietta?

Anne sonreía a su invitada mientras le servía una segunda taza de té. Había dispuesto una mesa exquisita con toda clase de dulces especialmente preparados para ella, le había dicho.

—Está todo delicioso, lady Anne.

—¿Qué te parece si empezamos a tutearnos? —dijo su anfitriona—. Al menos cuando estemos a solas y lejos de nuestros aburridos maridos.

Sonrió divertida, con aquella expresión pícara que a veces tenía en sus ojos azules.

—Aunque tú eres una recién casada y las recién casadas no se aburren —

sonrió—. ¿Robert te deja dormir?

Henrietta enrojeció sin poder controlarlo y Anne Williams se echó a reír.

—Ya veo que no —dijo—. Después te daré un aceite milagroso que hará que las noches intensas sean menos... irritantes para tus zonas íntimas. Lo hacen especialmente para mí. Aunque últimamente ya no lo utilizo tanto.

Henrietta no sabía para donde mirar y cogió otro pastelito para estar ocupada.

—Al principio gastaba botes y botes, el boticario no daba a basto con mis pedidos. —A lady Anne le divertía la timidez de su amiga—. Con el tiempo

pierden el ansia, ya lo verás. ¿Cuántas veces lo hacéis en una noche?

Henrietta no pudo más, soltó la pasta y miró a lady Anne completamente roja.

—No me gusta nada hablar de estos temas —dijo.

—Querida, no te preocupes, lo comprendo. Ya sé que soy un poco descarada, pero no creas que tengo mala fe. Es que me inspiras confianza, me siento cómoda contigo y las mujeres necesitamos poder hablar con alguien. Ojalá alguien me hubiese hablado de esto a mí aquellos primeros días. ¡Ni siquiera sabía cómo era un hombre desnudo! —exclamó.

Henrietta vio por su expresión que

era sincera y se relajó un poco.

—Yo tampoco lo sabía —dijo tímidamente.

—La primera vez que mi marido... bueno, ya me entiendes, la primera vez me dolió muchísimo. Me asusté tanto que cuando dos horas después volvió a ponerse sobre mí, temblaba como una hoja y no podía dejar de llorar —dijo con tristeza—. Mi esposo me susurraba que era por mi bien, que cuanto más lo hiciese menos me dolería.

Lady Anne cogió un pastelito y le dio un pequeño mordisco.

—La verdad es que era cierto, con el tiempo no duele —dijo.

—¿Y te gusta? —preguntó Henrietta arrepintiéndose en cuanto

escuchó que lo había dicho en voz alta.

—¿Gustarme? —preguntó lady Anne frunciendo el ceño—. ¡Lo detesto!

Henrietta bajó la mirada y agradeció que la criada de la señora Williams entrase en el salón para preguntarles si necesitaban algo más.

—Nada, querida, puedes seguir con lo que estuvieses haciendo —dijo su señora.

Cuando la puerta se cerró, lady Anne sonrió y cogió la mano de Henrietta con un gesto de complicidad.

—Pero no te preocupes, te contaré un secreto para que puedas librarte de su acoso nocturno cuanto antes —dijo—. Debes buscarle una criada, una jovencita dispuesta a todo. Ella se

encargará de satisfacer sus necesidades físicas y a ti te dejará en paz.

Henrietta empalideció.

—No pongas esa cara. ¿Cómo crees que lo solucionaban antes de estar casados? Siempre lo han hecho con las criadas.

Henrietta sintió que se le cerraba el estómago.

—Bueno, vamos a dejar de hablar de este tema, creo que para una primera visita ya está bien —dijo lady Anne con la sensación de que su nueva amiga no podía con tanta información—. Hablemos de esa fiesta para Marjorie. Yo puedo ayudarte también con eso. Creo que lo más divertido sería una *Fancy dress party*. Las mías son muy



comentadas y nadie quiere perderse ninguna.

Henrietta había oído hablar de esas fiestas, pero nunca había asistido a una. Se trataba de que todo el mundo fuese vestido de un personaje histórico, una época...

—¿No será muy complicado organizar algo así para mi primera vez? —preguntó Henrietta despojándose de toda afectación.

—En realidad es una fiesta como otra cualquiera, lo que la hace diferente no tiene nada que ver con la organización, sino con los invitados. A todo el mundo le encanta y planean sus trajes con mucho interés —explicó lady Anne—, el único problema es que

deberás dejarles tiempo para que puedan hacerse sus trajes.

—No creo que tengamos mucho tiempo, Marjorie debería venir a casa cuanto antes —dijo Henrietta.

—Pues entonces la *Fancy dress party* queda descartada —afirmó lady Anne—. Quizá, más adelante.

Henrietta asintió.

—Bien —siguió lady Anne—, entonces un baile. Tienes que hacer una lista de invitados, poniendo buen cuidado en no dejarte a nadie. Si quieres yo puedo ayudarte haciendo una de imprescindibles, personas a las que no deberías olvidar y luego tú añades en esa a todo aquel que te gustaría que asistiese y no aparezca en ella.

Henrietta asintió.

—También te daré algunos menús de los últimos bailes que he organizado, para que tu cocinera elabore algo nuevo basándose en mi experiencia —siguió relatando su invitada—. En cuanto a la ropa, tú debes vestirme con colores sobrios para no destacar por encima de tus invitadas.

—Por supuesto —respondió Henrietta rápidamente.

—Muy bien. También te recomendaré a los músicos y si necesitas más personal para el servicio puedo prestarte parte del mío.

—Muchísimas gracias, Anne —dijo Henrietta sinceramente agradecida.

—Sé que vamos a ser buenas

amigas —dijo la dama, con una dulce sonrisa—. Ahora disfrutemos del té sin hablar de fiestas ni de maridos. Solo de nosotras.

## Capítulo 21

Cuando Henrietta regresó a casa se fue directamente a su habitación para cambiarse de ropa y relajarse antes de la cena. Cuando Lisa tocó a su puerta anunciándole que ya estaba servida se había adormilado sobre las sábanas y se excusó diciendo que no tenía hambre.

Sintiéndose más tranquila al saber que no vería a Robert durante un buen rato se levantó y comenzó a desvestirse para ponerse el camisón. Quería hablar

con él esa noche e imponerle una serie de condiciones para seguir con aquel matrimonio. Aunque se sentía incapaz de sacar el tema de Mary. A pesar de que Anne Williams le hubiese demostrado que para ellos eso era algo normal, no podía aceptarlo.

Se estaba cepillando el pelo cuando Robert entró en la habitación.

—Me han dicho que no vas a cenar —dijo cerrando tras él y con cara de pocos amigos.

—No tengo hambre —respondió su esposa—. He comido muchas pastas en casa de los Williams y me han quitado el apetito.

Robert frunció el ceño mirándola con intensidad. Henrietta sentía su

presencia, su mirada clavada en ella, pero seguía cepillándose el pelo como si él no estuviese.

—No puedes estar sin comer, desde que nos casamos has perdido peso —dijo preocupado.

—Supongo que esa es otra de las tareas de un marido, asegurarse de que su esposa no muera de inanición.

Robert se acercó a grandes pasos y le quitó el cepillo de la mano lanzándolo al suelo, después la agarró por el brazo y la obligó a levantarse y a mirarle.

—Merezco más respeto —dijo entre dientes.

—¡Suéltame bruto! —exclamó ella apretando los dientes para aguantarse las lágrimas.

—¿Que te suelte? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme?

—¿Yo no te respeto? —dijo Henrietta recuperando el control—. ¡Tú me has ofendido haciéndome cosas que ningún caballero haría a una dama!

Robert la soltó y se puso las manos en la cintura tratando de calmarse. Observó la línea de su cuello y bajó por toda su anatomía sintiendo que la excitación crecía incombustible. Cada vez le ocurría más a menudo cuando estaba con ella.

—¡No me mires así! —exclamó ella.

Robert frunció el ceño.

—¿Así cómo? —preguntó cansado.

—¡Cómo si fueses a devorarme! —



dijo asustada.

Su esposo negó con la cabeza.

—Esto es insoportable —dijo.

—Está bien —dijo Henrietta tras unos segundos—. Me obligaste a casarme contigo. Yo no te gustaba, tú no me gustabas y aún así me obligaste para vengarte de mi hermana. No quiero dormir desnuda cada noche junto a ti en tu cama y no soporto que me toques.

Robert empalideció ante aquel arrebato.

—¿Cómo te atreves? —dijo.

—Podemos seguir casados si eso es lo que deseas, pero quiero que duermas en otra habitación —dijo sin darse cuenta de que se estaba acercando peligrosamente al precipicio.

—¿Quieres ponerme en evidencia delante de los criados? ¿Que sepan que no he consumado el matrimonio? — Robert trataba de mantener la calma.

—Está bien, puedes dormir aquí — dijo ella como si estuviese dando muestras de una gran generosidad—. Pero no volverás a tocarme y no dormiré desnuda.

En ese momento Robert Worthington hizo algo que dejó a su esposa completamente descolocada y sin saber cómo reaccionar. Caminó hasta la cama y se sentó en ella agotado. Se inclinó, apoyó la cabeza en sus manos y durante unos minutos permaneció así, en silencio, pensando en quién sabe qué.

Henrietta le observó con un

sentimiento que le nacía en el pecho y crecía por momentos sin que pudiese hacer nada para impedirlo. Apretó sus manos que querían abrazarle e inmovilizó sus pies que deseaban llegar hasta él. Se mantuvo firme a pesar de aquellas traidoras emociones, esperando hasta que Robert levantó la cabeza y la miró.

—Está bien —dijo poniéndose de pie—. Se hará como tú quieres.

Y sin decir nada más salió de la habitación.

Cuando escuchó el carruaje, Henrietta se acercó a la ventana y después salió de la salita en la que había

pasado la mañana escribiendo. Fue hasta la entrada para recibir a Robert y a su hermana Marjorie.

La señorita Worthington bajó de la calesa y miró a su cuñada con una enorme sonrisa. Se acercó a ella y le hizo una pequeña reverencia.

—Bienvenida a tu casa, querida Marjorie —dijo.

—Gracias, lady Henrietta —dijo la joven con timidez.

—Llámame solo Henrietta, por favor —dijo con cariño—. Espero que la habitación esté a tu gusto, pero de no ser así no tienes más que decirlo y se harán los cambios que desees. Esta es tu casa tanto como de tu hermano.

Marjorie sonrió abiertamente y se

lanzó a sus brazos.

—Temía que fueses diferente —  
dijo.

Henrietta sonrió, sorprendida por aquel gesto y la abrazó también.

—¿Diferente? —preguntó cuando se apartó y pudo volver a mirarla a los ojos.

—No sé, antipática —dijo la jovencita volviéndose a mirar a su hermano.

—Me ha hecho toda clase de preguntas —dijo Robert riendo—. Creo que no he sido muy sincero con ella.

—Me lo imagino —dijo Henrietta cogiéndola de la cintura y entrando en la casa.

—Siempre soñé con tener una

hermana —dijo Marjorie.

—Pues ya la tienes —respondió Henrietta.

Robert las observó entrando tras ellas y una cálida sensación se hizo sitio en su pecho.

—William, te presento a mi hermana —Robert hizo los honores mientras Henrietta observaba atenta—. Este es mi querido amigo William Harvey.

—Encantado de conocerte, Marjorie —dijo William.

—Un placer —dijo ella.

—Enseguida pasaremos al comedor —dijo Henrietta—, pero mientras esperamos cuéntanos qué tal el viaje, Marjorie.

—Aburrido —dijo la joven—. No me gusta mucho estar sola y viajando es aún más desagradable. Hasta que llegó Robert, claro, después me lo he pasado muy bien. No sabía que tenía un hermano tan divertido.

—La comida está servida —dijo John entrando en el salón.

—Hemos pensado prepararte una fiesta —dijo Henrietta cuando sirvieron el segundo plato—. ¿Te gustaría?

Marjorie frunció el ceño y se lo pensó antes de contestar.

—No estoy segura, nunca he asistido a ninguna —dijo.

—Pues básicamente una fiesta es una reunión con mucha gente a la que

tienes que conocer —explicó William—, con mucha comida y bebida y en la que se suele hacer ejercicio bailando.

—No queremos obligarte a nada, si no te apetece no habrá fiesta —dijo Henrietta sonriendo a la joven.

—Henrietta ha trabajado mucho estos días para prepararlo todo —intervino Robert.

—¡Oh, perdona, hermana! —dijo Marjorie con cara de pena—, no quiero ser desagradecida. Estaré encantada de que des esa fiesta. Siento haberte causado tantas molestias.

—Ninguna molestia, querida, es un placer tenerte aquí —dijo ella—. Si quieres puedes ayudarme con los preparativos, así todo será a tu completo



gusto.

—¡Oh, sois maravillosos! —dijo mirando a su hermano con sincero agradecimiento—. Gracias por recibirme así. ¡Y gracias por casarte con ella!

—¡Jajajajaja! —rió Robert—. Deberías darle las gracias a ella, después de todo es la que sale perdiendo con nuestro pacto.

Henrietta no levantó la vista de su plato para que nadie pudiese ver su mirada. Sabía perfectamente a qué se refería con aquella frase y sin saber por qué sintió una profunda tristeza que le atenazaba la garganta. Ahora dormían en la misma cama, los dos con ropas y él no se acercaba a ella ni la tocaba.

—Marjorie —dijo mirando a su recién conocida hermana—, ¿montas a caballo?

La joven asintió con entusiasmo.

—Sí, y no lo hago mal —dijo.

—Pues si quieres después de comer podemos dar un paseo juntas y así me cuentas cosas del internado.

En el rostro de la joven se hizo patente la melancolía.

—¿Has dejado a muchas amigas allí? —preguntó Henrietta con gran sensibilidad.

Marjorie asintió con la cabeza.

—Voy a echarlas tanto de menos —dijo—. Durante todos estos años ellas fueron mi única familia.

Henrietta la miró con ternura.

—Trataremos de que te sientas feliz entre nosotros —dijo sonriéndole.

William se sorprendió al ver la mirada con la que Robert miraba a su esposa. Cualquiera habría dicho que estaba enamorado de la mujer con la que se había casado por conveniencia.

—Háblame de tus amigas —dijo Henrietta.

Tal como había propuesto la esposa de su hermano, después de comer salieron a dar un paseo a caballo las dos solas. Robert lo permitió porque sabía que Marjorie era un excelente amazona.

—Éramos un grupito de cuatro amigas que siempre lo hacíamos todo

juntas y fueron como mi familia durante todo el tiempo que pasé en el internado —dijo Marjorie—. Lucy es pequeñita y tiene unos rizos negros que son su calvario. Me adora. Catalina es la mayor de las cuatro, tiene un año más que yo y es la más hermosa. Todas la adoramos.

Henrietta sonrió ante el modo en que se expresaba su joven cuñada.

—Jane es la más instruida de todas y eso que a mí me gusta mucho leer. Si mamá la hubiese conocido... Ella siempre decía que me dejaría los ojos en los libros. Pobre mamá... —susurró.

Henrietta vio su triste expresión y quiso apartar sus tristes recuerdos.

—¿Y la cuarta? —preguntó.

Marjorie la miró confusa, perdida en oscuros pensamientos. Hasta que recordó lo que le estaba contando.

—Sí, Ruth es la más divertida y alegre de todas y la que se preocupaba siempre por nuestro aspecto, porque luciésemos impecables.

Marjorie suspiró al recordarlas.

—¿Cuántos años has estado en ese internado? —preguntó Henrietta.

—Seis años, desde que cumplí los diez.

Henrietta asintió.

—Nos hicimos amigas desde el principio. Ellas ya estaban allí cuando yo llegué y fueron como las hermanas que no tuve. ¿Tú tienes hermanos?

Henrietta asintió de nuevo.

—Una hermana, Lidia —dijo, observando su expresión para averiguar cuánto sabía de la historia de su hermano.

—¿Podemos ir a verla? ¿Es mayor que tú? —preguntó dejando claro que no sabía nada.

—Es menor, y no, no podemos ir a verla porque vive en Australia con su marido —dijo Henrietta sonriendo.

—¡Qué pena! ¡Cómo me habría gustado conocerla!

—Estoy segura de que os llevaríais muy bien. Lidia también es alegre y divertida, nadie se aburre nunca a su lado —dijo Henrietta melancólica.

—¿La echas mucho de menos? —dijo Marjorie—. Tranquila, yo seré tu

hermana desde hoy.

La ternura y dulzura de la adolescente robó el corazón de Henrietta, necesitada como estaba de cariño.

—Estoy segura —dijo.

## Capítulo 22

Henrietta miraba nerviosa por la ventana. Los invitados empezarían a llegar y Robert aún no había aparecido. Marjorie entró en su habitación.

—¡Mira mi vestido, Henrietta! ¿No crees que es el más bonito del mundo?

—¡Estás preciosa, Marjorie! —sonrió feliz.

La joven se lanzó a sus brazos como tenía por costumbre hacer a menudo.



—Gracias, gracias por hacer esto por mí. ¿Dónde está Robert? ¿Y William? No los encuentro por ningún lado —dijo separándose para mirarla.

—Llegarán enseguida, no te preocupes.

—Estoy tan nerviosa —dijo la joven—. No recuerdo haberlo estado nunca tanto.

La expresión de Marjorie cambió de repente y Henrietta supo que se acordaba de su madre. Siempre ponía esa expresión cuando se acordaba de ella.

—Me gustaría tanto que estuviese aquí —dijo—. Ella te habría gustado mucho.

—Estoy segura —dijo Henrietta.

—Era una mujer muy triste, ¿sabes?  
La mujer más triste que haya visto  
nunca.

Marjorie cogió a Henrietta de la mano y la llevó hasta el sofá e hizo que se sentara junto a ella.

—Quiero contarte algo que no le he contado a nadie —dijo la joven—. Cuando mi madre se despidió, el día que me marchaba al internado me dijo algo que no he podido olvidar. Me dijo que nunca me casara si no lo hacía por amor, pero que sobre todo no me casara con un hombre al que le gustase beber. Me dijo que no estuviera triste si a ella y a mi padre les ocurría algo malo. Y me pidió que le dijese a mi hermano que la perdonase por todo el dolor.

Henrietta empalideció.

—Cuando ocurrió el accidente y murieron no pude evitar pensar que aquellas palabras habían sido una despedida. ¿Pero cómo podía ella saber lo que iba a ocurrir? —preguntó desconcertada.

Henrietta respiró hondo y trató de sonreírle.

—Es normal que pensemos cosas después de que ocurran hechos como estos. Pero está claro que tu madre no sabía lo que iba a ocurrir, lo que pasaba es que sentía la fatalidad de las madres que se alejan de sus hijos. Siempre piensan que no van a volver a verles.

Se puso de pie y le hizo un gesto a Marjorie para que la imitase.

—Y ahora vamos a bajar para recibir a tus invitados, que están a punto de llegar.

Cuando Robert y William llegaron el baile ya se había iniciado. Marjorie no dejaba de apuntar los nombres de los jóvenes que querían bailar con ella. Henrietta la seguía a todas partes y la vigilaba mientras bailaba, asegurándose de que todo era correcto.

—Marjorie, acompáñame, han llegado más invitados —dijo Henrietta cuando acabó uno de los bailes.

La joven asintió, se sentía tan feliz que no podía dejar de sonreír. Cuando llegó al hall y vio a sus amigas lanzó una

exclamación de júbilo. Robert y William habían ido al internado a buscarlas. Henrietta había solicitado permiso a sus familias para que las dejaran asistir al baile.

—Estas son Jane, Lucy, Catalina y Ruth —dijo presentándolas—. Esta es Henrietta, mi hermana.

—¿Quién será la primera en bailar conmigo? —dijo William haciendo una reverencia.

Las jóvenes se echaron a reír y después de saludar a la anfitriona se unieron a la fiesta.

—Parece contenta —dijo Robert—. Siento que nos retrasáramos, hubo un pequeño problema con la directora, al parecer creía que tenía más autoridad

que las familias para decir si era adecuado que viniesen a una fiesta.

—Siento oír eso, pero me alegro de que finalmente consiguieras traerlas —dijo Henrietta sonriendo.

En ese momento se acercaba Mary con una bandeja de emparedados fríos para el bufete. La sirvienta saludó al matrimonio y Henrietta empalideció al ver que Robert la seguía con la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert al captar su fría mirada.

—Deberíamos atender a nuestros invitados —dijo ella apartando el brazo con brusquedad.

—¿Qué he hecho para que me mires de ese modo? —insistió él cortándole el paso.

—No has hecho nada, pero te ruego que me dejes volver con nuestros invitados antes de que se fijen en nosotros.

—¡Estáis aquí! —Oyeron la voz de lady Margaret tras la espalda de Robert—. En mis tiempos era de mala educación que los anfitriones se ausentasen del salón de baile, pero está claro que los tiempos cambian.

Robert se volvió muy despacio e hizo una reverencia a su suegra.

—Discúlpeme, acabo de llegar y mi esposa me ponía al tanto de algunos asuntos domésticos. —Tomó la mano de lady Margaret y la besó con delicadeza—. Espero que sabrá perdonarme.

—Querido Robert, eres todo un

caballero. Mi hija no ha tenido a bien explicarme dónde estaba su marido a pesar de que hace rato que estoy aquí y que había preguntado por ti en varias ocasiones.

—No podía decírtelo, mamá, todas las veces que has preguntado me encontraba acompañada de Marjorie y era una sorpresa para ella —dijo Henrietta tratando de justificarse frente a su madre, aunque sabía que era inútil todo lo que dijese para su descargo.

—Habíamos ido a buscar a sus amigas al internado —aclaró Robert—. Después de tantos años juntas, Marjorie las va a echar de menos y Henrietta tuvo la generosa idea de que las trajésemos para el baile.



—Me alegra ver que mi hija se preocupa por su nueva familia mucho más que por la propia. Desde la boda tan solo ha venido a visitarme siete veces —dijo lady Margaret—. Si su padre levantara la cabeza...

—No sea tan dura con ella —intercedió Robert—. Worthington Hall exige mucha atención y cuidado, su hija es una mujer muy ocupada.

—Claro, claro. Pero cuando viene a verme se pasa la tarde leyendo esas revistas feministas...

Henrietta empalideció cuando Robert se volvió a mirarla.

—¿Qué revistas? —preguntó mirando de nuevo a lady Margaret.

—Se piensa que yo soy tonta y no

me doy cuenta, pero sé perfectamente que son revistas de sufragistas y mujeres que reniegan de su condición. Robert, no me gusta meterme en la vida de los matrimonios, pero creo que deberías atar corto a tu mujer si no quieres tener un disgusto.

—Será mejor que volvamos a la fiesta —dijo Henrietta agarrando a su madre del brazo ante la mirada severa de su marido.

Cuando entraron en el salón acompañó a lady Margaret hasta uno de los sofás para que se sentara, después de que la mujer se hiciese con un platito de pasteles para entretenerse mientras observaba a los que bailaban.



## Capítulo 23

Henrietta se paseaba por la habitación saludando a sus invitados mientras evitaba a su esposo. Finalmente él la interceptó dispuesto a sacarla a bailar.

—Debo atender a nuestros invitados —dijo fingiendo una sonrisa delante de los Williams con los que hablaba en ese momento.

—Estoy seguro de que a Anne y Brandon no les importará que baile con mi esposa una pieza —dijo Robert

insistiendo.

Henrietta tuvo que dejarse llevar hasta el centro de la pista de baile y su marido la agarró con firmeza de la cintura cuando empezó el vals. Henrietta no se sorprendió del dominio que Robert tenía del baile. Lo había comprobado el día de la boda y no lo había olvidado. La llevaba por la habitación en una coreografía perfecta, haciendo que fuesen el centro de atención de todos los invitados. Pronto Henrietta se olvidó de todo lo que no fuesen los ojos de su marido, y la música.

Robert avanzó la mano por su cintura acercándola más a él. Su mirada era intensa y aunque sabía que le estaba

hablando con ella, Henrietta no podía aceptar lo que le decía. No podía dejarse embaucar, no era tan estúpida. Apartó la mirada y sintió cómo los dedos de Robert apretaban su espalda, pero ignoró su llamada y siguió mirando al vacío.

—¿Qué opinas de lo que dice tu madre? —susurró—. ¿Crees que tendré que atarte en corto?

Henrietta le miró desafiante.

—No lo creo —dijo.

Él no pudo evitar una sonrisa fruto de la sorpresa.

—Hay que reconocer que tienes valor —dijo, a lo que ella no respondió.

Cuando terminó el baile Henrietta se excusó con su esposo. Su madre había

conseguido que Marjorie se sentase junto a ella en el sofá y temió lo que pudiese estar diciéndole. Así que se acercó a ellas, sin darse cuenta de que Robert la seguía.

—Mi pequeña Lidia es una mujercita encantadora, no se parece en nada Henrietta —decía en ese momento. Levantó la mirada al ver llegar a su hija mayor—. ¿Verdad Henrietta que Lidia es preciosa?

—Sí, mamá —dijo Henrietta sintiéndose especialmente triste.

Estaba acostumbrada a que su madre alabase a su hermana contraponiéndola siempre a ella misma, lo tenía interiorizado y no recordaba cuándo dejó de afectarle. Por eso sabía

que aquella tristeza nada tenía que ver con eso.

—Está casada con lord Roswell, un importante diplomático, embajador de la reina en aquellas lejanas tierras — siguió contando lady Margaret a las jovencitas que la escuchaban con interés —. Y ella es ya la mujer más solicitada por la alta sociedad, al parecer no hay fiesta a la que no la inviten.

Lady Margaret sonrió satisfecha, pero hizo una mueca al reparar en la expresión de su hija mayor.

—Henrietta, hija, no te mortifiques, para lo que tú eres has conseguido una posición de lo más comfortable —dijo para escarnio público de su hija.

Henrietta empalideció y se agarró



las manos que habían empezado a temblarle. Mantuvo la compostura y una expresión indiferente a pesar de que el pecho le estallaba de dolor.

Henrietta entró en su habitación y se sentó en el tocador. Estaba agotada, pero sabía que su agotamiento era más emocional que físico. Se había esforzado tanto en que todo fuese perfecto que apenas había comido ni bebido nada, pero era una mujer fuerte, siempre lo había sido y no era la primera vez que pasaba horas sin probar bocado. Lo que la afectaba de verdad era lo que sabía sin que nadie se lo hubiese dicho: que su marido se

acostaba con una criada y que esa criada estaba embarazada. Se quitó los pendientes y los dejó en el joyero.

Que su madre la hubiese puesto en evidencia demostraba la baja opinión que tenía de ella. Y si su madre, que se supone que es la persona que más debía quererla, tenía una opinión tan pobre de su hija, ¿qué podía pensar un marido que creía que era fea y aburrida?

¿Qué pensaría Marjorie después de esa noche? Cerró los ojos para no verse en el espejo. Lo más terrible fue cuando sorprendió a Robert hablando con Mary, la criada, en el hall de la mansión. Parecía enfadado y la pobre Mary tenía la cabeza agachada y aguantaba la reprimenda sin decir nada.

Se soltó las horquillas y deshizo su recogido. Cogió el cepillo y comenzó a pasarlo por sus cabellos con rabia. La puerta se abrió y entro Lisa que rápidamente corrió a relevarla de su tarea.

—Déjeme a mí, señora —dijo cogiendo el cepillo.

Henrietta la dejó hacer y trató de relajarse, pero entonces entró Robert.

—Lisa, déjanos por favor —ordenó—. La señora no te necesitará ya hasta mañana.

Henrietta respiró hondo y se tragó las ganas de protestar. «Una mujer no protesta ante una orden de su marido», se dijo. Cuando Lisa hubo salido de la habitación Robert se acercó a su esposa.

—No volverás a ir a casa de tu madre —dijo rotundo.

Henrietta se volvió a él sobresaltada.

—No permitiré que todo el mundo sepa que mi mujer es una sufragista.

Abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué? —preguntó.

—Ya me has oído. Tu madre no es capaz de guardar un secreto. Hoy me lo ha dicho a mí, a pesar de que seguro que le dijiste que me lo ocultase. A saber a quién más se lo habrá contado...

Henrietta se puso de pie.

—No le dije que te lo ocultase. No hablo de ti cuando voy a visitarla —dijo.

Robert la miró muy serio.

—No volverás a ir y se acabó la discusión —dijo.

Su esposa volvió a sentarse y apoyó la cabeza en sus manos. Robert la observó con una punzada de culpa.

—Tú no lo entiendes, pero si nuestros amigos descubriesen esas lecturas y esas ideas que escribes te darían la espalda —dijo.

Henrietta no contestó. Se levantó de la silla y fue hasta la cama para coger el camisón que descansaba sobre la colcha y, como hacía cada noche desde que hicieron su pacto, se desnudó y se lo puso.

—Todavía no has dicho que me harás caso —dijo Robert quitándose la camisa sin dejar de mirarla.

Los ojos de Henrietta estaban tan cargados de dolor que él sintió que le estrujaban las entrañas.

—No volveré a leer esas revistas. Cancelaré todas mis suscripciones, tranquilo. Pero no es necesario que me prohíbas visitar a mi madre. Ella no tiene la culpa —dijo.

—No quiero que la veas —insistió—. No me gusta cómo te trata. No me gusta que te humille.

—Es mi madre —dijo ella como si eso lo explicase todo—. Igual que tú eres mi marido. Eso es lo que hacemos las mujeres, dejar que nos humillen. Porque somos seres inferiores a los que se puede humillar y avergonzar.

Robert la miró, dolido.

—Yo no te he humillado jamás —  
dijo.

Henrietta apartó la mirada para que no viese que sus ojos se llenaban de lágrimas. Su esposo frunció el ceño desconcertado.

—¿Cuándo te he humillado? —  
preguntó.

Ella miró hacia la cama.

—¿Crees que eso era humillarte?  
—dijo incrédulo—. ¿Darte placer sin pedir nada a cambio te parece que es humillarte?

Ahora fue Henrietta la que se sintió desconcertada.

—¿Eres consciente de lo que supone para mí hacer algo así? ¡Soy un hombre! ¡Tengo necesidades! —

exclamó.

—Seguro que encuentras otro modo de satisfacerlas —dijo pensando en Mary.

Robert frunció el ceño y apretó los dientes.

—¿De qué estás hablando? —dijo al fin.

—No quiero hablar de esto, es demasiado humillante —dijo ella alejándose de él.

Robert se interpuso en su camino hacia la cama.

—Explícame de qué me acusas —dijo rotundo.

Henrietta trató de sortearle, pero él no se lo permitió. Soltó el aire de golpe, estaba emocionalmente agotada y no



quería seguir con aquel estúpido juego.

—Sé lo que has estado haciendo con Mary, sé que la has dejado embarazada y que la trajiste aquí para... bueno, para tenerla cerca —dijo.

Robert empalideció y eso fue como una confesión para ella.

—Sé que eso es lo que hacéis los maridos, pero me repugna y me resulta insoportable —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Y te pediría que por favor aprendas a satisfacer tus bajos instintos fuera de nuestra casa.

—¿Me estás acusando de acostarme con una criada y dejarla embarazada? —preguntó atónito—. No imaginaba que tenías una opinión tan elevada del hombre con el que te

casaste. No entiendo cómo has podido meterte en la misma cama que yo, pensando así.

Henrietta le miró furiosa.

—¿Vas a negarlo? Entre tus muchas virtudes tendré que añadir la cobardía —dijo ella.

Robert apretó los labios bufando por la nariz.

—Si fueras un hombre te partiría... —no acabó la frase, aunque su amenazante expresión hablaba por él.

Henrietta se estremeció de miedo, pero lejos de callarse aquella emoción injusta desató su lengua.

—Tranquilo, hablé con Mary y no dirá nada. He ordenado que busquen una casita en el campo para ella y su

criatura. No les faltará de nada a ninguno de los dos. Incluso podrás visitarlos si así lo deseas, lejos de miradas indiscretas —dijo—, y sobre todo lejos de esta casa.

Robert la agarró del brazo y la atrajo hacia él. Su cálido aliento le hizo cosquillas en la nariz.

—Si estás intentando ofenderme, lo has conseguido —dijo entre dientes—. Aunque no sé qué es lo que he hecho para merecerlo.

Henrietta levantó la barbilla con altanería retándole con la mirada.

—¿Que qué has hecho? —dijo enfadada—. Me obligaste a casarme contigo. Y me has obligado a sentir... cosas.

Trató de apartarse de nuevo de él, pero Robert no se lo permitió.

—Y en caso de que buscase en otra cama, ¿acaso podrías acusarme? ¿No me niegas tú lo que por derecho me corresponde? —dijo agarrándola por los hombros.

—¡Lo reconoces! —exclamó ella con desprecio.

—¡Yo no he tocado a ninguna mujer más que a ti! —exclamó él con la voz contenida.

Henrietta se soltó apartándose hacia atrás, confundida.

—No soy el padre de ese niño —dijo él dolido.

Ella frunció el ceño sin querer dar crédito a sus palabras, pero convencida

de que decía la verdad.

—No puedo hablar de ello —dijo él—, pero te juro por lo más sagrado que jamás he tenido relaciones con Mary... ni con ninguna otra mujer.

—Mientes —dijo ella—. Eres un hombre experimentado, me hiciste cosas... —Henrietta no pudo terminar la frase y su rostro se tiñó de rojo por completo.

Robert sonrió.

—Mi espalda no era un espectáculo digno de ser mostrado —dijo—. Pero no te equivoques, aunque no he estado dentro de ninguna mujer, eso no significa que no haya sentido placer... y que no lo haya dado —dijo.

Henrietta notó que le costaba

respirar.

—Tu primera vez será también la mía —dijo él con la voz ronca.

## Capítulo 24

Después de unos segundos acercó su boca a la de ella y la besó. Rodeó su espalda con los brazos y la atrajo hacia él. Cuando se abrió paso con la lengua y comenzó a jugar con la de ella, sintió bajó la tela del camisón cómo los pezones de Henrietta se erizaban rozando la piel de su abdomen desnudo. Sin apartar la boca cogió la mano femenina y la metió dentro de sus pantalones apretando su miembro erecto

contra ella. Se separó un poco mirándola. Henrietta tenía los labios entreabiertos y el corazón le latía desbocado.

—Oblígame tú a sentir cosas — dijo el esposo sin dejar de mirarla—. Cógelo entre tus manos y hazme estallar de placer.

Robert gimió mientras su sexo palpitaba sobre la inocente mano de la inexperta Henrietta. Ella no se había dado cuenta de que él la había soltado y sin embargo su mano seguía aferrada a aquel mástil duro, aquella porción de carne caliente que su mano recorría con timidez e inexperiencia.

Cuando Henrietta sacó la mano de sus pantalones Robert gimió angustiado,



pero ella le empujó hasta la cama e hizo que se tumbase. Desabrochó los botones que oprimían su sexo y lo dejó expuesto frente a sus ojos. Las manos le temblaron cuando volvió a acariciarlo. Un extraño sentimiento de poder inundó su ser femenino, un poder absoluto sobre el hombre como tal. Lo tenía en sus manos, Robert se arqueaba y gemía a su contacto, daba y quitaba con libertad haciendo que él se estremeciese indefenso.

De repente Robert sujetó su muñeca y la miró intensamente a los ojos. Ella sintió que aquella mirada le cortaba la respiración. Asintió y lentamente se quitó el camisón dejándolo caer al suelo desde el borde

de la cama. Él se quedó quieto unos segundos, sin apartar la mirada de aquellos ojos.

—¿Me crees? —preguntó muy serio, incorporándose.

Henrietta estaba sentada sobre sus pies, con las manos apoyadas en sus muslos que rozaban las piernas masculinas.

—Sí, te creo —confesó.

—Esto será tan nuevo para mí como lo es para ti —dijo susurrando.

Henrietta se tumbó de espaldas en la cama. Él se puso de lado junto a ella y comenzó a acariciarla empezando por el cuello y bajando hacia sus pechos. No los tocó, tan solo pasó entre ellos y siguió bajando. Acarició su abdomen

plano y siguió por sus piernas esbeltas hasta llegar a los tobillos. Se bajó de la cama y se quitó la ropa, quedando tan desnudo como ella.

Henrietta lo miraba con el corazón latiéndole desbocado. No quería pensar en lo que iba a pasar, no quería tener miedo, pero las palabras de Anne resonaban en su cabeza y le aventuraban una experiencia nada agradable. Y mirando el miembro masculino, erguido y duro, temió que el dolor que le iba a producir sería insoportable.

Robert vio aquella expresión en sus ojos y se dijo que quizá aún no era el momento para ella. Pero su voluntad estaba completamente dominada por aquel sentimiento que encontraba su

epicentro en su sexo. Si hubiese seguido sus instintos se habría tirado sobre ella y la habría poseído sin tregua, pero se mantuvo inmóvil intentando dominar la tensión.

Subió de nuevo a la cama y se colocó junto a ella. Acercó su boca a los labios dulces y suaves de Henrietta.

—Enséñame a amarte —suplicó su esposa.

Él la miró con tal intensidad que le cortó las respiración.

—Bésame —le ordenó.

Ella lo hizo, nerviosa y tímida le rozó con los labios.

—Deja que tus instintos te guíen, no temas nada —susurró él—. Bésame como si quisieras devorarme.

Ella sintió una punzada en el centro de su sexo al oírle hablar así. Pegó su boca a la de su esposo y la abrió dejando que su lengua explorase. Poco a poco y sin darse cuenta se colocó a horcajadas sobre él. Se irguió mostrándose como una amazona salvaje, una diosa virgen henchida de pasión.

Robert se quedó sin respiración, verla en esa postura sobre él hizo que el deseo lo arrollase anegando su cerebro con la única idea de poseerla.

—¡Dios, déjame entrar! —susurró.

Henrietta sentía el miembro viril pegado a su propio sexo y se frotó sobre él dejando que sus propios líquidos lo lubricaran. Robert no pudo aguantarse y la tumbó en la cama colocándose sobre

ella. Se inclinó sobre uno de sus pezones y lo rodeó con sus labios. Jugó con su lengua y lo mordisqueó con suavidad. Henrietta se arqueó de placer, ofreciéndose. Robert se apartó para mirarla a los ojos mientras se colocaba en la entrada. De la mirada de su esposa había desaparecido todo temor y en su lugar el brillo de la pasión le instaba a avanzar sin pausa y adentrarse en aquel apretado túnel de placer.

Henrietta dobló las piernas y apoyó los pies en la cama mientras sentía la presión que ejercía el potente miembro masculino entre sus piernas. Lo sintió entrando lentamente y al principio el dolor pudo con el placer. Robert se paraba a intervalos, dando tiempo a sus

sexos a acomodarse el uno al otro, pero sin detenerse en su intento de llegar lo más adentro que pudiese. Cuando llegó al fondo se quedó quieto sin dejar de mirarla a los ojos. Ella respiraba con dificultad y una lágrima había caído sobre su pelo.

—¿Quieres que pare? —preguntó él sintiendo que se moriría si le decía que sí.

Henrietta levantó las piernas y le abrazó con ellas haciendo que él gimiese de emoción.

—Ya soy tuya —dijo.

Robert se apoyó en las manos y empezó a moverse dentro de ella, primero lentamente. Como una ola, se alejaba sin llegar a salir y volvía a

entrar como si solo quisiera acariciarla. Poco a poco ella se fue sintiendo cómoda, el dolor desapareció al tiempo que el placer aumentaba. Cuando empezó a gemir, él se vio espoleado como un caballo al que su jinete le exige que trote y después que galope. Sus movimientos se hicieron más rápidos, más agresivos, más profundos. Henrietta bajó las piernas y trató de incorporarse sin control, sentía que le explotaban las entrañas, quería fundirse con él y se agarró a su espalda cuando cayó sobre ella. Los latidos del miembro masculino se unieron a los suyos derramándose dentro de ella.



Estaba tumbada en la cama boca arriba mirando al techo. La respiración pausada y rítmica de Robert era como una suave melodía relajante, pero no lo suficiente como para que pudiese dormirse. Muy despacio bajó los pies de la cama, se puso las zapatillas, después fue hasta la butaca en la que había dejado su bata y se la puso cruzándola con el cinturón. Miró hacia la cama y luego a la mesita de noche. Le había visto quitársela noche tras noche y dejarla allí. Se acercó y con mucho sigilo cogió la llave y la apretó en su mano.

Salió de la habitación y cerró la puerta con mucho cuidado de no hacer ningún ruido que pudiese despertarle. La

casa estaba en un profundo silencio, todo el mundo dormía. Bajó las escaleras muy despacio, dándose tiempo para cambiar de opinión, avanzó hasta la mesita en la que había un candelabro y encendió la vela. Después caminó por el pasillo hasta la única puerta que tenía cerradura y metió la llave con cuidado. El corazón le latía desbocado cuando entró en aquel cuarto. Levantó la luz para que iluminase la estancia y se quedó sin habla.

El escritorio estaba hecho añicos en el suelo, por todas partes había objetos destruidos, aniquilados a golpes. Las cortinas ajadas, las butacas rajadas, un espectáculo macabro de destrucción muestra del odio de una mente

torturada.

Henrietta salió de allí y cerró con mucho cuidado. Se quedó de pie apoyada en la puerta durante mucho rato. Estaba temblando y no era de frío. ¿Por qué su marido mantenía aquella habitación en ese estado? ¿Era él quién la había destrozado? Era el despacho de su padre y quizá lo destruyó como venganza por el daño que le hizo cuando era un niño. Pero eso evidenciaría una mente perturbada.

¿Sabía quién era realmente el hombre con el que se había casado? Se estremeció al recordar que ahora ya se había consumado el matrimonio. Ya no tenía escapatoria. Dejó el candelabro sobre la mesilla de la entrada y apagó la

vela. Subió las escaleras muy despacio y volvió a su habitación. Se quitó la bata, la dejó en la butaca y se metió en la cama con suavidad sin alterar las mantas y sin apartar la mirada de la espalda de su marido comprobando que no se movía.

Las profundas cicatrices se mostraban ante ella como prueba del calvario al que fue sometido de niño. ¿Cómo no iba a afectar a la mente de un niño semejante trato? Se acurrucó entre las sábanas y las lágrimas afloraron silenciosas. Lo amaba y hubiese querido abrazarle y decírselo, pero tuvo miedo, miedo de tener que ver en su mirada que él no sentía lo mismo por ella.

—William comerá con nosotros —  
dijo Robert en el desayuno.

Henrietta sonrió al ver el rubor en las mejillas de Marjorie, no le había pasado desapercibido el interés de la joven por el amigo de Robert.

—Yo quedé con lady Anne Williams para ir de compras esta tarde —dijo.

Robert frunció el ceño.

—No me gusta mucho esa amistad —dijo.

Henrietta le miró sorprendida.

—Creía que lord Williams era amigo tuyo.

—¿Amigo? —Robert puso cara de

asco—. Mi padre tuvo negocios con el suyo y mantenemos una relación meramente circunstancial, pero no somos amigos.

—¿No te parece bien que tenga relación con su esposa? —preguntó desconcertada.

—No, no me parece bien, pero lo dejo a tu criterio —respondió.

Henrietta tuvo que contenerse para no decir nada inapropiado delante de Marjorie. La joven no debía saber de su manera de pensar, al menos no tan pronto, pensó.

—¿Quieres ir a montar esta mañana, Marjorie? —preguntó tratando de sacar otro tema de conversación.

—Había pensado dedicarme a

pintar, ¿te importa, Henrietta? —La joven la miraba con una expresión de disculpa.

Henrietta sonrió.

—No te preocupes, no pasa nada, me encanta que pintes —dijo.

—Yo iré contigo —dijo Robert y su esposa bajó la mirada para que no viese la satisfacción que le producía ese hecho.

## Capítulo 25

Pararon en mitad del bosque y Robert la hizo bajar del caballo con urgencia. La besó con ansia, casi con desesperación y la arrastró hasta un árbol contra el que la apoyó.

—Te deseo —dijo enfebrecido—, ¡Dios, cómo te deseo!

Cuando Henrietta notó que levantaba su falda trató de apartarle.

—¿Estás loco? ¿Aquí? —dijo respirando con dificultad.



—Sí, aquí —dijo él besándola después.

Ella volvió a apartarle.

—Estás loco —susurró.

—Completamente —se había desabrochado el pantalón y antes de que Henrietta pudiese decir nada más ya estaba entrando dentro de ella.

Marjorie había instalado su caballete frente a las caballerizas y estaba pintando cuando llegó William.

—Buenos días —dijo después de observarla durante unos minutos sin decir nada.

La joven se volvió y su mirada concentrada tardó unos segundos en

emerger de dónde estaba.

—Discúlpeme, no pretendía asustarla —dijo él acercándose.

—No me ha asustado, estaba en mi mundo —dijo ella sonriendo.

William observó la pintura.

—¿Le gusta el arte, señor Harvey? —preguntó ella interesada.

—Sí, aunque no puedo decir que entienda mucho. Mi debilidad es la poesía —dijo.

—¿Pero escribe o se refiere a que le gusta leerla? —preguntó Marjorie limpiando el pincel.

—Ambas cosas —respondió.

—No le hacía poeta —dijo ella guardando los utensilios en su caja de pintura—. ¿Me ayuda a llevar todo esto

a casa? Podemos dar un paseo si le apetece.

—Me encantaría.

—¿Qué edad tiene, señor Harvey?

—preguntó Marjorie cuando iniciaron su paseo.

—El mes que viene cumpliré veinticuatro años —dijo—. ¿Le parezco muy mayor?

Marjorie sonrió.

—Depende para qué —dijo ambigua—. ¿Tiene previsto algún nuevo viaje?

William sonrió.

—Veo que ya me conoce —respondió—. Tengo previsto viajar a Chicago en un par de meses.

Marjorie no pudo disimular su admiración.

—Reconozco que es usted un viajero nato. ¿Y a su padre le parece bien que deje los negocios para hacer esos viajes?

—Mi padre tiene claro que yo no sirvo para los negocios. Soy un explorador, necesito descubrir nuevas culturas, diferentes modos de vivir.

—Me dijo mi hermano que escribía libros de viajes —dijo Marjorie.

—Aún no me han publicado ninguno, pero aspiro a hacer de mi vocación una profesión —explicó.

El sonido del trote de los caballos les alertó y se apartaron del camino. Henrietta apareció sobre Sendero y tras

ella Robert montado sobre Tormenta. El matrimonio hizo un gesto de saludo, pero no se detuvo y siguieron al galope hasta la mansión.

—¿Y a esos dos que les pasa? —dijo William riendo.

—Son recién casados —dijo Marjorie como si aquello explicase algo. Lo que sonó muy gracioso en boca de una jovencita con tan poca experiencia en temas mundanos.

Los dos jóvenes continuaron con su paseo.

Henrietta casi saltó del caballo y corrió hacia la casa sin esperar a su marido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Marcus cuando Robert le entregó las riendas de los dos caballos. Su cara parecía haber sido tallada en roca.

—Nada que te incumba —respondió con aspereza y se alejó hacia la casa.

Cuando Robert entró en la habitación Lisa abrazaba a Henrietta que estaba llorando.

—Lisa, déjanos solos —ordenó.

—¡No! Lisa, no te muevas de aquí —se abrazó a su criada sin dejar que se apartase de ella.

Robert avanzó hacia ellas y las separó con firmeza, pero sin violencia. Después llevó a la criada hasta la puerta de la habitación y la hizo salir.

—Que nadie nos moleste —dijo antes de cerrar la puerta.

Henrietta temblaba como una hoja cuando Robert se acercó a ella de nuevo. La expresión de él mostraba la conmoción que sentía.

—No quería espiarte, lo juro —dijo ella poniéndose de pie.

—Un curioso modo de no espiar —dijo muy serio—. Robaste la llave mientras dormía.

—Quería saber... —los sollozos apenas la dejaban hablar.

No sabía por qué se lo había dicho. Quizá la intimidad que habían compartido después de hacer el amor... Se había sentado junto a aquel árbol y la había sostenido en sus brazos con tanto

cariño que empezó a hablar sin darse cuenta. Él se había puesto rígido y poco a poco la había apartado de su pecho. Cuando vio su expresión se dio cuenta del error que había cometido, pero ya era demasiado tarde.

—No tenías derecho, no de ese modo —dijo él—. Has violado mi confianza.

—¡Tú violaste la mía! —exclamó ella—. ¡Rompiste una cerradura y leíste lo que había escrito sin mi permiso!

Él frunció el ceño.

—No es lo mismo —dijo.

—¿Que no es lo mismo? ¿Por qué? ¿Porque tú eres un hombre y yo una mujer?

—Exactamente por eso —dijo.



Henrietta dio un grito de rabia e impotencia y le dio la espalda. Era tan injusto. El mundo era tan injusto.

—Pero, aunque fuese lo mismo —dijo él sorprendiéndose a sí mismo—, entonces estaría tan mal como lo que yo hice.

Ella se volvió a mirarle.

—Eso es cierto —reconoció con humildad—, y te pido perdón desde lo más profundo de mi corazón, por haberlo hecho.

—Siéntate —dijo él señalándole una butaca—, por favor.

Henrietta le obedeció, confusa.

—Antes del incendio recibí una carta de mi madre —empezó a contar—. En ella me pedía perdón por no haber

podido protegerme de mi padre.

Robert se sentó en la cama y su rostro era la viva imagen de la desolación. Henrietta casi podía ver al niño que un día fue, sentado junto a él mientras hablaba.

—Mi padre era siempre muy severo, pero cuando bebía se transformaba en un monstruo. Me pegaba para desahogarse y tengo cicatrices en mi cuerpo que me lo recuerdan cada día —dijo sin emoción—. Mi madre era dulce y cariñosa, pero era una mujer y debía obediencia a su esposo. Le suplicaba que no me hiciese daño, pero él era el señor, el que mandaba y podía hacer lo que quisiera, conmigo y con ella.

Henrietta se limpió sus lágrimas, que le parecieron obscenas frente a las que él recordaba.

—En aquella carta mi madre se despedía de mí y me pedía perdón... por lo que iba a hacer. —Apretó los dientes y su mandíbula se endureció—. Esperó a que estuviese dormido y prendió fuego a las sábanas. Podría haber salido del cuarto, haberse salvado, pero se quedó con él.

Henrietta se llevó las manos a la boca para ahogar el grito que le nació de las entrañas. Robert la miraba fijamente.

—Ella le mató. No pudo soportarlo más. Sé que si yo hubiese regresado a casa, siendo ya un hombre, no habría permitido que mi padre volviese a

hacerle daño. Ni a ella ni a... nadie. Quizá ella lo supo, supo lo que ocurriría entre nosotros y quiso salvarme —dijo con la voz ronca.

Se puso de pie y se alejó unos pasos dándole la espalda a su esposa.

—Lo hizo para salvarme. Para salvarnos a todos —se volvió a Henrietta y su mirada era oscura como la noche y estaba llena de dolor—. Cuando todo el mundo estaba en el funeral yo vine aquí, entré en su despacho y lo destrocé tal y como hubiese querido destrozarlo a él por todo el daño que nos hizo. Allí dentro se quedó mi alma rota. Mis peores pesadillas... Prohibí que nadie entrase. Hice que instalaran una cerradura y

cerré la puerta para siempre. Nadie había vuelto a entrar desde ese día. Hasta ahora.

Henrietta sintió que las lágrimas volvían a sus ojos.

—Ya conoces mi secreto —dijo él con voz suave—. Debes pensar que soy un monstruo.

Ella negó con la cabeza y se puso de pie acercándose a él.

—No eres un monstruo —dijo sin atreverse a tocarle—, tan solo tienes el alma herida.

—Cuando he sabido que habías visto aquello he sentido que mi padre volvía a golpearme —dijo con la voz ronca de nuevo—. Ya no había ninguna posibilidad de que algún día llegases a

amarme.

Henrietta abrió los ojos sorprendida. ¿Era cierto lo que sus ojos le decían?

—Robert, ¿es que aún no te has dado cuenta? —preguntó con una triste sonrisa—. Te amo. No sé en qué momento ocurrió, solo sé que te amo con toda mi alma.

Él la miraba incrédulo.

—Y conseguiré que tú me ames a mí, porque mi amor es tan fuerte y tan grande que borraré cualquier sentimiento que hubieses tenido por otra —dijo.

Robert la abrazó elevándola, apretándola con fuerza contra su pecho. La llevó hasta la cama y la depositó con

delicadeza sobre la colcha sin dejar de mirarla.

—Te amo, Henrietta, te amo casi desde el primer día que entraste en esta casa como mi esposa. No me gustabas nada, porque percibía en ti una fuerza que temía. Sabía que podrías dominarme si lo permitía, como así ha sido. Tus labios me nublan el pensamiento, tus manos me debilitan y estar dentro de ti me hace desear ser tu prisionero. Pero lo que más amo es tu rebeldía, tu lucha constante por ser tenida en cuenta — cogió su cabeza con las manos—. Tu inteligencia, eso es lo que más amo.

La besó suavemente y poco a poco la pasión lo dominó haciendo que su boca quisiera más.

Henrietta lo apartó con las manos y se levantó de la cama. Frente a él se desnudó y después le ayudó a despojarse de su ropa. Cuando quiso besarla no le dejó y le empujó para que se tumbase en la cama.

—Voy a montarte —dijo suavemente haciendo que el corazón de su esposo se acelerase.

Se colocó a horcajadas sobre él y cogió su miembro con una mano llevándolo hacia su sexo. Cuando lo tuvo donde quería lo soltó y sin dejar de mirarle bajó sobre él lentamente haciendo que entrase por completo. Robert gimió de placer y se agarró a su cintura como si temiese perderse en aquel profundo abismo de sensaciones



insondables. Ella cogió sus manos, las colocó sobre sus pechos y empezó a cabalgar sobre él. Se echó ligeramente hacia atrás apoyando una de sus manos en la pierna masculina y siguió haciendo que entrase y saliese de su cuerpo rítmicamente dejándose llevar por sus propias sensaciones.

—Me gusta sentirte dentro de mí — dijo enardeciéndole aún más—, soy tuya por completo y puedes hacer conmigo lo que quieras.

Robert se incorporó haciendo que cambiase de postura y ella le rodeó con las piernas. Los dos se movían siguiendo sus instintos, que les llevaban a la cima del placer. Henrietta cogió su cara y lo besó, pero cuando llegó el

orgasmo dejó caer la cabeza hacia atrás y contuvo el grito que se escapaba de su garganta.

Henrietta observó desde la ventana cómo sacaban los muebles de la casa. Salió del salón y caminó hasta el que fuera el despacho de lord Worthington. Se encontró con su marido que ayudaba a los criados y se acercó a besarla.

—Estoy lleno de polvo, no deberías acercarte a mí —dijo mirándola a los ojos.

Henrietta sonrió y respondió besándole.

—¿Cuándo traen los muebles nuevos? —preguntó.

—La semana que viene.

—Me gusta la idea de tener una sala de música —dijo ella—. Cuando tengamos hijos podré enseñarles a tocar el piano.

Robert la rodeó con sus brazos olvidándose del polvo que le cubría.

—Mi adorada esposa —dijo.

Ella se acercó a su oído y le susurró.

—Y tu ferviente amante —dijo.